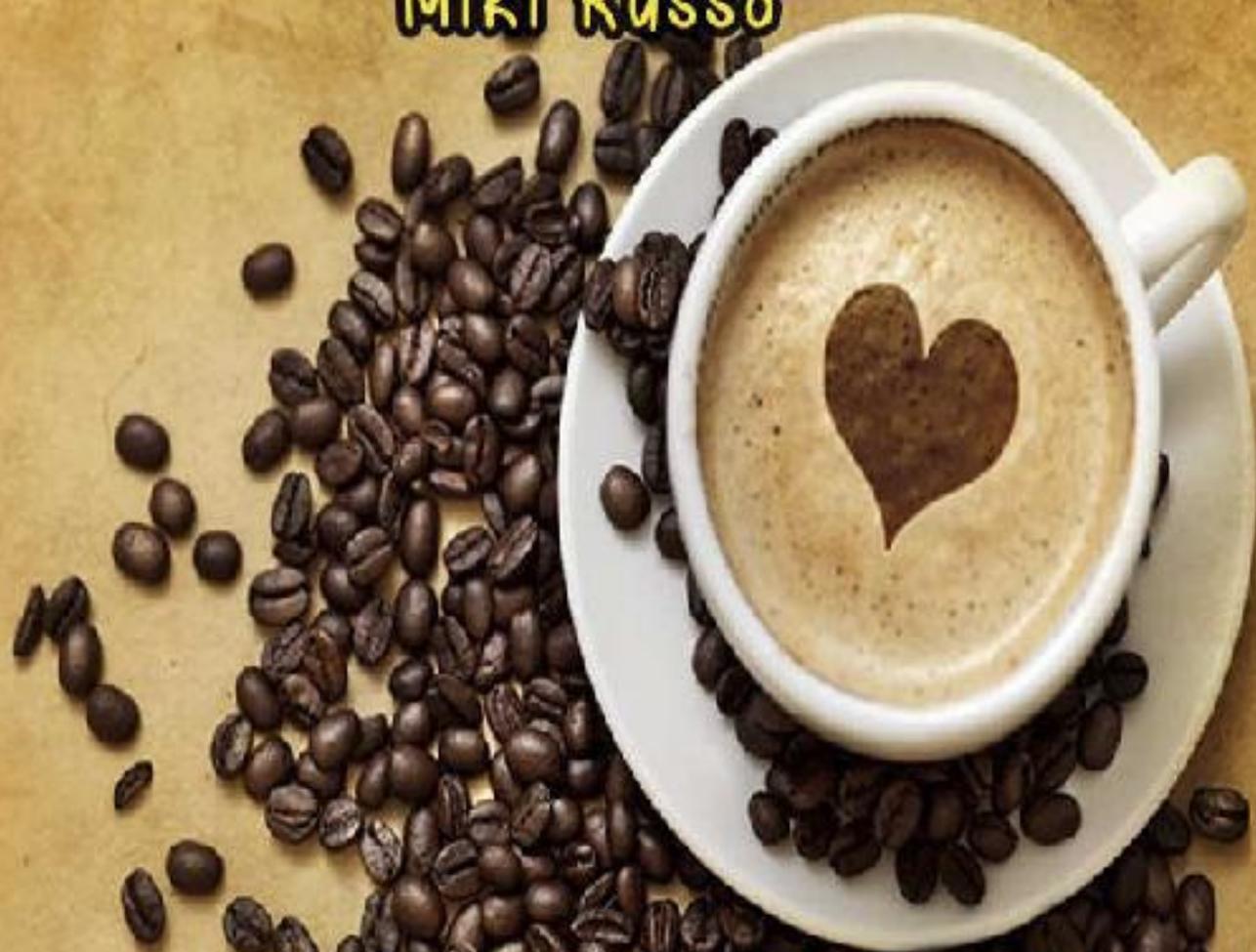


Miki Russo



Más dulce
que
el café

Primera parte

Más dulce que el café

Miki Russo

“...Y morirme contigo, si te matas
Y matarme contigo, si te mueres...”

Joaquín Sabina

Mi nombre es Karin Magdalena Rodríguez y entonces tenía veintinueve años y cincuenta y un semanas, lo que significaba que cumpliría treinta ese viernes, y si escribo esto es porque quiero dejar clara constancia y evidencia de que nada de lo que sucedió fue culpa mía, o, al menos, fue premeditado. Quizás simplemente estuve en el lugar y momento equivocado, y luego seguí cometiendo error tras error, pero nunca fue con mala intención ¿Cómo habría podido tener malas intenciones conmigo misma? Porque al final la más perjudicada fui yo.

Siempre he sido una chica completamente normal. Crecí en un pueblo a medio camino entre la costa y la ciudad, pequeño y atrasado como por dos décadas de la vida de la capital.

Mi vida era lo más corriente que se puede imaginar: no tenía novio ni pretendientes, mi carrera era decepcionante y rentaba un departamento con una amiga porque no podía pagarlo sola. Definitivamente nada de eso parecía ser parte del diseño de adulta responsable y medianamente exitosa.

No es que odie mi trabajo, pero es, digámoslo de cierta forma, un poco vergonzoso. Estudié dirección de arte y vestuario en la universidad, donde estuve cuatro años rodeada de arte y belleza y por ende de muchos compañeros gay. Respirábamos arte y pensábamos que al salir podíamos cambiar la historia del cine y la televisión, pero adivinen qué: nada de eso sucedió y tuve que conformarme con un pequeño trabajo en una agencia de cine independiente, la cual dos años más tarde quebró. En esa época aún vivía con mis padres, quienes se sintieron muy decepcionados con mi cesantía. Tuve que trabajar como mesera en un restaurant del centro, donde a veces aparecían compañeros de la escuela, con sus flamantes trajes y títulos de ingeniería, dejándome propinas y miradas lastimeras.

Entonces una noche, al regresar a casa, encontré un anuncio en una pared, algo roído por la lluvia. Se alcanzaba a leer de un proyecto de cine donde necesitaban todo tipo de profesionales.

Me llevé el papel y me presenté el día en el lugar indicado, un galpón oscuro y tétrico. No habían muchos candidatos con quienes competir, pero mi mayor sorpresa fue cuando entré al set donde también hacían BMWciones para los actores, quienes se paseaban completamente desnudos y los utileros les entregaban toda clase de juguetes sexuales. Entonces comprendí, era cine, pero cine pornográfico.

Mi primera intención fue salir corriendo, pero el productor, Rafael, un hombre de casi sesenta años, me hizo entrar en razón: era un trabajo digno, como cualquier otro. No tenía nada malo y nos

ganaríamos el dinero honestamente. Además, agregó, yo era una chica muy talentosa, aunque sospecho que lo dijo solamente porque nadie más se presentó para el cargo de escenografía.

Así fue como comencé a trabajar allí, en Sweet producciones, empresa que en contra de todo pronóstico, no quebró y se hizo cierto grado de renombre dentro de la escena triple equis nacional. Por lo demás, no corro mucho riesgo de que algún conocido lea mi nombre en los créditos de una película, porque nadie lee los créditos de una película porno.

Clac, clac, clac resonaban mis tacones en los adoquines de la calle. No es que me gustara vestirme como una elegante señorita, pero ese día la situación lo ameritaba, ya que tenía una entrevista de trabajo en uno de los más grandes canales de televisión del país. Claro, eso había sido durante la mañana y luego debí quedarme con esos incómodos zapatos el resto de mi jornada laboral.

A las seis y treinta de la tarde crucé el umbral del edificio, donde está mi hogar dulce hogar. Al verme el conserje me hizo una señal con la mano para que me acercara al mesón. Me entregó un montón de sobres, seguramente porque nos estábamos acercando a fin de mes y, como bien dice el dicho, no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.

Agotadísima llegué al octavo piso, pues el ascensor llevaba descompuesto varios meses y nadie de la administración tenía intenciones de repararlo. Eso pasaba por vivir en edificios cutres, pero baratos.

Abrí la puerta del departamento y dejé mi bolso sobre el arrimo del vestíbulo. Comencé a hojear los sobres que me dio el conserje; la mayoría eran facturas pendientes de pago, excepto uno, un sobre más grande de la tienda departamental que cometió el error de darme una tarjeta de crédito. Para mi gran sorpresa se trataba de una revista con artículos de bebé: cochecitos, pequeña ropa y juguetes. Pero qué mierda, pensé, por qué justo ahora, que estoy a una semana de cumplir treinta años, me envían una revista de bebés.

Indignada la arrojé sobre el sofá y me dirigí a la cocina en búsqueda de una copa de vino. Del baño salió Sophie, mi amiga y compañera de departamento, con el cabello envuelto en una toalla y el secador de pelo en la mano.

— Hola Kari — me saludó dulcemente

— Hola – contesté, a la vez que me empinaba mi trago

— ¿Llegaron las cuentas?

— Sí, y además mira lo que me enviaron estos desgraciados

Le señalé la revista. Ella la cogió y la empezó a hojear.

— Qué cosas más lindas – comentó con ternura

— Es mierda. No pueden hacerle esto a una mujer en vísperas de cumplir treinta ¿no crees? ¿Qué tratan de decirme? “Apúrate, Kari, ya se te va el tren” – gruñí

— ¿Qué piensas hacer?

— Podría iniciar acciones legales

Sophie y yo nos largamos a reír.

Desperté con una llamada de Rafael, a eso de las diez de la mañana. Si bien ese día no teníamos ninguna grabación, me pidió que fuera al estudio de todas formas. El tono de su voz me preocupó; él no era el típico productor neurótico que va gritando a todo el mundo, al contrario, siempre estaba relajado y nos llenaba de paz. Era como un maestro Zen.

Me preparé un café, con mucha azúcar. Sabía que era dañino para mi salud, y uno de mis propósitos era dejar el azúcar por stevia, pero hay cosas que no pueden evitarse. Me gusta el café muy dulce, porque la vida en sí misma ya es demasiado amarga.

Encendí la televisión y entonces lo vi: como noticia de última hora los programas de TV anunciaban una medida que acababa de publicar el Ministro de cultura, con intención de convertirla en ley. Se trataba nada menos que una reforma de contenido en cine y televisión que buscaba una programación más familiar y menos grotesca, entre ellas, la censura en escenas de sexo, homosexualidad y alcohol o drogas. La noticia me cayó fatal, tal como a cualquier persona del entorno creativo, en especial del rubro del porno. Nadie, y menos una ley, debería ser capaz de callarnos o censurarnos.

De un impulso me metí en la ducha y cinco minutos más tarde entré en mi cuarto buscando ropa. Elegí un jeans desteñido, una camiseta manga corta y un polerón negro con capucha. Me puse mis Converse, porque no podía torturarme dos días consecutivos con tacones.

Cogí mi chaqueta de cuero y mi mochila y bajé los ocho pisos corriendo. Salí a la calle a toda velocidad y llegué al estudio media hora después, para encontrarme al equipo completo practicando gritos y cánticos contra la reforma.

— ¿Viste las noticias? – me preguntó Rafael

— Un poco ¿de eso querías hablarme, verdad? — deduje

— El sindicato completo va a manifestarse, no podemos permitir que esta ley se vote, con la cantidad de ultra derechas que hay en el congreso la aprueban antes de que me fume un cigarro

— Por supuesto que si —dije

— Esta misma tarde iremos a marchar frente al ministerio – habló efusivo — por eso te llamé, necesito que estemos allí cada uno de nosotros, sin desordenes ¿okey? – recalcó mirándome. Nunca olvida que una vez me detuvieron en una protesta por los derechos de los animales – nosotros somos gente honesta y tranquila, no queremos que nos sigan tachando de

conflictivos – aclaró

— Mierda, ellos quieren dejarnos sin trabajo y ¿nosotros somos los conflictivos? – me quejé, con rabia

— Muy bien, Kari, esa es la energía que necesitamos.

Decidí quedarme en el estudio a preparar la manifestación.

A las tres en punto salimos y en la Avenida Central nos juntamos con las demás agrupaciones que se verían afectadas con la extremista medida: canales de tv, productoras de cine, agencias BMWvisuales y un largo etcétera. Marchamos gritando hasta llegar al edificio de los ministerios. Desde el balcón se asomaban varios hombres, seguramente involucrados en la situación, que nos miraron con desdén.

El problema fue que pronto lo que comenzó como una manifestación pacífica se convirtió en alboroto y sin darnos cuenta estábamos lanzando piedras y vociferando insultos contra la policía, que llegó a poner orden a aquella alocada situación.

Rafael, como pudo, llegó a mi lado y me sujetó del brazo, justo al momento en que el carro lanza agua comenzaba a arrojar su chorro contra los manifestantes.

— Ven conmigo – me dijo

No tuve tiempo de hacer preguntas y me dejé arrastrar por Rafael hasta dentro del edificio, donde algunos dirigentes estaban reunidos en un elegante salón, decorado con encajes y lámparas de lágrimas, de esas que me gustan pero no dejan de parecerme demasiado siúticas. Por un segundo me entretuve mirando los adornos de plata y los cuadros de próceres de la patria que colgaban de las paredes, hasta que Rafael me sacó de mis cavilaciones.

— ¿Por qué me trajiste aquí? – interrogué

— Me pidieron venir junto a otro representante de la productora y fuiste a la primera persona que encontré...

— Genial, gran razón – agregué con ironía

— Ay Kari, de seguro te habrían elegido de todas formas, ya sabes que el equipo te quiere: los actores, los técnicos, la señora Martita del aseo...

— No lo sé, Rafa – interrumpí pensativa

— Ya no importa, no hay tiempo

Apareció un hombre muy alto y vestido con traje y corbata y gafas de marco negro, casi tan elegante como el mismísimo salón. Comenzó a hablar.

— Por favor, pasen a la sala de reuniones.

Ingresamos al salón que se nos señaló. El hombre comenzó a explicarnos qué era lo que buscaba el proyecto de ley, pero la gente comenzó a bombardearlo con preguntas, haciendo que se pusiera nervioso. Rafael levantó su mano y se puso a hablar.

— Esto es inaceptable – se quejó Rafa

— Es que... —balbuceó el sujeto

— Rafael tiene razón – interrumpí – ustedes no pueden venir a decirnos cómo hacer nuestro trabajo, no nos pueden decir que poner o no en pantalla

— Esa no es la idea – me contestó – entiendo tu punto, bajo ninguna circunstancia queremos discriminar a nadie, mucho menos a alguien de tu condición

— ¿mi condición? – repetí confusa

— Ya sabes, no tenemos nada contra la homosexualidad – susurró

— ¿Qué se supone que tratas de decirme? – interrogué enojándome

— ¿No eres del sindicato de lesbianas?

Se hizo el silencio. Todos se quedaron viendo al hombre, que me miró estupefacto.

— No soy lesbiana – contesté apenas pude pronunciar un par de palabras, ofendida – soy representante de Sweet producciones, cine porno– expliqué, molesta

— ¡Cállate idiota!

Comenzaron los gritos. Por alguna razón todos los miembros de las agrupaciones presentes se enfurecieron ante la confusión. Pronto el lio de la calle se había desatado también dentro del salón. De un segundo a otro, y de una manera bastante absurda, me había convertido en la insignia de lucha, de cómo el gobierno no se molestaba en conocer a sus ciudadanos, los humillaba y maltrataba incluso en BMWencias del ministerio.

Finalmente el sujeto que me llamó lesbiana desapareció y la fuerza de seguridad nos sacó a empujones del lugar. Una vez en la calle el carro lanza agua nos empapó con su fétido líquido.

La reunión estaba suspendida hasta nuevo aviso.

Me fui bastante deprimida. Es cierto que ese día no estaba muy bien vestida ni maquillada, pero no por eso alguien podía llamarme lesbiana. Me agradan las lesbianas, tengo un par de amigas que lo son, pero no yo. No soy una chica precisamente femenina, pero me gustan los hombres, eso lo tengo clarísimo.

Necesitaba dejar mis malos pensamientos a cerca de mí y para eso solamente había una solución. Saqué mi móvil y le envié un mensaje a Pablo.

“¿Qué tal? ¿Estás ocupado?”

Caminé un par de pasos y entré en una pequeña tienda de un barrio de inmigrantes coreanos, cuyos precios son muy módicos. Me dispuse a elegir una nueva camiseta y un sweater. Por suerte el carro lanza agua no había logrado mojarme la ropa interior ni los pantalones, pues el chorro no lo recibí directamente.

Mi teléfono sonó al recibir la respuesta al mensaje.

“Claro que no. Estoy en casa. Ven.”

Con el poco dinero que me quedó después de comprar ropa nueva, cogí un taxi y partí. En menos de media hora estuve fuera de su casa, donde la reja estaba sin llave y la puerta principal se encontraba entreabierta, señal de que pasara sin titubear.

Caminé hasta la cocina, donde Pablo cocinaba unos camarones apanados que se veían riquísimos. Me sonrió y se acercó a mí, dándome un beso en la mejilla.

— Qué bueno que viniste, ya te echaba de menos – comentó alegre

Pablo Clementi es mi mejor amigo, junto con Sophie. Nos conocimos en la universidad; si bien estudiábamos carreras diferentes, en las fiestas nos juntábamos alumnos de todas las facultades. Él era ingeniero en construcción y trabajaba en la edificación de la nueva ala del centro comercial. Tenía treinta y dos años y era un poco más alto que yo; de ojos y cabello castaño, era guapo y atlético. Dueño de una personalidad tan irresistible que las chicas, a donde quiera que vaya, terminan enganchadas de él, una mezcla de sutileza y empatía que termina gustando. Bueno, a todas la chicas menos a mí. Nos hicimos muy amigos sin importar lo diferentes que somos.

Pablo estaba divorciado. Conoció a Amelia, una linda arquitecta, poco después de titularse. Se enamoró perdidamente de ella y tras dos años de noviazgo, se casaron con bombos y platillos.

Nueve meses después nació Pablito, su hijo de cinco añitos.

Pero Pablito no impidió que el matrimonio se fuera al carajo.

Cuando el chico recién entraba al jardín de niños las cosas empezaron a irse al tacho de la basura en la familia Clementi. El trabajo y las complicaciones del primer hijo deshicieron el amor que ambos sentían y una noche de fiesta en el departamento de una amiga, Pablo y yo bebimos demás y terminamos acostándonos en el cuarto de servicio.

Pablo le confesó a su esposa lo que había sucedido y su vida conyugal terminó ahí. Desde entonces han pasado dos años y mi mejor amigo y yo tenemos esta amistad con beneficios, donde tenemos sexo cuando lo necesitamos, pero sin compromisos emocionales. Nos prometimos que si uno de los dos encontraba a una persona especial, la aventura debía terminar; mientras tanto podíamos disfrutar juntos entre las sábanas.

Amelia no guardó ningún rencor contra mí ni su ex, como si siempre hubiese sabido que las cosas terminarían así. Es más, ella me tenía tanta simpatía que incluso me invitaba sin falta a los cumpleaños de su hijo.

— ¿Cómo estás? —pregunté

— Genial, ya sabes, la obra avanza sin novedades y en un par de meses el edificio estará listo

— Eso es bueno

Me sonrió. Cada vez que miraba a Pablo lo encontraba muy guapo, pero sabía que era imposible que tuviéramos algo que no fuera puramente sexual. Lo quería, pero solamente como amigo.

Pablo continuó hablándome un rato de la obra en la que está trabajando. Definitivamente la apasiona su carrera.

Me entregó una cerveza mientras continuaba apanando los camarones, salteando unas piezas de salmón con verdura y mantequilla y aliñaba una ensalada de rúcula y tomates. Puso la mesa, sirvió el vino blanco y nos sentamos a comer.

Después de la cena, por supuesto, fuimos a su cuarto e hicimos el amor, sin complejos ni grandes maromas, como si fuéramos una pareja de muchos años. En fin, éramos algo muy parecido.

— ¿Por qué no te quedas a dormir, Kari? – me pidió, abrazándome por la espalda, metidos en la cama

Lo medité un segundo pero él me convenció con un beso. En fin, le enviaría un mensaje a Sophie diciéndole que no regresaría hasta la mañana siguiente.

Sophie LeClaire era una chica muy dulce, ocho meses menor que yo, de un metro sesenta de estatura. De cabello y ojos claros, una autentica belleza, seguramente heredada de sus ancestros franceses de línea casi directa, ya que sus abuelos fueron los últimos de su familia en nacer en Francia. Tenía un aire europeo genuino; sólo le faltaba una boina y una baguette para que creer estar en Paris.

Sus padres tenían una posición económica muy acomodada, pero ella prefería arreglárselas por sí misma. Claro, a pesar de que intentaba ser independiente, su madre le depositaba una pensión bastante abundante cada mes, para que su pequeña niña no se quedara corta de dinero. Esos eran los beneficios de ser la hija menor y que su único hermano fuera veinte años mayor que ella.

Nos conocimos un par de años antes, a través de un amigo en común, justamente en la época en que ambas teníamos planes de independizarnos, así que por qué no compartir un departamento. Pronto nos convertimos en mejores amigas, a pesar de que ella era básicamente todo lo contrario a mí: femenina, hermosa y dulce.

Esa tarde, Sophie salió de la escuela – trabajaba como profesora de jardín de niños – y se dirigió a la casa de su novio, Mike.

Mike y yo no nos llevábamos muy bien, porque era demasiado petulante y creía que era un favor para mi amiga que fueran novios, cuando en realidad no tenía nada de interesante. El problema era que Sophie lo adoraba y esos seis meses que llevaban juntos habían sido inolvidables para ella, quien ya hacía planes de pasar el resto de su vida junto a él. A mí ese idiota no me daba buena espina; sinceramente creía que a Mike le gustaba el concepto que ella representaba, de la chica tierna en busca de un príncipe, y no exclusivamente Sophie. Lo pensaba porque en más de una ocasión lo vi coquetear con otras mujeres, pero mi compañera de departamento decía, tratando de convencerse, que yo malinterpretaba lo que veía, porque lo odiaba.

Sophie se quedó a dormir en casa de su novio, donde antes tuvo que planchar su ropa y ordenar el cuarto.

Volví al departamento muy temprano, algo muy raro en mí. Entré intentando no hacer ruido, pero no importó porque Sophie ya estaba en pie, con el televisor encendido.

— ¡Por Dios, Kari, eres famosa! – exclamó al verme

Observé la pantalla, donde en las noticias del canal local pasaban las imágenes de la batahola de ayer en el ministerio. Allí aparecía yo, gritando consignas, bajo el titular “Escándalo por reforma contra cine y Tv” y en letras pequeñas “Funcionario ministerial insulta a representante de movimiento lésbico”.

— ¿Por qué no me dijiste que eras lesbiana? – me preguntó Sophie, fingiendo sorpresa

— Jamás me habrías dicho que me mudara contigo – contesté

Reímos un momento, mientras veíamos la noticia.

— No hagas caso, se nota que es un pelmazo – dijo mi amiga, tratando de consolarme

— Lo sé... Pablo me dejó muy claro que soy una chica deseable – sonreí maliciosamente

— Me imagino que sí...

Desayunamos y la joven de cabello castaño a mi lado se fue al trabajo. Yo, por mi parte, dormiría un par de horas; después de todo, no debía ir a la productora hasta la tarde.

Desperté cerca de medio día. Con pereza me bajé de la cama y fui hasta el baño, para tomar una ducha. Volví a mi cuarto y, con total calma, elegí un jeans claro, un sweater beige y unas botas cafés, las que combiné con un sutil pero efectivo maquillaje. Definitivamente iba mucho más arreglada que el día anterior. Cogí mi chaqueta de cuero y bajé hasta el supermercado de la esquina por provisiones para almorzar. Nunca fui muy buena cocinera que digamos, solamente podía preparar platos sencillos como arroz o fideos, pero tenía creatividad para mezclarlos con alimentos enlatados. Sophie era quien preparaba los platos deliciosos.

No tenía mucho tiempo, ya que a las tres de la tarde debía estar en la productora, según un correo de Rafael, así que regresé tan rápido como pude.

Compré algunas croquetas de pollo y una botella de jugo de piña. Cociné unos sencillos tallarines y puse a freír las coquetas, mientras escuchaba a Queen y pasaba la enceradora, tal como si fuese Freddy Mercury.

A las una y media ya estaba almorzando. No quise encender la Tv para ver el noticiero, porque no quería seguir dándole vueltas al asunto lésbico. Era hora de dar vuelta la página.

Cuarenta y cinco minutos después salí rumbo a mi trabajo. Opté por llevarme una bufanda verde de crochet que hizo mi madre para mí, porque estábamos a punto de iniciar el otoño y las tardes se volvían cada vez más frías.

Caminé al paradero de autobuses y cogí uno que iba bastante vacío. Me senté junto a la ventana, me coloqué mis audífonos y puse mi playlist de rock de los 80'. Luego saqué mi croquera y un lápiz y comencé a trazar algunas ideas, que más tarde podría pulir y presentar al equipo para la renovación de los decorados, en cuanto tuviéramos un proyecto decente entre manos.

En la calle anterior al estudio había un enorme embotellamiento, lo que me pareció raro puesto que no es una zona muy concurrida. Decidí bajar y hacer el último tramo a pie.

El atasco tenía una causa y lamentablemente yo estaba involucrada. Apenas me asomé cerca del estudio, muchos periodistas comenzaron a bajar de sus camionetas junto a sus camarógrafos. Intuí de qué se trataba la situación, por lo que apuré el paso. Toqué el timbre, esperando que alguien abriera el portón lo más veloz posible, pero mientras esperaba de un elegante Lexus negro bajó un hombre de traje y corbata. Lo miré de reojo: era el pelmazo que el día anterior me había llamado lesbiana.

— Necesito hablar contigo – dijo tímidamente

— ¿Y para eso tenías que traer a toda la prensa? – contesté, iracunda

Me miró sin saber qué responder. Un chico abrió el galpón y yo entré, dejándolo afuera y dándole un portazo en la cara. No iba a prestarme para su juego.

— Rafael salió a mi encuentro en el pasillo

— ¿Qué fue eso, Kari? – me regañó

— ¿Eso qué?

— El tipo trabaja en el ministerio, te esperaba hace una hora y le diste un portazo...

— ¿Y qué querías que hiciera? – lo increpé

— Que lo escucharas... esto es importante, debemos mantener buenas relaciones. Hace rato hablamos y me contó, muy confidencialmente, que quizás no se firme el decreto de censura, hay mucha gente poderosa que perdería dinero si eso ocurre... además, el incidente de ayer ensució mucho la imagen del ministerio – me explicó

— No me interesa

— Karin – dijo serio – sé que estas molesta, pero este es tu trabajo. Como tu jefe podría ordenarte que salgas y lo disculpes. Pero te lo pido como amigo... por favor ve

— Está bien, pero me debes una Coca Cola – acepté

— Cuenta con eso

Caminé hasta la entrada. Respiré hondo y me preparé para prestarme para su espectáculo político. Abrí la puerta; él seguía allí, parado bajo el cielo gris y rodeado por la prensa. Sonrió al verme y los flashes se posaron sobre nosotros.

— Me dijeron que tu nombre es Karin – habló acobardado

— Sí – respondí monosilábicamente

— Karin, yo soy Roberto Brown, jefe de planificación del ministerio de cultura. Ayer no nos conocimos de buena manera.

— Para nada – agregué, pensando que hasta su nombre era de pelmazo.

— Vine a disculparme; me dieron información equivocada... fue un terrible mal entendido. Lo siento mucho

— Ok, ya es suficiente – dije irritada – tengo mucho trabajo, así que debo volver

— Gracias —me sonrió nuevamente —adiós

Hice un gesto con la cabeza y volví a entrar. Al parecer el tema había acabado definitivamente.

Rafa me recibió con una Coca Cola bien fría.

Aquel día estuvimos trabajando hasta las nueve de la noche. Me sentía cansada, así que apenas Rafael nos dijo que nos fuéramos me puse la chaqueta para iniciar el retorno a casa. Salí del galpón y entonces lo vi: al otro lado de la calle, el pelmazo estaba ahí.

— Hola – saludó, corriendo a grandes zancadas a mi lado

— ¿Qué haces aquí? – pregunté confundida

— Es que... te vi un poco molesta esta tarde, cuando vine a disculparme...

— ¿con todos esos periodistas? – interrumpí con ironía

— Sí... no era la idea hacerlo de esa forma, pero el ministerio y el secretario...

— Ok, ya está, lo tengo muy claro. Disculparte fue parte de tu trabajo, salir a recibir tus disculpas fue parte del mío

— Quiero disculparme en serio – dijo mirándome

Recién entonces le presté atención. Era un hombre alto, de un metro ochenta como mínimo. Se veía delgado, sin una figura trabajada como la de Pablo. Noté sus ojos cafés con algunas arrugas alrededor y su cabello castaño, con varias canas que le daban un aire de madurez. Llevaba un elegante traje negro y un abrigo azul marino. No llevaba gafas y eso lo hacía ver diferente. Parecía ser algo mayor que yo.

— Bien, te perdono – contesté tratando de dejar el asunto atrás

— ¿Puedo invitarte a cenar? – consultó

Me quedé perpleja ante su invitación.

— No es necesario... —me excusé con la voz entrecortada.

— Por supuesto que lo es. Por favor dime que sí – suplicó

Hizo un puchero y me largué a reír, logrando que se avergonzara.

— Está bien, vamos a cenar – acepté, riéndome

— ¿Hay algún lugar donde comer aquí cerca?

— Claro que sí, no subestimes este sitio

Caminamos algunas cuerdas en silencio. La mayoría de la gente decía que ese barrio era peligroso, pero a decir verdad a mi jamás me pasó nada, lo que en parte se debía a que solía

regalar cigarrillos a los vagabundos. Esa es una gran red de seguridad.

A los pocos minutos llegamos a nuestro destino: Burritown, un pequeño carrito de Burritos con luces de neón. No era elegante pero era sabroso, barato y atendía toda la noche. Muchas veces compraba ahí la cena.

— ¿Qué te parece? – pregunté, dando un mordisco a mi burrito

— Pues... no es lo que tenía en mente – contestó — pero es delicioso y eso es lo que importa ¿no?

Comimos mientras caminábamos lentamente. Hablamos de un par de cosas, trivialidades.

Cerca de las diez de la noche llegamos a mi edificio. Era momento de despedirse.

— Muchas gracias por la cena – dije tratando de no reír

— No fue nada. Otra noche podríamos cenar en algún lugar que elija yo

— Quizás – contesté, restándole importancia

— Buenas noches

— Adiós

Le di un beso en la mejilla. Entré en la recepción y en los cristales vi que seguía ahí. Por fin me decidí a subir las escaleras.

Entré al departamento, donde Sophie revisaba dibujitos horribles hechos por sus pequeños alumnos, junto a un plato de tallarines con croquetas de pollo.

— Te dejé tu ración en el microondas – señaló, a modo de saludo

— No te preocupes, ya comí – respondí echándome sobre el sofá – el pelmazo me invitó a cenar

Sophie me observó confundida y solamente atinó a hacerme una pregunta.

— ¿Entonces puedo comerme tu parte?

La semana siguió su curso, hasta que llegó el jueves, día anterior a mi cumpleaños. Me desperté casi a medio día, como de costumbre.

No tenía ganas de cocinar, aunque eso no era una novedad. Aproveché que aún me quedaba algo de dinero y salí rumbo al restaurant chino en busca de carne mongoliana, arroz primavera y wantán, pero correspondiendo a mi mala suerte el local donde solía comprar estaba cerrado.

Mi antojo de comida oriental, a esa hora aun sin desayuno, era tanto que seguí caminando pensando en mis wantanes con soya, casi como un zombie hambriento alucinando con deliciosos cerebros.

De esa manera —como un zombie —no me di cuenta cuando había llegado al centro de la ciudad, donde entré a un local pequeño de comida china, bastante cutre. Tenía un par de mesas con sus respectivas sillas plásticas y un gato gordo dormido sobre un mueble que me recordó a Rudolph, el gato de mi madre. Por un instante dudé de la higiene del lugar, pero tenía tanta hambre que lo pasé por alto.

Me acerqué al mostrador y pedí mi orden. Solamente me quedaba esperar.

Había un acuario con peces de colores. Inevitablemente pensé en Nemo y su pequeña aleta. Suspiré.

— ¿Te gustan los peces? – me preguntó un hombre

Me volteé rápidamente. Para mi enorme sorpresa, se trataba del pelmazo.

— No – respondí

— ¿Entonces? —interrogó confundido

— Pensaba en Nemo. Pobre Nemo

El pelmazo se echó a reír. También yo.

— ¿Qué haces en un sitio como este? – Pregunté —no es el lugar donde me imaginé que almorzaban los empleados del ministerio

— Digamos que es mi placer culpable – contestó

— ¿Y jamás te has intoxicado? – inquirí, mirando al gato

— Claro que no, Cucho es muy limpio – aclaró acariciando al felino, el cual ronroneó muy fuerte

— Parece que eres cliente frecuente – comenté

— No es para tanto...

— Señor Brown, su comida está lista – le gritó una mujer de edad indefinida y acento oriental

— ¿No es para tanto? – repetí, riendo

— Está bien, quizás vengo más veces de las que debería – aceptó

Él se acercó a recibir su bandeja y volvió a pararse a mi lado.

— ¿Almorzamos juntos? – propuso

— Okey

No es que estuviera del todo convencida, pero no tenía nada que perder. El tipo no resultaba ser tan molesto y no debía ir a la productora, así que no tenía demasiada prisa. No tenía nada de malo que comiéramos juntos.

Me entregaron mi plato y me senté frente a él. Nos pusimos a charlar.

— ¿Hace cuánto que trabajas en el ministerio? – pregunté

— Casi cinco años, pero llevo casi catorce trabajando con Eduardo

— ¿Quién es Eduardo? – interrogué, a la vez que remojava mi wantán en soya

— Eduardo Becker, el secretario del ministerio de cultura. Somos amigos desde la universidad, trabajamos juntos desde esa época; él siempre ha sido mi jefe

— Entonces llevas mucho tiempo en la política

— Sí, eso creo

— Debe ser genial que tu jefe sea tu amigo – comenté – de seguro jamás te regaña ni te ordena cosas horribles, como quedarte después de la hora

Me miró un poco triste, pero no dijo nada. Prefirió cambiar de tema, así que fue mi turno de contar mi historia laboral, claro que Roberto – el pelmazo – ya sabía algo de mi trabajo. Me hizo varias preguntas, de esas curiosas que te hace la gente cuando trabajas en la industria de la televisión.

Sonó el teléfono de Roberto. Lo cogió y respondió un mensaje.

— Lástima, ya tengo que irme. Eduardo me necesita – habló, guardando su móvil en el bolsillo

— Parece que tu amigo no puede vivir sin ti —me burlé

— Algo así ¿tienes planes para mañana? Podríamos cenar, si te parece bien – titubeó

Medité un segundo: supongo que el pelmazo si me agradaba, pero el día siguiente era mi cumpleaños y pretendía pasarlo con mis amigos más cercanos. No creí que fuera buena idea invitarlo al festejo.

— Ya tengo planes, mañana es mi cumpleaños – expliqué, tratando de sonar amigable

— Oh, claro... te veré otro día entonces

Nos despedimos y Roberto se marchó. Yo me quedé sorbeteando mi bebida. El pelmazo parecía decepcionado, o más bien triste porque no acepté su petición. Tal vez quería que lo invitara a celebrar conmigo y mis amigos. En fin, no me importaba demasiado.

Decidí volver al departamento. Tenía ganas de seguir durmiendo el resto de la tarde.

Mi alarma sonó a las ocho y media de la mañana. No me quería levantar y volví a cerrar mis ojos, para sumergirme en mis dulces sueños.

Desperté nuevamente una hora más tarde y corrí a meterme a la ducha. Me lavé los dientes y me fui a mi cuarto, donde cogí un polerón negro que me quedaba ancho y me lo puse sin detenerme a pensar.

Me até mis Converse sólo antes de salir del departamento disparada. Una vez que me subí al autobús saqué mi celular de la mochila: tenía mensajes de mi madre, mi padre, mis hermanos Lorenzo y Leonardo y otros de algunos amigos, todos felicitándome por mi trigésimo cumpleaños. Tuve tiempo de responder cada uno antes de bajarme del vehículo.

Llegué atrasada al trabajo pero nadie me regañó por ser mi cumpleaños. Rafael y mis compañeros me saludaron, abrazaron y dijeron que saldríamos todos juntos a almorzar a Burritown; por supuesto, mis burritos serían gratis como un regalo de parte de ellos.

Después de los abrazos partimos una tarta de frambuesa y merengue que habían comprado para mí. La verdad es que me sentí muy feliz por el detalle.

Sin embargo, la sorpresa más grande me la llevé cuando cerca del mediodía un asistente de producción me llamó para avisarme que un hombre me buscaba afuera. Supuse que sería Pablo, así que salí tranquilamente. Pero no era él.

— Recordé que ayer dijiste que hoy es tu cumpleaños – pronunció nervioso

Era el pelmazo. Se veía diferente al día anterior; estaba más tímido de lo normal. No iba vestido de traje, sino que con un clásico jeans Levi's y un sweater azul. No sé por qué pero me pareció guapo y algo revoloteó en mi estómago, muy brevemente.

Nos quedamos en silencio. Yo no sabía muy bien qué decir.

— Toma, te traje algo

Llevaba un bolso de cuero al hombro, del que sacó una caja envuelta en papel de regalo y me la entregó.

— Gracias – respondí — ¿Puedo abrirlo?

— Claro

Quitó el envoltorio: era una caja de chocolates belgas, alemanes, suizos, no lo sé, pero eran

muy finos.

- No tenías porqué traerme un regalo – comenté
- Quería hacerlo – dijo sonrojado
- Entonces está bien – sonreí – me gustan mucho los regalos

Él me sonrió. Tenía una sonrisa tierna que me quedé embobada mirando.

Interrumpió el momento el sonido de un motor; era una motocicleta que se estacionó junto a nosotros. El moto boy bajó de su vehículo y de la caja de encomiendas sacó un ramo de girasoles.

- ¿Acá encuentro a Karin Rodríguez? – me preguntó
- Soy yo
- Es para usted

Firmé la recepción de las flores ante la mirada confusa de Roberto, alias el pelmazo.

- ¿Quién las envió? —consulté
- Traen una tarjeta – contestó el repartidor de malas ganas

El chico se subió a su moto y se largó rápidamente. Yo, muy emocionada, abrí el sobre donde se encontraba la tarjeta.

“Feliz cumpleaños, Kari. Que tengas un gran día. Yo me encargaré de que tengas una gran noche. Un beso, te quiere, Pablo.”

Sonreí como estúpida al leer la tarjeta, pero Roberto ya no sonreía conmigo.

- ¿Son de tu novio? – interrogó preocupado
- No, es un amigo, no tengo novio
- Yo no le envío flores a mis amigas para su cumpleaños. Un llamado telefónico es más que suficiente
- Pues eres un pésimo amigo – alegué

Roberto miró su reloj y suspiró.

- ¿Puedo invitarte a almorzar? Ya sabes, para hablar un rato – me propuso con su habitual timidez
- Lo siento, no puedo, los chicos del equipo ya me invitaron a comer burritos, al lugar que fuimos la otra noche – expliqué

— Vaya, eres muy escurridiza – suspiro – cada vez que te invito ya tienes planes...

— Eso creo... lo siento – me disculpé

— No, no hay problema –meditó — Sabes, mejor te dejaré mi tarjeta por si en algún momento estás desocupada, podemos ir por wantán o lo que tú quieras – dijo entregándomela

— Te llamaré, lo prometo – hablé contenta

— Eso espero – volvió a sonreír – me voy. Disfruta tu burrito.

Nos despedimos con un beso en la mejilla y se marchó caminando tranquilamente. Yo me quedé mirándolo hasta que desapareció. Miré nuevamente las flores, definitivamente Pablo jamás dejaba de sorprenderme, sólo que ahora no era el único: el pelmazo también me estaba sorprendiendo cada día más.

Regresé a casa cerca de las seis de la tarde. Como el departamento estaba vacío me arrojé sobre mi cama y sin mucho esfuerzo me dormí. Con treinta años en el cuerpo necesitaba dormir más.

El ruido de la puerta me hizo abrir los ojos. Era Sophie, quien venía cargada de bolsas del supermercado. Me puse de pie para ayudarle y apenas dejó las cosas sobre la mesa me abrazó efusivamente. Luego fue a su cuarto y volvió a la sala con un regalo; Lo abrí y vi que se trataba de una camisa a cuadros verdes que definitivamente me encantó.

Comenzamos a preparar un delicioso cóctel para nuestros amigos, que irían a festejar mis tres décadas.

La primera en llegar fue Olivia, una chica despampanante que si bien técnicamente era profesora de jardín de niños igual que Sophie – que fue como la conocimos – era totalmente lo contrario a la descendiente francesa. Olivia era un poco más alta que yo, rubia y de curvas perfectas, las cuales cuidaba cada mañana con una rutina de ejercicio en el gimnasio. No trabajaba, porque sus padres fallecieron y le heredaron varias propiedades. Decidió que no valía la pena cuidar mocosos ajenos si podía hacer unas buenas inversiones y ganar dinero rentando un par de departamentos. Comenzó a viajar por el mundo y convirtió su vida en una permanente fiesta, gracias a su coquetería natural y una personalidad encantadora.

Olivia se sentó en el sofá y cogió una de las cervezas que había sobre la mesa.

— ¿A qué hora llegan los demás? – preguntó sorbeteando la lata

— Pronto, supongo – respondí

Entonces Sophie descubrió mi caja de chocolates que estaba en el arrimo junto a la puerta.

— ¡Chocolate! ¿Puedo comerme uno? – suplicó

— Claro

— ¿Quién te los regaló? – me interrogó, mientras devoraba el dulce

— Roberto – contesté

— ¿Y quién es ese Roberto? – se incluyó Olivia en la conversación, repentinamente interesada

— Un tipo que conocí por el trabajo...

— El que la llamó lesbiana – interrumpió Sophie

— Bueno, sí – acepté – nos hemos visto un par de veces y...

— ¿Es guapo? – interrumpió Olivia

— Al principio creí que no, pero...

— ¿Y ya te acostaste con él?

— ¿Qué? – Exclamé desconcertada — ¿De qué mierda hablas, Oli? Apenas lo he visto un par de veces, me llamó lesbiana y trató de disculparse, nada más. Y es mayor que yo, al menos un par de años.

— Eso no significa nada; podría enseñarte muchas cosas – se rio con maldad – aunque claro, también tiene sus contra, por ejemplo que tiene fecha de vencimiento muy pronto.

— ¿A qué te refieres con eso? – habló Sophie, ingenuamente

— Ay, Sophie, es obvio: en un tiempo hay cosas que le va a costar levantar – explicó

Sonó el timbre. Me paré a abrir la puerta, para terminar la plática. Se trataba de Pablo.

— ¿De qué hablaban el trío de brujas? – preguntó después de darme un abrazo apretado y entregarme una bolsa de regalo

— Del pretendiente de Kari – respondió Olivia con su habitual desparpajo

No sé si fue mi idea pero creí ver a Pablo fruncir el ceño.

— No le hagas caso a Olivia – dije restándole importancia

— Te regaló chocolates – me encaró ella

— Ya, dejemos ese tema. Vamos a beber algo

Los últimos en llegar fueron Carol y Felipe, una tierna pareja perfecta, muy enamorados. Él era un delgado informático y ella una ejecutiva bancaria, que conoció a su príncipe azul cuando le tramitó su cuenta corriente.

Por fin estábamos todos. Ellos eran mis amigos más cercanos.

Hicimos un brindis y nos bebimos el trago de una sola vez.

Cerca de media noche ya estábamos instalados en un bar del centro de la ciudad festejando, riendo y bailando. Debo decir que fue muy divertido y que me encantó estar con ellos en mi día especial.

A las cuatro de la madrugada estuvimos de vuelta en el departamento, pero solamente Pablo y

yo. Sophie se fue a casa de su novio Mike, quien obviamente no estaba invitado a mi cumpleaños porque nos odiábamos mutuamente.

Mi amigo y yo charlamos un rato y después fuimos a mi habitación, donde tuvimos sexo grandioso del que teníamos de vez en cuando. Luego de eso, exhausta por lo largo de mi jornada y el bailoteo incesante, me dormí. Quería dormir una eternidad.

Pero a las nueve de la mañana desperté con el ruido de Pablo vistiéndose.

— ¿Qué haces? – le pregunté somnolienta

— Me tengo que ir... Pablito y yo nos vamos a ir por el fin de semana a ver a mis padres, al campo – explicó

— Diviértanse

— También tú – dijo sonriendo

Bostecé con flojera, feliz de pensar que era sábado y podía seguir descansando. Pero él me observó serio.

— ¿Es cierto que el imbécil que te llamó lesbiana te regaló chocolates? – interrogó

— No fue nada, sólo una forma de disculparse por el mal entendido – justifiqué

— ¿Y desde cuando que es tu amigo y te hace regalos?

Noté cierto tono en las palabras de Pablo, un tono de molestia, mas era demasiado temprano como para ponerme a discutir con él, lo mejor sería dejarlo pasar. Me callé ante su inesperado reclamo.

Diez minutos después Pablo se despidió de mí con un beso en la mejilla y se marchó en busca de su hijo.

Había cumplido treinta años sin darme cuenta y mis sábados seguían siendo iguales que una década atrás: dormir, ver televisión, comer, andar en pijama. La principal diferencia era que, diez años atrás, siempre estaba saliendo de la resaca del viernes y preparándome para recibir a la del domingo. Ya no tenía tantos ánimos.

Había decidido que uno de mis propósitos debería ser concentrarme en, de una vez por todas, convertirme en adulta. Muy a mi pesar, ya lo era y no podía ir siempre por la vida comportándome como una niña.

Miré el reloj y ya eran casi las siete de la tarde. Hasta ese instante había estado callando a una voz en mi interior que me decía “llámalo”, pero ¿Por qué no llamarlo? ¿Qué tenía de malo? El tipo resultaba ser bastante simpático y si yo no tenía un mejor panorama ¿Por qué no podía salir un rato con él?

Busqué mi mochila y de mi agenda saqué la tarjeta de presentación de Roberto. La leí “Roberto Brown, jefe de planificación”. Abajo aparecía su número de celular, el fijo de la oficina y su mail. Cogí mi móvil y le envié un mensaje, breve pero eficaz.

“Hoy no tengo planes. Karin”

Puse algo de música para animarme, mientras ordenaba un poco mi cuarto. Oía The Clash cuando recibí respuesta.

“¡Qué gran noticia! ¿Nos vemos a las nueve?”

En unos cuantos mensajes más nos pusimos de acuerdo sobre nuestra junta; a las nueve de la noche en la fuente de la plaza Mayor, en el centro de la ciudad.

Me di una relajante ducha porque aún tenía tiempo, calculé. Me alisé el cabello, más que nada por costumbre, porque casi no tenía rulos.

Me puse unos jeans grises y mi nueva camisa a cuadros verdes, con un sweater también gris. Sophie entró en mi cuarto cuando me vestía y me miró con desconfianza.

— ¿Qué? —pregunté, dando una vuelta para que contemplara mi look

— ¿No te pondrás maquillaje? – alegó

— ¿Debería?

— Claro, es una cita

Entonces me di cuenta ¿eso era una cita? ¿Qué es lo que era? ¿Por qué demonios el pelmazo insistía tanto en reunirse conmigo? ¿Qué mierda estaba pasando?

Me invadió el pánico. Sophie fue a la cocina y regresó con un vaso de agua, tratando de calmarme.

— No te preocupes tanto, Kari, el pelmazo tiene pinta de ser buen tipo – sonrió para tranquilizarme

— Pues... No lo sé, estoy algo nerviosa

— Es normal. Cálmate

Mi amiga me ayudó a entrar en razón y a maquillarme. Mis experiencias amorosas negativas del pasado no tenían por qué impedirme tener amigos o conocer gente. Estaba empezando una nueva etapa y no quería ni necesitaba tener miedo.

— Ya me voy – dije poniéndome la chaqueta de cuero, cuando vi que ya me había atrasado

— ¿No es mejor que te pongas una chaqueta más abrigadora? – me preguntó maternalmente

— No, volveré pronto. Y tampoco hace tanto frío

— Estamos empezando el otoño

— No exageres

Tomé un taxi porque ya eran casi las nueve.

Cuando llegué a la fuente de la plaza, el pelmazo estaba allí esperándome, con un largo abrigo negro. La verdad es que sí hacía un poquito de frío, más de lo que yo esperaba.

— Lamento el retraso – saludé

— No importa – sonrió — ¿Vamos? —dijo, ofreciéndome su brazo

— Claro

Entramos en un restaurant del centro, de comida italiana. Roberto apartó la silla para que yo pudiera sentarme, como todo un caballero. Luego se sacó el abrigo y lo dejó en el respaldo de la silla, dejándome ver que llevaba puesto un pantalón beige, camisa a cuadros azules y un sweater negro de cuello redondo. Se sentó frente a mí y me sonrió, causando algo parecido a un cosquilleo en mi estómago.

El mesero nos llevó los menús. Observé a mi compañero mientras leía qué pedir y de pronto

me di cuenta que en realidad sí era bastante guapo, no como un modelo de revista, pero lo suficiente. También era alto y simpático, aunque tímido. Su mirada era dulce al igual que su sonrisa. Ay, Kari ¿Qué estás pensando? Me cuestioné.

Me sorprendió mirándolo como tonta, e inmediatamente se sonrojó. Yo desvié la vista.

Ambos pedimos lasaña y un par de tragos.

Nos pusimos a charlar de la vida. Pero él me hizo una pregunta incomoda.

— ¿Cuántos años cumpliste?

Fruncí el ceño. Hasta el año anterior no me molestaba que me preguntaran mi edad, pero con tres décadas en el cuerpo, las cosas comenzaban a cambiar.

— Treinta – respondí, sorbeteando mi pisco sour

— ¿En serio?

— ¿No lo parezco?

— ¡Para nada! Te ves como una niña

Okey, ese tipo me estaba agradando cada vez más, no sé si el sour tenía relación con eso.

Después del postre – una deliciosa tarta de chocolate – llegó la hora de pagar la cena. El mesero nos llevó la cuenta.

— Dime cuanto es mi parte – mencioné, sacando mi billetera

— Por supuesto que no – contestó serio – yo te invité, así que yo pago

— Eso no es cierto, yo te envié el mensaje primero – me quejé

— Pero yo te dije que me llamas. Y no es un tema que esté en discusión: yo pago y punto

Pagó la comida y salimos a la calle. Estaba bastante más frío que cuando recién entramos al restaurant. Había pasado dos horas geniales junto a Roberto y la verdad es que no quería que se terminara tan pronto nuestra salida – me negaba a llamarla cita — así que fue un alivio cuando él hizo la propuesta.

— Creo que aún es temprano para llevarte a tu casa ¿Quieres ir por unos tragos?

Asentí feliz.

Fuimos a un bar, también en el centro de la ciudad. La música sonaba fuerte, así que tuvimos que sentarnos bastante cerca para poder escucharnos.

Roberto pidió un whisky con hielo y yo un tequila margarita. Seguimos contándonos historias, anécdotas del trabajo y ese tipo de cosas. Definitivamente ese hombre no era el estirado y estúpido funcionario del gobierno que creí cuando me llamó lesbiana. Era tan amable y me escuchaba con toda su atención, como si estuviera memorizando cada una de mis palabras. Y yo, la verdad, me sentía halagada con su interés por mi loca vida que le estaba contando.

Ya era de madrugada cuando salimos del bar. Y hacía mucho frío, había niebla y caía un poco de garuga. Me puse a temblar; aparentemente Sophie tenía razón cuando dijo que iba con ropa demasiado ligera.

— Estás muriendo de frío... —dijo Roberto, quitándose su abrigo y poniéndolo sobre mis hombros – toma, ponte esto

— No, no es necesario...

— Sí lo es, pónitelo

Me puse su abrigo, el que me quedaba grande porque él medía un metro ochenta y yo quince centímetros menos. A esas alturas ya había perdido la cuenta de la cantidad de nobles gestos que había tenido conmigo; su nivel de caballerosidad era impresionante.

Mi departamento estaba a veinte minutos caminando desde el centro y lentamente comenzamos a ir en dirección a mi hogar. Entre el frío de la madrugada la línea de las conversaciones comunes empezó a desvanecerse.

— Oye... ¿cuántos años tienes tú? – pregunté con curiosidad

— Pues varios más que tú... —se rio

— No creo que tantos

— Doce, casi trece. Pronto cumpliré cuarenta y tres – aclaró

— No es tanto – dije

— Quizás... ya sabes, no me di mucha cuenta, me he pasado siempre trabajando, no sé muy bien cómo llegué a los cuarenta, a la mitad de la vida —reflexionó

— Yo tampoco sé cómo llegué a los treinta, me parece que fue ayer cuando estaba en la universidad, incluso en la secundaria

— ¿Eras buena estudiante?

— Regular... solía meterme en muchos líos – reí – y tú de seguro eras el más serio de la clase

— Destacaba por ser el de mejores calificaciones y conducta... por eso mismo no tenía muchos amigos. Me arrepiento un poco de eso, de jamás haberme metido en problemas y divertirme – comentó un poco triste

— Ahora me tienes a mí como amiga —sonreí —y si quieres, podemos meternos en muchos problemas

Reímos como idiotas.

— Si somos amigos... —habló — ¿Puedo llamarte Kari?

— Sí, y yo te llamaré Rober ¿okey?

— Okey

Seguimos charlando mientras caminábamos, hasta que llegamos a mi edificio. Me quité el abrigo y se lo devolví.

— Gracias, me salvaste de morir de hipotermia

— No fue nada

Nos despedimos con un beso en la mejilla. Tuvimos una noche maravillosa y sin embargo en ningún momento trató de besarme o de pasarse de listo. Definitivamente era todo un caballero, hombres con los que no estaba acostumbrada a tratar. Su excesiva amabilidad estaba a punto de derretirme.

— Lo pasé muy bien contigo... gracias por todo – dije

— ¿Me llamarás otro día? —preguntó con nostalgia

— Claro

Roberto se marchó y yo subí pensativa las escaleras. Abrí la puerta del departamento despacio, para no despertar a Sophie. El reloj de la cocina marcaba las cuatro y media de la mañana y al asomarme por la ventana vi que comenzaba a llover.

Me metí en la cama con una enorme sonrisa en mi cara.

Los domingos nunca me han gustado mucho. Me parecen tan deprimentes, porque son la antesala de volver a trabajar el lunes. Además, ese domingo llovía y estaba especial para hibernar.

Con Sophie estuvimos toda la jornada en pijama, en una pequeña maratón de House M.D. Necesitaba relajarme, dejar de pensar un poco en lo ocurrido la noche anterior, aunque me resultaba casi imposible. A cada segundo recordaba esa forma tan especial en que Rober me miraba.

Luego vinieron días agotadores en el estudio, grabando un montón de comerciales de productos completamente inútiles, que se suponía revolucionarían los hogares.

El jueves recién me di cuenta de que no había sabido nada de Roberto desde la madrugada del domingo y me preocupé. Ya habían pasado más de tres días, que es el tiempo que se supone se debe esperar antes de volver a llamar a una chica con la que saliste ¿Acaso se había decepcionado de mí y por eso no había vuelto a llamar? O quizás aún peor, quizás delincuentes lo habían asaltado o asesinado y sus restos estaban en una zanja olvidada, o en la morgue en el sector de no identificados.

Llamé a Sophie a la hora del recreo, cuando sus alumnos salieron al patio a jugar. Ella me escuchó atentamente y luego me dio la mejor solución para mi ataque de nervios.

— ¿Y si le hablas por teléfono? – sugirió, idea que hasta entonces yo no había considerado

— No sé, puede creer que soy una de esas mujeres obsesivas psicópatas...

— No tienes que decirle nada sobre tu teoría de la zanja ni vas a pedirle que se case contigo, sólo preguntale como ha estado – explicó

— Tienes razón. Gracias

Colgué con Sophie y marqué el número de mi pelmazo favorito. Sonó un par de veces antes de escuchar su voz.

— ¿Quién habla? – preguntó, como de ultratumba

— Soy yo, Karin ¿me recuerdas? – inquirí algo asustada

— Claro, claro, es que cogí el móvil sin siquiera mirarlo

Se escuchaba muy mal, gangoso y como si realmente estuviera en la morgue.

— ¿Estás bien?

— No mucho —tosió

— ¿Vas a morir?

— Espero que no, solamente me agarré una gripe

Finalmente la historia tenía sentido. Me sentí enormemente culpable.

— Lo siento mucho, si no me hubieras dado tu abrigo no te habrías enfermado – me disculpé

— En ese caso tú serías la enferma

— Me lo habría merecido por ir tan desabrigada

— No importa, así me gané unos días libres de la oficina

Ambos reímos, él con dificultad.

— Si quieres puedo llevarte una sopa, o lo que necesites ¿Dónde vives? – lo interrogué

— Lejos, al otro lado de la ciudad. No quiero molestarte ni contagiarte, Kari. Dentro de unos días estaré bien y, si quieres, puedes compensarme el resfrío yendo a algún lugar conmigo – sugirió tímidamente

— ¿A dónde?

— Donde quieras, es tu turno de elegir

— Okey, pensaré en algo divertido que podamos hacer el fin de semana

Terminamos de charlar. Ya podía quedarme más tranquila al saber que Roberto seguía vivo, un poco agripado, pero vivo.

Por la tarde, al llegar al departamento, encontré a Sophie preparando el té. Había llevado donuts y galletas.

— ¿Celebramos algo? —consulté, sentándome a la mesa

— Obviamente —respondió —que tu amigo el pelmazo no está muerto

Sophie amaba las donuts, así que se lo pasaba buscando motivos de festejo para que las comiéramos. Aunque tenía que reconocer que esa vez estaba contenta igual que ella, no solamente por comer donuts, sino porque Roberto no estaba en una zanja, pero sobretodo porque tenía ganas

de verme otra vez.

El día domingo a las once de la mañana, con un tibio sol alumbrando la ciudad, me reuní con Roberto. Por primera vez lo vi llegar en su auto, un BMW del año color grafito reluciente. Quedé realmente sorprendida; jamás me había subido a un vehículo tan elegante.

— Ya sabes, así es la política —me dijo cuándo subí al auto con cara de desconcierto

— ¿Y el Lexus en el que te vi la otra vez?

— Ese es del ministerio; sólo lo uso cuando son temas de trabajo. ¿Y? ¿Adónde vamos? – preguntó alegre

— Es una sorpresa

Me fui guiándolo durante todo el trayecto.

Al llegar a nuestro destino Rober puso una mueca extraña, mezcla de asombro y horror: estábamos en el parque de diversiones.

— ¿Te gusta? – pregunté, tirándolo del brazo para ir a la boletería

— Eh... bueno... – titubeó

— ¿Qué?

— Creo que la última vez que vine a un lugar así tenía diez años – contestó

— ¿En serio? Yo vengo todo el tiempo

Me observó un instante como si yo estuviese loca, o al menos con algún terrible problema de miedo a convertirme en adulta. Pero luego me sonrió.

— Entonces vamos – habló – de seguro hay muchos juegos nuevos en más de treinta años

Comenzamos con algunas atracciones sutiles, casi de niños pequeños. Me parecía tan divertido verlo ahí, en los autos chocadores y trenes, en juegos diminutos con su metro ochenta de estatura.

Después subimos de nivel. Lo cogí de la mano y me lo llevé corriendo a hacer la fila para Tiranosaurus, una grandiosa montaña rusa llena de vueltas y caídas violentas. Es que soy una persona que adora las montañas rusas y los juegos de velocidad.

— ¿Segura que quieres subir? ¿No es peligroso? – me preguntó

- ¿Tienes miedo? – interrogué burlona, para después aletear y cacarear como gallina
- No, es que... —dudó un instante – olvídale. Hagámoslo

Me gustó su determinación y pronto estuvimos en Tiranosaurus. Grité como demente en los minutos que duró el recorrido, alucinada con la rapidez de la atracción. De reojo miré a Roberto, quien iba un poco pálido. Solamente al bajar comprobé su real nivel de daño.

Afirmándolo, llevé a Rober hasta el baño. Lo esperé afuera. Salió un rato después, aun pálido pero con mejor semblante. Me sentía muy culpable de su calamitoso estado.

- Lo siento, Rober, no creí que te pondrías tan mal – me disculpé
- No es nada, sólo mareos y poca experiencia en montañas rusas
- Si quieres nos podemos ir, en serio... —ofrecí
- No. Mejor vamos por algo de comer – me sonrió

Fuimos hasta el sector de restaurantes y elegimos un local, donde compramos hamburguesas y papas fritas. Nos sentamos en una mesita blanca con quitasol de Coca Cola a almorzar.

Al terminar decidimos dar una vuelta por el parque antes de pensar en subir a otro juego. De repente encontramos un pequeño puesto con un fotógrafo.

- Señor ¿Una foto con su novia?

Roberto se puso rojo de vergüenza. A mí me dio mucha risa su reacción: si hubiéramos sido escolares era muy normal sonrojarse, pero no a esas alturas de nuestras vidas.

- Ella y yo... —tartamudeó
- Sí, Rober, saquémonos una foto – supliqué
- ¿Eso quieres?
- ¡Claro!

Nos acomodamos frente al lente de la cámara. Lo abracé sonriente, haciendo unas orejitas de conejo con mi mano izquierda. Quedaba cerca de su mentón y desde esa perspectiva veía su expresión de nerviosismo. También, abrazándolo, lograba sentir como su corazón latía fuerte, a todo galope, lo que me hizo descubrir que el mío hacía un sonido muy similar. ¿Qué era lo que me estaba pasando? ¿Acaso me estaba empezando a gustar el pelmazo? Nos conocíamos hace casi dos semanas, eso no era mucho tiempo que digamos. ¿Era posible sentir cosas tan rápido? Aparentemente sí.

Nos soltamos del abrazo y esperamos unos segundos, hasta que el fotógrafo nos entregó la

instantánea. Salíamos bastante felices.

— ¿Puedo quedármela? – pregunté, a pesar de que él había pagado la foto

— Sí, aunque... —meditó – debimos pedir una copia, para que yo también pudiese tener una

— Puedo solucionarlo

Saqué mi móvil del bolsillo, me volví a colgar de su cuello y nos tomé una selfie. Luego se la envié a su celular.

— Problema resuelto – dije alegre

Paseamos otro rato, hablando de la vida, la infancia y yo le conté historias de mi época de escolar y universitaria. Le expliqué algunas cosas técnicas del cine y la televisión. Él me escuchaba atentamente, apenas interrumpiendo para hacerme preguntas sobre lo que le contaba.

— Ya basta de hablar de mí. Cuéntame sobre ti – le pedí

— Mi vida es muy aburrida. No hay mucho que contar – respondió

Creí que era demasiado tímido como para querer hablar de sí mismo. Y me gustó eso, no era de los hombres que sólo quieren que lo escuchen hablar de sus aventuras y grandes experiencias, esos odiosos tipos que buscan llamar la atención.

Me llevó a casa cerca de las ocho de la tarde, cuando ya comenzaba a hacer frío. Se bajó de su auto y me acompañó hasta el ascensor.

— Está descompuesto – señalé

— ¿En qué piso vives?

— Octavo

— Vaya... —exclamó

— Gracias por todo – dije – fue muy divertido

— ¿Incluso mi casi desmayo?

— En especial tu casi desmayo

Reímos.

Nos miramos a los ojos.

Se acercó a mí.

Quizás no era tan tímido como yo pensaba, porque creo que tenía intenciones de besarme,

aunque claro que yo también las tenía.

Con su mano derecha corrió un mechón de cabello que caía sobre mi rostro.

— Eres muy bonita, Kari – susurró sonrojado

— Gracias —contesté

Cerré mis ojos, esperando que sus labios tocaran los míos, pero en lugar de eso escuché una voz muy familiar.

— Hasta que llegas, Kari, te estaba esperando

Rober y yo nos volteamos, sorprendidos en ese momento tan incómodo—romántico. La voz le pertenecía a Pablo, quien se aproximó a nosotros con una expresión muy seria y dominante.

— Pablo ¿Qué haces aquí? – pregunté, desconcertada

— Vine a verte – respondió, dándome un largo beso en la mejilla —¿no me presentas al caballero? – pronunció remarcando la última palabra

— Claro, él es Roberto, un amigo. Y este es Pablo, también un amigo – dije, señalándolos

— Un gusto – habló Pablo, dándole la mano a Roberto

— Igualmente – contestó el mayor

Nos quedamos en silencio, los tres. Yo no sabía que decir, la situación era muy tensa.

— Ya me tengo que ir – comentó Roberto – adiós Kari, adiós Pablo

Se despidió de nosotros y se subió a su fantástico BMW. Desapareció.

— Yo también me voy – proclamó Pablo

— ¿A qué habías venido? – cuestioné

— A nada en especial, pensaba que podíamos bebernos un café, pero como andabas de paseo con tu nuevo amigo, no se pudo y ahora ya es tarde

Pablo se fue sin decirme nada más y yo emprendí rumbo por las escaleras. Llegando a mi puerta fue cuando un chispazo encendió mi mente; lo sucedido en la recepción con Pablo ¿era una escena de celos?

Durante los días siguientes Roberto y yo estuvimos intercambiando mensajes a través del móvil. Me parecía extraño, llevaba tanto tiempo sin mensajear con un hombre que me sentía como una quinceañera. También me llamaba por las noches, para saber cómo había estado mi día y ese tipo de cosas. Luego colgábamos y yo suspiraba, momento que Sophie aprovechaba para hacer alguna broma.

El jueves quedamos de vernos, en la mañana. Como él trabajaba en el ministerio de cultura tenía acceso a todos los eventos del gobierno y ese día se inauguraba una exposición sobre momias egipcias, a la que me invitó y yo no me negué, ya que no tenía que ir al estudio hasta la tarde y era gratis. Y porque quería verlo, claro.

Nos reunimos en el frontis del centro cultural donde era la exposición y entramos por una puerta lateral, sin hacer fila. Era como ser VIP.

Recorrimos la exposición casi en completo silencio, porque en esos lugares no se puede hablar mucho. La verdad es que me pareció muy interesante y traté de poner mi máxima atención para luego tener tema de conversación y no quedar como ignorante, pero era inevitable que a ratos me desconcentrara cuando lo sorprendía mirándome y, por consecuencia, sonrojándose.

A eso de las once de la mañana salimos del centro cultural y Rober me invitó a una cafetería que estaba al otro lado de la calle. Yo pedí un latte vainilla y él un cortado.

Charlamos un rato y una hora más tarde anuncié que tenía que irme al estudio. Antes de que pudiera reaccionar él ya había pagado la cuenta. No tuve oportunidad de chistar.

Salimos y caminamos rumbo a la estación de metro, que estaba a un par de cuadras de allí. En ese instante sonó mi móvil al recibir un correo electrónico. Miré la pantalla y muy ilusionada abrí el mail, al comprobar que el remitente era el reclutador del canal de televisión al que había ido a una entrevista de trabajo un par de semanas atrás.

Mi expresión cambió cuando leí que lamentablemente no había sido seleccionada para el cargo. Rober, a quien ya le había comentado de esa oportunidad laboral, me miró triste, casi tanto como lo estaba yo.

— Lo siento mucho – me dijo

— También yo – sollocé cubriéndome la cara – perdón, no quiero que me veas así

Traté de contener mis lágrimas de frustración pero me fue imposible. Él me abrazó fuerte

contra su pecho y por unos minutos me dejé llevar por mi pena y lloré, sin pensar en que estábamos en el medio de la calle.

Me pareció increíble cómo logré calmarme solamente gracias a sus caricias en mi cabello y por el hecho de estar entre sus brazos.

— ¿Te sientes mejor? – me preguntó tiernamente

— Si – respondí, secándome los lagrimones con el dorso de mi mano – ya me voy, no quiero llegar tarde. No puedo arriesgarme a perder el empleo cuando nadie más quiere contratarme

Nos despedimos con un beso en la mejilla y desaparecí en la boca del metro.

Por la tarde me encontraba en el estudio trabajando en mi laptop cuando un chico que hacía las veces de junior apareció en mi escritorio con un ramo de rosas blancas.

— ¿Y esto? – le pregunté confundida

— Un moto boy las trajo para ti

El chico me entregó las flores y saqué la tarjeta que llevaban. La abrí y la leí.

Ya encontrarás algo mejor. Mereces lo mejor.

Roberto.

Sonreí y casi rompí a llorar nuevamente con ese gesto tan terriblemente tierno.

Quizás no necesitaba seguir buscando algo mejor. Quizás ya lo había encontrado.

La tarde del lunes Sophie y yo nos preparábamos para tomar el té cuando sonó el timbre. Me acerqué a la puerta y al abrir me encontré con Olivia, llevando un par de bolsas en las manos.

— ¿Qué haces aquí? —le pregunté. Ella nunca nos visita sin avisar

— ¿Qué acaso no son mis amigas? — Protestó — andaba acá cerca haciendo unas compras y pensé que sería divertido verlas un rato

— ¡Qué linda eres! — pronunció Sophie, emocionada

— Y además... así podemos ponernos al tanto — habló misteriosamente — ¿A que no saben qué me pasó hace algunos días?

Sophie y yo nos miramos presintiendo que algo pasaba. Conocíamos a Olivia, sabíamos que usaba ese tonito misterioso cuando tenía información para chismosear.

Olivia, de una de sus bolsas, extrajo una botella de vodka y sin pedir permiso sacó jugo de naranja del refrigerador. Se preparó un trago, le dio un sorbo y se dejó caer sobre el sofá.

— Ya dinos qué fue lo que viste — dije, bebiendo mi café

— Creo que fue el jueves pasado... —meditó — iba caminando por el centro, casi llegando a la estación de metro que está en los ministerios...

Suspiré. Ya sabía para donde iba su plática.

— Cuando de pronto veo a una amiga mía, a la que le dicen Kari, abrazada de un tipo alto que no estaba nada mal — terminó de narrar

— Déjalo ahí — la detuve — si me abrazaba es porque yo estaba triste, porque no conseguí un empleo — expliqué

— Cariño, no importa eso — indicó, bebiendo nuevamente — lo que sí importa es que el tipo, aunque se ve mayor, está bastante bien conservado. Dime una cosa ¿De qué porte la tiene? ¿Pequeña, mediana? No me digas que grande...

— Cállate, Olivia

Si la hice callar no fue porque quisiera parecer una puritana, sino porque por un momento un pensamiento sucio de Rober y yo juntos jadeando sobre la cama fue a mi mente y me aceleró el pulso. Sacudí esa idea de mi mente.

— No, Oli, Kari no lo sabe — contestó Sophie

— ¿Qué? – exclamó Olivia

— Roberto y yo... no nos hemos acostado – aclaré

— Bueno, pero algo habrán hecho como para que tengas una referencia del tamaño...

— Nos hemos abrazado. Y tomado de la mano – respondí, un poco cohibida

— Pero al menos le has dado un buen beso ¿No?

Clavé la vista al piso y negué con la cabeza.

— Es que no me lo creo – vociferó indignada Olivia — ¡Tienes treinta años, Kari! ¿Qué estás esperando? ¡Bésalo ya!

Olivia era demasiado abierta de mente y quizás también de otras partes de su cuerpo. Era una mujer independiente a la que le gustaba disfrutar de la vida, y eso incluía a los hombres. Pero siempre con las medidas de protección que correspondían.

— Okey Kari, como eres mi amiga y te quiero, y en el fondo de mi alma sabía que ibas a decir lo que me acabas de decir, es que te traje un regalo – predicó con la mayor paciencia que pudo

De otra de sus bolsas, específicamente la de la farmacia, Olivia sacó una caja de preservativos y me la entregó, con tanta parafernalia como si me estuviese entregando la antorcha olímpica.

— ¿Condomes? – cuestioné

— Los vas a necesitar, amiga – dijo maternalmente

— Es una caja de doce ¿Cuánto se supone que me va a durar? – pregunté

— A mí y Mike nos duran un mes – comentó Sophie

— ¿En serio? A mí ni la mitad – reflexionó Olivia – pero a ti, Kari, espero te dure una semana. Tengo fe en ese tipo, aunque sea mayor y tenga la fecha de vencimiento cerca

No pude evitar reírme con las ocurrencias de Olivia. Es que todas tenemos una amiga que es como ella.

Después de un rato de charla, Olivia se despidió de nosotras con un abrazo y se marchó a su casa. Yo me puse de pie con intenciones de prepararme para dormir.

— Oye Kari... —musitó la chica de aire parisino

— ¿Sí?

— ¿Cuánto crees que te dure la caja?

Nos miramos y nos echamos a reír. Yo me llevé el obsequio a mi habitación; abrí la caja, cogí un par de condones y los guardé en mi mochila. Más valía siempre estar preparada, después de todo, ya tenía ganas de saber qué tan cerca estaba Rober de su fecha de caducidad.

Al día siguiente, como siempre, salí atrasadísima del edificio rumbo al trabajo. Antes de cruzar la portería vi que en la calle, en su camioneta, Pablo me observaba. Apenas lo reconocí él abrió la puerta del copiloto.

— ¿Te llevo al estudio?

— No es necesario – gruñí muy seria

— Kari, por favor

Continúe caminando, sin detenerme. Pablo se bajó del vehículo y me alcanzó a pie un par de metros más adelante.

— Sé que estás enojada. La otra vez me porté como un idiota

— Sí, es cierto

— Lo siento mucho. No quería espantar a tu amigo – dijo con evidente resentimiento en su tono de voz

— Fue muy raro —incredulé —apareciste de la nada, como si estuvieras espíandome

— Por supuesto que no – se defendió — Yo sólo quería estar un rato contigo, pero no consideré que ahora tienes un nuevo amigo para pasear el fin de semana —habló sarcástico

— Puedo salir con quien quiera —alegué

— Kari... ya perdóname – suplicó

Me miró con una expresión de culpa y ojos de cachorrito regañado. Sonreí. Era imposible que me enojara con Pablo; además, supuse que era normal que se pusiera un poco lo envidioso si de pronto yo tenía otro amigo, cuando él había sido el único y más cercano hombre en mi vida durante los últimos años.

Pero... creo que tenía que reconocer que quizás, solamente quizás, no veía de la misma forma a Pablo y a Roberto. En fin, ese era otro tema.

— Okey, todo olvidado – lo perdoné

— Gracias

Pablo me abrazó efusivamente, feliz ante mis disculpas. Luego de eso subimos en su camioneta y fuimos a un Starbucks, donde bebimos café y compramos un par de muffins con chips de

chocolates.

Llegué tarde al estudio pero no importó, porque me había reconciliado con mi mejor amigo. Eso era suficiente para empezar el día.

Esa misma mañana, cerca de las once, sonó mi móvil. Con alegría comprobé que era Rober quien me llamaba. Sin darme cuenta una sonrisa se instaló en mi rostro.

— ¿Cómo estás? —me preguntó

— Bien, ya sabes, en el estudio —respondí, restándole importancia

— Si estás muy ocupada puedo llamarte en otro momento...

— Claro que no, dime lo que quieras – dije relajada

— Kari, te llamo porque les notificarán que habrá una reunión en el ministerio, mañana. Es sobre el decreto de censura

— ¿En serio? ¿Sucedo algo malo? – pregunté, pensando en que no podía perder mi trabajo por una estúpida ley

— Aun no estoy del todo seguro, pero creo que se anulará

— Genial – dije tranquilizándome

— Si... y bueno, también había pensado... —habló tímidamente

— ¿Qué cosa?

Roberto se quedó en silencio un instante que me pareció eterno. Llegué a creer que me había colgado el teléfono. Por suerte no fue así.

— ¿Sigues ahí?

— Sí, es que... Ya sabes, si no estás muy ocupada... – divagó

Nuevamente silencio. ¿Qué diablos le pasa? pensé. Sentí un suspiro al otro lado de la línea y con una voz muy suave continuó hablando.

— Si no estás muy ocupada, podríamos ir a algún lugar después de la reunión, a tomar un café. Pero solamente si puedes, si tienes planes no hay problema...

— Me parece perfecto – me apuré en contestar – nos vemos mañana

Después de otro rato de conversación, colgamos.

Me recliné sobre mi silla, con los ojos cerrados, sumida en ilusión. ¿Ilusión de qué? Podría decir que no lo sabía, pero era mentira. Estaba muy segura que, a pesar de conocernos hace menos de un mes, Roberto me comenzaba a gustar, de una manera irracional y terriblemente peligrosa, un

gusto de esos que antes de darme cuenta se convertiría en amor.

Y eso era lo que me aterraba. Ya había tenido suficientes malos amores en el pasado, por lo que el riesgo de que mi corazón volviera a romperse era muy alto.

No quería sufrir otra vez, no por egoísmo, sino por temor de no poder soportarlo.

Antes de irme a casa esa tarde Rafael me avisó de la reunión en el ministerio. Sería al día siguiente a las cuatro de la tarde, así que trabajaríamos media jornada.

Me sentía emocionada de ver a mi pelmazo, así que el miércoles en lugar de almorzar en el estudio le dije a Rafa que debía ir a casa urgente. Y sí, era urgente: me di una ducha y comencé a arreglarme, como si fuese a una cita.

Estábamos en otoño y no quería que Roberto se volviera a resfriar por mi culpa, así que lo mejor sería abrigarme. Me puse un vestido gris de mangas largas, medias negras y botas cafés, también un chaleco beige y mi chaqueta de cuero. Me maquillé sutilmente, para que pareciera que ese era mi estilo habitual y no que me arreglaba tan afanosamente por un hombre. Aunque no sé por qué me molesté tanto; Rober ya me había visto varias veces muy desaliñada, no en vano al conocernos me confundió con una lesbiana.

Salí de casa cerca de las tres con cuarenta y corriendo hice parar un taxi.

Llegué al ministerio justo a tiempo; Rafael, quien ya estaba allí, me miró desconcertado, ya que en la mañana me había visto con un polerón deportivo y un jeans rasgado y de repente me presentaba como toda una señorita. No me dijo nada, de seguro teniendo una vaga idea de qué estaba sucediendo.

El salón de reuniones estaba lleno, pero a lo lejos logré ver a Roberto. Me hizo un gesto con la mano y esbozó una gran sonrisa. A su lado estaba un hombre casi de su misma altura, pero con mucha más personalidad y tan arreglado que parecía de la realeza. Llevaba un traje negro y una expresión cínica que no me gustó, típica de un politiquero. Miraba a los asistentes casi con desprecio y se limpiaba la mano cada vez que la estrechaba con algunos de los colegas del sindicato de artes y espectáculos. Deduje que ese hombre sería Eduardo, el mejor amigo y también jefe de Roberto.

La reunión se prolongó durante una hora, entre discursos y opiniones de la concurrencia. Finalmente se nos comunicó que la ley de censura no se llevaría a cabo y que podríamos seguir trabajando sin preocuparnos. AplBMWmos y Eduardo, con una muy sobreactuada amabilidad, nos invitó a un pequeño cóctel para limar las asperezas del pasado.

Rafa y yo fuimos hasta el salón del coctel, donde había jugos y una mesa llena de deliciosa comida. Antes de un minuto, Rober se acercó a nosotros y saludó a Rafael con un apretón de manos y a mí con un beso en la mejilla.

— Qué gusto verlos – dijo, siempre muy políticamente correcto

— Lo mismo digo —habló Rafa—me alegra que las cosas se hayan resuelto

— También a mí —contestó sonriéndome

Yo le devolví la sonrisa y creo que en ese momento Rafael se convenció de lo que pensaba y se sintió sobrando, porque después de una forzada tos volvió a hablar.

— Permiso, iré a saludar a los miembros del sindicato

Rober y yo nos miramos, avergonzados por haber corrido a mi productor jefe.

— ¿Estás lista? – me preguntó

— Claro – respondí rápidamente

— Roberto, hasta que te encuentre

Eduardo apareció junto a nosotros sin siquiera notarlo. Me miró con una mueca burlesca en el rostro. Era alto, aunque no tanto como Rober, y tenía los ojos verdes. A decir verdad no era nada feo, pero emanaba un complejo de superioridad que hacía ignorar sus encantos físicos.

— Edu, te presento a Kari, una amiga – nos presentó—él es Eduardo, el secretario del ministerio y mi amigo del que te comenté

— Un gusto – saludé

— El gusto es mío, Kari

Eduardo y Roberto cruzaron un par de palabras, de trabajo, lo que obviamente no comprendí. Eduardo no paraba de echarme miradas despectivas mientras Roberto le contestaba sus dudas. Tras unos minutos, el secretario sacó su voz de mando.

— Roberto, necesito que le entregues los informes a tesorería. Después de que lo hagas puede irte

Rober asintió con la cabeza. El elegante hombre se despidió de mí fríamente pero sin dejar de ser educado y se largó.

— Kari ¿puedes esperarme un poco? Debo terminar algunas cosas—se disculpó

— No te preocupes —sonreí – estaré en el jardín

Estuve casi veinte minutos esperando a mi acompañante, mirando una de las piletas de agua del patio, hasta que por fin Roberto salió con su maletín en la mano, vestido con un traje gris, camisa y corbata negra y un abrigo oscuro. Dios, verlo ahí, en ese edificio enorme y vestido tan distinguidamente me hacía entender cuán diferentes éramos. Como agua y aceite.

— Pareces salido de la sastrería Kingsman – comenté

— ¿De dónde? – me interrogó sin entender

Sí, definitivamente éramos muy diferentes.

Ese día Roberto no había ido al ministerio en su BMW. Decidimos ir caminando a una linda cafetería que estaba cerca de allí, donde nos sentamos en la mesa del rincón y pedimos unos cafecitos y pasteles, el mío de selva negra y el suyo de lúcuma.

Conversamos un buen rato y nos reímos, de esas historias locas que uno suele contar cuando está conociendo a otra persona y de pronto descubres que ese alguien te está interesando más de lo que debería.

Después de una hora nos marchamos por el parque central, que en esa época estaba lleno de árboles con hojas secas y que producto del frío que empezaba a hacer y de la tormenta que amenazaba, estaba vacío.

— Kari... te ves muy linda hoy – dijo Rober sonrojado

— Gracias – sonreí – tú también te ves muy guapo

— No mientas...

— No lo hago

Avergonzado miró al cielo nublado, juntando toda su valentía para seguir hablándome.

— Sabes, han pasado varios días desde la última vez que nos vimos – meditó — Y creo que...

Se quedó en silencio, pensando si terminar la frase o no, en segundos que me parecieron eternos.

— Te he echado de menos – finalizó la oración, mirándome a los ojos

— También yo – contesté

Continuamos caminando, sin hablar, pero no era uno de esos silencios incómodos, era un silencio que presagiaba lo que ambos esperábamos que ocurriera y que ninguno se atrevía a comenzar. Instintivamente nos tomamos de la mano.

Avanzábamos lento, hasta que las primeras gotas mojaron nuestro cabello. En un instante la tormenta había iniciado y estábamos empapándonos bajo la lluvia.

— Mierda —clamé, furiosa ante la idea de terminar esa bella cita por la lluvia

— Tranquila, ya casi llegamos a tu casa – me animó

Llegamos a mi edificio bastante mojados. Como método de evitar que él siguiera mojándose lo cogí del brazo y entramos hasta la recepción. Rober se pasó las manos por su pelo con agua en un gesto que me pareció de lo más atractivo. Tuve que esforzarme por sacudir esa sensación de hormigueo de mi estómago y, también, de mi ropa interior.

— ¿Te pasa algo? – me preguntó él, sacándome de mis cavilaciones

— No, nada – negué — ¿Por qué no subes un rato? Ya sabes, mientras pasa la lluvia y te secas un poco

— Me parece buena idea

— Así te puedo presentar a Sophie

— Me encantaría conocerla

Subimos hasta el octavo piso. Para mí gran sorpresa Sophie no estaba en casa, como se suponía. Mi móvil sonó por un mensaje.

Kari, estoy en casa de Mike. Me quedaré aquí porque está lloviendo. Mañana me cuentas de tu cita con el pelmazo. Cuídate.

No sabía muy bien qué sentir; si alegría por estar a solas con Roberto, o nerviosismo, por la misma razón.

— Sophie no vendrá—pronuncié – se quedará con su novio... por la lluvia

— Qué lástima – comentó —La conoceré otro día

Rober se quitó su abrigo y el saco, quedando solo en camisa. Lo miré y me di cuenta que me parecía terriblemente sexi. Feliz me habría lanzado encima suyo para arrancarle la corbata, pero me contuve. Es que Disney nos metió en la cabeza que las señoritas no toman la iniciativa y esperan a que su príncipe azul las bese primero. Me maldije por ser tan cobarde.

Mi compañero me observó asustado, como si hubiera adivinado mis pensamientos obscenos y se sintiera en riesgo de ser abusado sexualmente. Nos miramos, nerviosos.

— ¿Tienes hambre? – le pregunté

— Un poco

— Podemos preparar algo —propuse

— ¿Te gusta cocinar?

— No. De hecho no se me da muy bien

— No importa, yo te ayudo

No estoy segura de cómo lo hizo, pero con algunas cosas de la despensa y verduras que estaban en el refrigerador comenzó a cocinar, logrando que me sintiera como una inútil.

Media hora después pusimos una lasaña de atún, queso y verduras al horno. La mezcla parecía algo rara pero aun así tenía bastante buena pinta. Yo, por mi parte, saqué una botella de vino tinto. Entonces sucedió.

La cocina del departamento era muy estrecha, por lo que era difícil estar muy alejados el uno del otro. Busqué el descorchador y me dispuse a abrir la botella, pero supongo que por los nervios me costaba mucho trabajo. Rober se acercó para ayudarme.

— Yo lo hago – dijo

— Okey, sacaré las copas

Me puse en puntillas para alcanzar las copas, que estaban en el mueble más alto. Claro que para hacerlo tenía que acercarme más a mi acompañante, poniéndome por delante de él.

Roberto dejó la botella sin abrir sobre el mesón de la cocina y recibió las copas. Nos miramos fijamente.

— Kari... necesito hacerte una pregunta

— Dime

— Tú crees que yo... ¿podría darte un beso? – consultó nervioso

— La verdad – respondí – esperaba que lo hicieras sin preguntar

— ¿Entonces no hay problema?

— No, para nada

Colocó sus manos en mi cintura y yo las mías en su cuello. Cerré mis ojos y sentí sus labios tocar los míos por primera vez. Nos besamos larga y tiernamente, una y otra vez, sacando ese sentimiento que parecía ser tan grande en apenas un par de semanas, sin rastro de las perversas emociones que yo sentía un rato atrás. Eran besos puros, cariñosos e inocentes.

Después de eso, nos miramos de una manera completamente nueva y nos abrazamos. Sentí sus latidos apurados y sus brazos fuertes que no parecían tener intenciones de soltarme, ni yo de que lo hiciera.

— Kari... —dijo Rober

— ¿Sí? —pregunté, sin soltarlo

— La lasaña. Debo sacarla del horno.

— Oh, claro

Nos separamos y él cogió el guante de cocina para sacar la cena. La lasaña se veía muy bien.

— Pondré la mesa —hablé, buscando cubiertos

— Yo serviré los platos

Nos sentamos a la mesa.

La lasaña estaba realmente deliciosa y el vino le daba su toque especial. En realidad creo que lo más especial era que Roberto y yo estuviésemos cenando juntos con el sonido de la lluvia como música de fondo. Parecía una escena sacada de una novela romántica.

— Creo que no dejará de llover —comentó él

— Podrías quedarte a dormir aquí – sugerí

— ¿No te parecería inapropiado? – consultó, casi escandalizado

— ¿Por qué?

— Quizás es muy pronto para eso

— No quiero que te vuelvas a enfermar – expliqué —y con dormir me refiero sólo a eso, dormir.

— Claro, yo no pensaba en otra cosa – advirtió

Diablos, Rober era tan correcto. La verdad es que si él hubiese querido algo más que dormir conmigo no me habría opuesto a la idea.

Después de cenar nos acomodamos en el sofá a ver una película. Resultó que por la tormenta los canales de cable estaban descompuestos y lo único que encontramos en la TV fue una cinta de comedia que no hacía reír a nadie. En realidad la televisión era sólo una excusa para acurrucarnos juntos. Él puso su brazo sobre mis hombros y yo me dediqué a abrazarlo. Sentía tanta paz en su regazo que nada más me hacía falta.

La película terminó y sin darnos cuenta ya era media noche.

— ¿Vamos a dormir?—lo invité

— ¿En tu cuarto?

— No pensarás dormir en el sofá con el frío que hace – dije con naturalidad

Lo tomé de la mano y lo arrastré a mi habitación. Del closet tomé una polera verde botella de

hombre bastante grande y gastada. Se la entregué.

— Tengo esto, para que no arrugues tu camisa

— ¿Por qué tienes una polera de hombre?

— Era de un amigo

Me miró con expresión de desconfianza y en sus ojos vi que quería hacer más preguntas, pero prefirió quedarse callado. Yo me llevé mi pijama y me fui a cambiar al baño, y cuando regresé vi que Rober tenía la polera puesta y se había quitado los zapatos, pero seguía con los pantalones puestos.

— ¿Sucede algo? —pregunté, metiéndome en la cama

— Pues... me da un poco de vergüenza que me veas en calzoncillos —reconoció

— Me taparé los ojos mientras te acuestas ¿está bien?

— Gracias

Cubrí mis ojos con mis manos hasta que sentí a Rober acostado a mi lado. Instintivamente me aferré a su cuerpo.

— ¿No te molesta que te abrace? —le pregunté

— Por supuesto que no – sonrió – si no quisiera tenerte a mi lado no estaría aquí

— ¿Y por qué estás aquí conmigo? – interrogué

— Me gustas – contestó con valor — Mucho

— ¿Y cómo es eso posible? Me confundiste con una lesbiana – me reí

— Eso fue terrible – habló exageradamente — alguien me dijo que eras de un sindicato de lesbianas, y no sé por qué lo creí

— Quizás porque no iba vestida muy femenina

— Tal vez no, pero no debí darlo por hecho. Me sentí muy mal y aunque mis jefes no me hubieran ordenado ir a disculparme, habría ido de todas maneras.

— ¿Seguro? Yo no me disculpo si no es obligatorio

— Me alegro mucho de haber ido ese día a pedirte perdón. Apenas te vi esa tarde, tan enojada conmigo, supe que eras especial y ya no pude sacarte de mi mente, por eso regresé en la noche a buscarte. Te vi tan diferente al día anterior, no sé exactamente qué fue... pero me gustaste en ese mismo momento

Sus palabras casi me derritieron. Era cierto, nos conocimos en circunstancias muy poco convencionales o agradables, pero la situación había cambiado radicalmente en cerca de un mes y de pronto estábamos los dos ahí, compartiendo la misma cama.

Volvimos a besarnos, cosa que no habíamos hecho desde que lo hiciéramos por primera vez antes de cenar. Él parecía mucho más relajado.

Hablamos un par de minutos más y decidimos que lo mejor era dormir. Nos acomodamos de lado, él abrazándome por la espalda. No podía recordar la última vez que había dormido con un hombre sin que pasara nada más. Los últimos dos años sólo había dormido con Pablo pero siempre con sexo de por medio. Esa vez era diferente. Lo que empezaba a sentir por Roberto era diferente.

A la mañana siguiente despertamos con el sonido de la alarma del móvil de Rober. Eran las siete de la mañana.

— Que temprano es... – me quejé aun algo dormida

— Debo estar en el ministerio a las nueve

— Podrías dormir otro rato

— No, tengo que ir a casa a cambiarme

Se puso de pie bostezando. Ahí me di cuenta de la razón de su complejo de que lo viera la noche antes: sus calzoncillos eran de aquellos holgados a cuadros azules. Mi risa fue inmediata y la comparación mental también, ya que Pablo sólo usaba bóxer ajustados.

— ¡Mierda! —exclamó, poniéndose sus pantalones rápidamente

— No tiene nada de malo – me reí

— Soy mayor, Kari, no quería que te dieras cuenta de esta manera...

— No importa —sonreí —aun así me pareces sexi

Él se sonrojó más que nunca ante mi declaración.

Terminó de vestirse. Lo acompañé hasta el vestíbulo del departamento.

— Ya tengo que irme ¿Tú no iras a trabajar?

— En la tarde – respondí

— Te llamaré apenas tenga tiempo

— Okey

Me besó así como hacen los maridos a sus mujeres antes de partir a sus empleos, con esa confianza. Yo por supuesto que le correspondí.

Abrí la puerta para que saliera y nos encontramos frente a frente con Sophie, quien venía llegando y me miró con sorpresa. Me había olvidado de ella por completo.

— Hola —saludó feliz

Los presenté brevemente y Roberto se marchó, muerto de vergüenza de que mi compañera de departamento lo viera saliendo de allí.

— Cuéntamelo todo – dijo mi amiga, instalándose en el sofá

Me senté a su lado. Si no la ponía al corriente, jamás me dejaría volver a dormir.

Ese jueves me parecía que la vida era perfecta. Sentía que por fin alumbraba el sol, cuando en realidad estaba muy nublado y amenazaba con volver a llover torrencialmente.

No podía evitar pensar en Rober, lo que me producía con sus miradas y la ternura de sus palabras. Yo le gustaba, y mucho, según me dijo. Eso era más de lo que había tenido en varios años.

Me levanté cerca de mediodía, almorcé y me marché al trabajo. Llegué al estudio casi a tiempo y saludé a mis compañeros con una enorme sonrisa. Estábamos charlando y riendo de alguna estupidez cuando apareció Rafael y me pidió que lo acompañara a su despacho.

Feliz y tranquila fui a la oficina de Rafa y me senté frente a él en su escritorio. Me miró más serio de lo normal. No podía recordar qué cosa podría haber hecho tan mal en mis tareas para que me regañara, pero pronto descubrí que no era un tema laboral del que íbamos a platicar.

— Sé que no es de mi incumbencia – carraspeó – pero ayer, cuando terminó el cóctel, te estuve buscando mucho rato y cuando te encontré vi que te estabas yendo con ese hombre del ministerio

La expresión de mi rostro se desfiguró un poco.

— Pues Rober y yo somos amigos – contesté

— Nunca antes te había visto arreglarte tanto para un amigo – refutó

— Bueno... quizás es un poco diferente – me excusé, jugando con mi pelo

— Por eso te llamé a mi oficina. Sé que es diferente, porque vi como él te miraba y como tú lo mirabas, y me parece maravilloso. Pero me preocupa, debo decírtelo, creo que ambos son muy distintos y no quiero que sufras, Kari —reflexionó paternalmente

— Gracias por preocuparte, en serio —sonreí —pero no hay problemas, al contrario, no tienes idea lo raro que es sentir que las cosas van bien entre nosotros

— ¿Son novios? —me consultó

— No exactamente

— Es cierto, casi no se conocen. Tómalo con calma.

— Claro

Regresé a mi escritorio y me puse a pensar: “tómalo con calma” ¿Cómo podía tomarlo con

calma? Nadie entendía lo difícil y extraño que resultaba para mí fijarme en alguien y que esa persona también se fijara en mí. En mis treinta años eso prácticamente no había sucedido, o al menos no por mucho tiempo y siempre terminaba mal.

Al menos Sophie estaba feliz con lo que fuera que tuviéramos Roberto y yo y me dijo que debía invitarlo a tomar el té con nosotras, para que pudiera conocerlo mejor y, por supuesto, interrogarlo, para decidir si podía darle o no su aprobación.

No paraba de recordar lo sucedido la noche anterior. Me había besado, por fin, e incluso se quedó a dormir a mi lado. Inevitablemente suspiré.

Me sacó de mis dulces pensamientos el sonido del móvil. Justamente se trataba de Roberto.

— Hola —saludó —no pude llamar antes, he estado todo el día en reuniones

— No importa —sonreí

— Me temo que hoy no podré verte – agregó triste – tengo mucho trabajo

— No importa —repetí

— Pero mañana podríamos ir a cenar

— Claro —asentí —y Sophie quiere que te invite a casa a tomar el té, quizás el sábado
– propuse

— No puedo, saldré de la ciudad el fin de semana

— ¿En serio? —pregunté

— Sí, no es gran cosa, iré con Eduardo a un campeonato de golf – relató

— ¿Juegas golf? – inquirí curiosa

— Un poco, no es mi deporte favorito pero ya había acordado ir con Eduardo antes de... de lo que sucedió ayer... —habló muy bajito

Me pareció terriblemente tierna la forma en que me trataba de decir que preferiría estar conmigo, pero que ya tenía compromisos previos.

— No te preocupes – dije tranquilamente – cenaremos mañana y luego nos veremos cuando regreses ¿te parece bien?

— Por supuesto... si pudiera iría a verte ahora mismo

— Qué lindo eres – comenté al borde de un infarto romántico

— No me digas eso – alegó. Yo pude sentir al otro lado del teléfono que estaba

avergonzado

Cruzamos algunas frases más, nos despedimos y colgamos el teléfono. Primero me quedé sumergida en mis cavilaciones sentimentales, pensando en que él me extrañaba y deseaba estar a mi lado, pero luego caí en cuenta de otras cosas, por ejemplo, que Rafael tenía razón: no lo conocía y éramos muy diferentes, o sea ¿golf? Siempre me había parecido algo de lo más siútico y arrogante, ni siquiera lo consideraba un deporte, porque los jugadores no corren ni sudan, y la verdad es que en los últimos días no paraba de imaginarme a Roberto cubierto de sudor... y sin camisa. No podía creer que de pronto saliera con un tipo golfista. Bueno, eso en el caso que efectivamente estuviéramos saliendo de manera oficial.

Durante todo el día viernes estuve impaciente esperando que sonara mi móvil con una llamada de Rober que nunca sucedió. Ni en mis peores enamoramientos, ni siquiera cuando era adolescente me pasaba frente al teléfono esperando una llamada del príncipe de turno. Puta mierda, Roberto ¿Qué me has hecho? Me preguntaba maldiciéndome.

Pensé en llamarlo, pero no quería verme como una loca, acosadora o necesitada de amor, no quería espantarlo hostigándolo cuando apenas nos habíamos besado un día y supongo que aún podía ejercer su “derecho a retracto”, así que me mantuve digna y decidí no marcar su número. Aunque fuera un día lento, aunque sólo quería escuchar su voz, me mantuve firme en mi decisión.

A eso de las siete de la tarde, hora de abandonar el estudio, mi ansiedad ya se había transformado en ira. Había pasado de la inseguridad a la tristeza, al fingido desinterés del tipo “él se lo pierde” y finalmente a la furia. Por suerte cuando puse un pie en la calle descubrí que al otro lado de la vereda, igual que la vez en que vino a disculparse por llamarme lesbiana, Roberto me esperaba sonriendo y con un ramo de rosas blancas en las manos.

Mi enojo se fue directo al tarro de la basura.

— Hola – saludó entregándome las flores

— ¿Y esto? ¿A qué se debe? – interrogué

— Ya lo sabes – evadió mirando al suelo

— Dilo

— Te eché de menos... mucho

No intenté controlarme y sin dudarlo me lancé a su cuello con un abrazo apretado. Él me correspondió a pesar de que era obvio que se sentía incómodo de que mis colegas, que ya salían, lo vieran así.

— Es temprano para cenar ¿vamos al cine? – me invitó

— Okey – acepté

Sólo entonces me percaté que su siempre impecable BMW grafito estaba aparcado a un par de metros. Algunos de mis compañeros de trabajo miraban incrédulos que yo, una chica siempre de sudadera y zapatillas, saliera con un hombre tan elegante. Rafael también nos vio, pero solamente se limitó a saludar desde lejos a Roberto con un movimiento de cabeza.

Pasada las diez de la noche salimos de la función, una comedia romántica ligera que por supuesto elegí yo. Luego nos fuimos a un restaurant muy lindo donde él no me dejó gastar ni un solo peso.

Era medianoche cuando Rober me hizo la pregunta del millón de dólares.

— Ya que el miércoles dormimos en tu departamento... hoy podríamos hacerlo en el mío – propuso – solamente si quieres, no es ninguna obligación, sino puedo llevarte a tu casa y...

— No – lo interrumpí – sí quiero ir contigo

A pesar de lo oscuro que estaba pude apreciar que nos dirigíamos a uno de los buenos barrios de la ciudad. Llegamos a un edificio, parte de un carísimo condominio privado. Al ingresar el guardia lo saludó llamándolo “Señor Brown” sin siquiera levantar su vista del piso, casi como si fuese de una casta inferior.

Estacionamos el carro y Rober me condujo hasta el ascensor que, a diferencia del de mi edificio, si funcionaba y era mucho más amplio y lindo. Y limpio y moderno. No daba la impresión de descomponerse con sólo mirarlo.

Llegamos hasta el piso doce. En cada nivel había solamente cuatro departamentos y el de Roberto era el último al fondo, número 1204. Si bien toda esa riqueza me tenía un poco conmocionada, mi mayor impacto fue cuando entramos y descubrí que su sala era del tamaño de mi departamento completo. Todo se veía reluciente, impecable, muebles finos, cada cosa en su lugar. Él se quitó su abrigo y lo colgó en la percha, al igual que su saco. Se colocó tras de mí y recibió mi chaqueta, la que también colgó.

Roberto sirvió dos copas de vino y nos sentamos en su enorme sofá.

— Tu departamento es hermoso – dije, todavía alucinada

— Eso creo

— Pero hay algo que le falta

— ¿Qué cosa?

— Esto

Dejé mi copa sobre la mesa de centro y le quité la suya. Me acerqué a su boca.

Por fin volvíamos a besarnos, después de lo que me parecía una eternidad.

— Kari, tengo que preguntarte algo – habló seriamente, volviendo a beber

— Dime

— Esa camiseta que me prestaste en tu habitación ¿es de Pablo?

Hubo un instante de silencio. Era tímido, pero no idiota.

No podía pretender empezar una relación con él sin contarle qué es lo que había estado haciendo con mi mejor amigo durante los dos últimos años.

— Era de Pablo – corregí – me la regaló porque me parecía cómodo dormir con ella, como pijama

— ¿Qué hay entre tú y él?

Vi un poco de tristeza en sus ojos, como si en el fondo esperara que Pablo sólo fuera un amigo común y corriente, y no lo que él sospechaba... y en lo que tenía razón.

— Hemos sido amigos durante mucho tiempo, nos conocemos desde la universidad. Y en cierto momento comenzamos a... tener sexo.

— Entonces sales con él – asumió decepcionado, terminándose el contenido de su copa

— No – negué tomándole la mano – jamás he sido su novia ni nada parecido. Solamente era una amistad con beneficios. Le tengo cariño, pero nunca he estado enamorada de él. Ese fue el trato, nos acostaríamos ocasionalmente hasta que alguno de los dos encontrara a alguien más

— ¿Y eso ha sucedido?

— Eso creo – sonreí – Rober, si te digo esto es porque no quiero ocultarte nada. Ahora que apareciste tú... ya no quiero seguir teniendo una amistad con derechos. Quiero tener algo real, contigo. Quizás es demasiado pronto pero...

— Lo es – me interrumpió – es cierto, es muy pronto. Pero me da igual, Kari, tú eres lo que yo quiero —comentó seriamente —No me importa ese tal Pablo. Quiero estar contigo, a pesar de todo lo malo que pueda suceder

— No tiene porqué que pasar nada malo – le sonreí, a la vez que acariciaba su cabello

Nos besamos nuevamente, primero con ternura y poco a poco con más pasión. Yo sabía que él no iría ni un paso más allá si no le daba una señal, así que le quité la corbata.

— ¿Estás segura? – preguntó nervioso

— Más segura que nunca

Me senté a horcajadas sobre él e inmediatamente sentí algo endurecido dentro de su pantalón.

Hundió su rostro en mi cuello dándome pequeños besos y metió sus manos bajo mi blusa, a la

vez que yo trataba de desabrochar su cinturón. Por un segundo recobré la cordura para preocuparme de un pequeño detalle.

— ¿Tienes condones? – inquirí

— No – contestó, paralizándose – lo siento, pero...

— Yo tengo – interrumpí mientras me estiraba para tomar mi mochila y sacar el valioso regalo de mi amiga Olivia

Apenas Rober vio los preservativos en mi mano se impulsó y con fuerza se puso de pie conmigo aferrada a su cuerpo.

Me llevó a su cuarto y de un manotazo abrió la cama y me dejó suavemente sobre ella. Yo, que ya estaba muy entusiasmada, lo sujeté del cuello de la camisa y lo acerqué a mí para arrancársela. De paso me quité la blusa, quedando con mi sostén negro a la vista.

Con poca sutileza, por no decir torpeza, Rober se deshizo de mis pantalones y de los suyos.

A pesar de que él no tenía un cuerpo trabajado como el de Pablo y apenas asomaban cuatro mechales en su pecho, me pareció el hombre más guapo del mundo. Nos besamos y sus manos y su boca recorrieron mi cuerpo, haciéndome vibrar y humedeciendo mis bragas. Mis manos instintivamente bajaron hacia la vigorosa humanidad dentro de sus calzoncillos.

No nos hizo falta mucho más para desnudarnos por completo. Roberto abrió con cuidado el envoltorio del condón y se lo colocó, con un poco de dificultad.

La primera embestida fue profunda y certera, provocando que arqueara la espalda y un grito saliera de mi garganta. Él me miró asustado.

— No te detengas – le pedí en un susurro

Lo que vino luego no puedo explicarlo con palabras. No fue sólo sexo, no fue una noche loca de pasión ni un revolcón producto de la calentura. Esa noche, por primera vez, Roberto y yo hicimos el amor.

Fue suave y brutal, fue sencillo pero impactante. Él trató de hacerlo con cuidado y aun así me hizo sentir cosas que nadie me había provocado hasta entonces. Fue sexo intergaláctico, porque me hizo ver todas las estrellas.

Acabamos juntos en un gemido celestial. Por un momento se quedó sobre mí, jadeando. Acto seguido me besó en la frente y se puso de pie, cubriéndose de la cintura hacia abajo con una toalla y fue rumbo al baño, a quitarse el condón usado.

Regresó pronto y de un cajón de su closet sacó unos calzoncillos y se los colocó. Se metió a la

cama y yo me pegué a su lado. Aun estábamos sudorosos pero nada olía mejor que su perfume diluido en su aroma a hombre.

Esa noche me dormí sumida en las caricias que Rober propinaba a mi espalda y mi cabello. Lo último en lo que pude pensar antes de rendirme a mis dulces sueños fue en que hasta el hombre más tímido puede convertirse en un animal en la cama. Y agradecí a Dios por eso.

Al día siguiente desperté sola en la cama. Esbocé una sonrisa, recordando todo lo que había sucedido durante la noche.

Sin embargo algunas cosas rondaban en mi mente.

Olivia. Tendría que comprarle unos chocolates, o mejor un trago, por el regalo más maravilloso que me podría haber dado. También tendría que decirle que, para mi felicidad, Roberto parecía estar aún muy lejos de su fecha de vencimiento.

Y Roberto... a pesar de que me había hecho el amor como nadie lo hizo antes, me dejaba una sensación extraña. Lo había sentido tan ¿nervioso? Eso no me cuadraba nada. Es verdad que era vergonzoso, pero de ahí a ponerse nervioso en la cama había una abismante diferencia.

Me puse la camisa que le había quitado a Rober algunas horas antes y salí a buscarlo por el departamento, donde no lo encontré. En el reloj de la cocina vi que eran las once de la mañana.

Me paré frente al ventanal y contemplé la vista, una bella ciudad se alzaba con parques por todo el rededor, muy diferente a los edificios grises que se veían desde mi casa.

La puerta se abrió y entró Roberto, quien llevaba un short y una polera deportiva.

— Pensé que ya no volverías —dije en tono de broma

— Salí a correr un rato. No quise despertarte

Me besó a modo de saludo y se dirigió a la cocina. Del refrigerador sacó una botella con agua y comenzó a beber.

— Rober... —dije un poco dubitativa – hay algo que quisiera preguntarte...

— Lo que quieras – sonrió

— Es que anoche... no lo sé, tal vez fue idea mía, pero... creo que estabas un poco nervioso – comenté de sopetón

Rober dejó de sonreír y se apoyó en el mesón de la cocina. Pasó sus manos por su rostro.

— No fue idea tuya – contestó —y lamento eso, quizás podría haber hecho las cosas mejor... —se disculpó

— ¿De qué hablas?

Nos quedamos un instante en silencio, pero pronto mis neuronas se pusieron a funcionar y

conectaron, dejándome más o menos claro qué había sucedido.

— Hace mucho tiempo que no estaba con una mujer – confesó con pudor

Otra vez silencio. A Rober le costaba mucho decir que lo estaba diciéndome.

— ¿Qué es mucho tiempo? – pregunté, con curiosidad

— Creo que... diez meses

Me quedé un poco en shock.

— Pero... ¿Cómo has aguantado? – interrogué

— Preferiría no decírtelo

La ternura de sus ojos avergonzados clavados en el piso me derritió.

Sin pensarlo dos veces me acerqué y lo abracé con fuerza.

— De seguro podrías conseguir un hombre que maneje mejor estas cosas, no un idiota que lleva casi un año sacándose las ganas con la mano – me dijo triste

— ¿Estás loco? No tienes idea lo que me hiciste sentir – lo animé —Puede que estés un poco fuera de training, pero eso se puede arreglar...

Una miradita juguetona fue todo lo que necesitamos. Roberto fue en busca de mi mochila, regresó rápidamente con un preservativo en la mano, me subió al mesón de la cocina y con fiereza me quitó su camisa para hacerme suya otra vez.

Recién cuando acabamos pude unir palabras en una oración.

— Creo que tendremos que comprar más condones – sugerí

— Todos los que quieras – me contestó con un dulce beso.

Estuve en el departamento de Roberto hasta las cinco de la tarde, después del almuerzo, algo más de pasión y una pequeña siesta. Entonces él cogió su bolso y sus accesorios de golf, me llevó hasta mi casa y se marchó a su, probablemente, muy aburrida competencia.

El lunes me fui a trabajar cabizbaja, sintiéndome presa de la soledad. Era mi primer fin de semana con “alguien especial” en mucho tiempo y lo había pasado sola. Por suerte sólo me duró hasta el mediodía cuando mi teléfono sonó y era Rober, para decirme que pasaría por mí al estudio para ir a tomar el té conmigo y Sophie. En ese instante desaparecieron mis dudas y temores, esos de que Roberto era un hombre que apenas conocía. Él era tierno y si estaba dispuesto a una cita tan anticuada como tomar el té para someterse a un scanner por parte de mi mejor amiga, era porque le gustaba en serio.

Pasó a recogerme a las seis y treinta, y en su coche llevaba algunos pasteles. Lo observé un poquito confundida.

— No es tan importante, sólo es té – dije bajándole el perfil a la situación

— Es muy importante. Tú mejor amiga y compañera de departamento me invitó, debo darle una buena impresión, de lo contrario quizás no te deje salir conmigo —bromeó

— ¿Eso crees?

— Claro, sé cómo son las chicas. Si no le gusto a tus amigas, me harán la vida imposible ¿verdad?

— Exactamente. Las mujeres somos muy malas – me reí

— Eso ya lo sé

Cuando llegamos al edificio noté que Roberto estaba realmente nervioso. Bajamos de su auto y él me entregó la bandeja de pasteles. Subimos los ocho pisos de la escalera, lo que para él no representaba problema porque era muy deportista, pero para mí sí a pesar de que lo hacía todos los días.

Antes de entrar en el departamento, Rober me detuvo.

— ¿Hay algo que no debo decir? ¿Me veo bien? ¿Crees que le voy a agradar? – me interrogó

— Cálmate – le dije – Sophie es una chica muy amable. De seguro que se llevarán bien

Abrí la puerta y mi amiga salió de su habitación con un sweater rosa. De inmediato puso la cafetera y se acercó a Roberto.

— Es un gusto verte de nuevo – saludó – la otra mañana te fuiste muy deprisa

Instantáneamente mi pretendiente se sonrojó.

Nos sentamos a la mesa. Serví café para los tres.

— ¿Algún día serás ministro? – preguntó Sophie

— No lo creo – contestó Rober – mis intenciones jamás fueron dedicarme a esto, pero las cosas se dieron así. Si de mí dependiera trabajaría en lo que estudié en la universidad

— ¿Qué estudiaste? – interrogó la castaña

— Soy profesor de historia. Lamentablemente sólo ejercí dos años y de eso ya ha pasado mucho tiempo

— Yo soy profesora, pero de jardín de niños

— Eso debe ser muy difícil, ya sabes, trabajar con chicos

— Son lindos. Y tú ¿no tienes hijos?

Yo estaba en silencio. Mientras ellos charlaban me di cuenta de qué tampoco tenía idea de que Roberto fuese profesor. La verdad era que cada vez me convencía más de que no sabía nada de su vida. Tampoco jamás pasó por mi mente la posibilidad de que él ya tuviese hijos, considerando que era mayor que yo. Puse mucha atención a su respuesta.

— No, no tengo hijos – contestó, para mi tranquilidad. No tenía intenciones de ser madrastra.

— ¿Y has tenido muchas novias? – inquirió ella

— ¡Sophie! – la regañé

— Okey, lo siento – se disculpó

Miré a Rober, quien se veía algo impactado ante tantas preguntas.

— Por favor, ya no hablemos de mí – nos dijo – Sophie, cuéntame de ti y de cómo son tan buenas amigas. Estoy seguro que puedes contarme algunos secretos de Kari – bromeó, guiñándome un ojo

— Debiste decirlo antes – contestó ella

De ahí en adelante la conversación fue mucho más distendida y se concentró en anécdotas e historias, de cómo mi amiga y yo nos conocimos y de varias cosas que hemos pasado juntas. Cerca de las nueve de la noche Roberto anunció que debía marcharse, así que le dije que lo acompañaría hasta la escalera. Me gustaba mucho, pero estaba exhausta y no quería bajar y subir otra vez.

— Ven cuando quieras – dijo Sophie, al despedirse

— Muchas gracias – sonrió Rober

— Sólo quiero hacerte una última pregunta

— Está bien

— ¿Te gusta Kari en serio? Sé que salen hace poco, pero necesito saberlo. Es mi mejor amiga y es mi deber estar segura de que eres bueno para ella.

Ante semejante interrogante no sólo Rober se sonrojó. Yo también estaba muerta de vergüenza ante el desparpajo de Sophie.

— Lo entiendo – habló Roberto – y puedes quedarte tranquila. Lo que siento por Kari es de verdad

Dichas esas palabras, Rober me tomó de la mano y salimos del departamento. Al llegar a las escaleras me besó en los labios con ternura.

— Lo que le dije a Sophie es cierto – se sinceró – lo que siento por ti es de verdad, Kari, aunque sea pronto. Quiero que lo sepas

Me lancé a su cuello y lo abracé fuertemente. No podía recordar la última vez que un hombre me dijo que se sentía así por mí.

Nos despedimos con otro beso más y me entré a casa. Sophie me miraba sonriente.

— El pelmazo es un buen tipo. Tiene mi autorización para salir contigo.

— Gracias – sonreí

Nos sentamos en el sofá a ver *The Devil wears Prada*. El broche perfecto para una gran tarde.

Siempre es curioso comenzar a salir con alguien. Y eso me pasaba con Rober, porque si bien sentía cuánto le gustaba, había cosas que parecían ser imposibles de transar: una de ellas era que, al vernos en público, seguía saludándome con un beso en la mejilla.

Ese viernes Roberto me recogió cerca de las cinco de la tarde en mi departamento. El plan era acompañarlo al centro comercial por un traje nuevo para un evento del ministerio, luego cena y después ya veríamos. Pero Sophie me llamó pidiéndome que le llevara un abrigo a la escuela porque se quedaría hasta tarde en una actividad escolar.

Bajé y Rober estaba de pie junto a su BMW. Me acerqué y él, como de costumbre, me besó en la mejilla.

— ¿Podemos llevarle el abrigo a Sophie a la escuela? – pregunté

— Claro

Subimos al auto y cuando él fue a colocarse el cinturón de seguridad, lo cogí por el cuello y le planté un beso en los labios. Su primera reacción creo que fue de sorpresa pero finalmente decidió sonreír.

Charlamos de trivialidades hasta que aparcamos en el colegio. Nos bajamos y nos adentramos en ese mar de apoderados y niños disfrazados, ni idea de qué. Al fondo vi a Sophie y ella se acercó a nosotros por su prenda.

Nos despedimos de mi amiga y nos dispusimos a salir, hasta que sentí a alguien sujetarme de un brazo. Era Pablo.

— ¿Qué haces aquí? – interrogué sorprendida

— Soy apoderado de esta escuela ¿Ya lo olvidaste? – contestó

Roberto y Pablo se miraron fijamente y se dieron la mano, en un momento de tensión que creí sería eterno.

— ¿Y Pablito? – consulté

— Amelia lo llevó a ponerse su disfraz – respondió – y el caballero ¿es también apoderado del colegio? – inquirió sarcásticamente

— No – dijo Rober – sólo le trajimos un abrigo a Sophie, de hecho ya nos vamos ¿verdad, Kari?

— Así que también conoces a Sophie – comentó Pablo

— Claro

Volvieron a mirarse de esa forma tan tirante, casi con odio. Lo único en lo que podía pensar era ¿Qué mierda le pasa a estos tipos? ¿Por qué se caen tan mal?

Por el alto parlante llamaron a los padres a reunirse en la cancha de la escuela para empezar las actividades. Eso fue un alivio para mí ante esa incómoda situación.

— Ya tengo que irme, un gusto verte Kari

Pablo se despidió con un beso muy cerca de mi boca y un abrazo que incluyó caricias en el cabello.

Apenas Pablo desapareció Roberto comenzó a caminar muy rápido hacia la calle, tanto que casi tuve que correr tras él.

— Oye, me dejas atrás – me quejé, llegando al auto

— ¿No le has dicho a ese imbécil que sales conmigo?

Su pregunta me dejó impactada.

— No – respondí – no sabía que tenía que informarlo a la prensa

— Claro que no – suspiró – es que...

Se quedó en silencio. En realidad era muy evidente lo que estaba pasando, pero me parecía tan tierno que no podía dejarlo pasar.

— ¿Qué? – exclamé

— No me gustó ver cómo te abrazaba. Sé que es tu amigo y jamás te diría que dejes de verlo, pero es inevitable que recuerde que tú y él... ya sabes —explicó

— ¿Estás celoso?

— Pues... sí

Me lancé a sus brazos, sin importar que estuviéramos en la calle. A él tampoco pareció importarle y me aferró con fuerza a su cuerpo.

— No tienes porqué ponerte celoso...

— Le gustas, es obvio – señaló

— ¡No! – negué rotundamente

— No quieres verlo, pero es cierto

— Estás equivocado

— Créeme que no. Y sé que te abrazó sólo para molestarme

— Estás paranoico, Rober. Por lo demás, si encontrarnos con Pablo sirvió para que por fin me des en un beso en la calle, valió la pena

Me sonrió y me miró fijamente.

— Así que el problema es que no te beso en la calle – dedujo

— Sé que eres muy tímido pero no por eso me vas a seguir saludando como si no nos conociéramos, o sea...

Roberto me interrumpió con un beso en los labios que me calló de inmediato.

— Ya ves que puedo hacerlo – habló decidido, sin soltarme

— Y espero que lo hagas siempre desde ahora

— ¿Te iras conmigo esta noche? – me preguntó

— Por supuesto. Si te atreves a besarme en la calle, quizás qué cosas puedes hacerme en privado en tu departamento – sonreí maliciosamente

Volvíamos a besarnos a pesar de lo avergonzado que Rober se puso con mi comentario.

Esa noche, efectivamente, hicimos muchas cosas en su departamento antes de dormir.

Regresé a mi hogar a la mañana siguiente y Sophie no estaba en casa. Como me sentía con una energía maravillosa me puse a hacer aseo en mi habitación, algo que sin dudas mi alcoba necesitaba urgentemente. Hasta que sonó el timbre. Al abrir la puerta vi que se trataba de Pablo. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y mi alma.

— ¿Y Sophie? —me preguntó, dándome un beso en la mejilla

— Está con Mike

— Genial – sonrió maliciosamente —Si no estás muy ocupada, podríamos aprovechar que estamos solos ¿no crees? – habló sujetándome por la cintura

Me solté de su agarre y él me miró desconcertado.

— ¿Qué sucede? —preguntó sin comprender

— Pablo, tengo que decirte algo – dije seriamente

— Pues dime, me asustas

— Esto ya no puede seguir pasando entre nosotros—sentenció

— ¿De qué estás hablando?

— Ya no podemos seguir durmiendo juntos. Ha sido divertido, lo he pasado muy bien contigo, de verdad, pero ahora necesito que se acabe.

— ¿Es por ese idiota que te llamó lesbiana, cierto? —interrogó, molesto

— Sí, es por él —acepté

— ¿Están saliendo? ¿Desde cuándo? – inquirió alterándose

— Casi dos semanas...

— ¿Y qué se supone que te gusta de ese hijo de puta? – increpó

— ¿Qué mierda te pasa, Pablo? – Cuestioné – se supone que eres mi mejor amigo, deberías sentirte contento de que al fin esté saliendo con alguien

— ¿Por qué no me lo dijiste ayer?

— No era el momento – me justifiqué — Y no te preocupes, seguiremos siendo amigos, pero...

— Cállate Karin – me interrumpió —yo no quiero ser tu amigo ¿no lo entiendes? Desde Amelia que no me sentía así, creí que tú y yo teníamos algo, que podíamos tener un futuro juntos. Te amo, Kari, y tú acabas de decirme que sales con otro

Sentí como si un balde con agua fría tipo ice bucket challenge cayera sobre mi cuerpo. ¿Qué mierda estaba sucediendo? ¿Por qué Pablo me decía algo así? ¿De verdad estaba enamorado de mí? Nada tenía sentido.

— Yo... no lo sabía —balbuceé —jamás me dijiste nada

— Pensé que era demasiado obvio. Todos nuestros amigos lo saben

En mi cabeza las palabras de Roberto hicieron eco: él tenía razón, yo era la equivocada. Al parecer los sentimientos de Pablo eran evidentes para el mundo entero excepto para mí.

— ¿Vas a dejarme por un tipo que ni siquiera conoces?—gritó

— No sigas Pablo, por favor

— ¿Acaso ya no te pasa nada conmigo? – interrogó sujetándome por la cintura

— Ya basta – dije, soltándome y alejándome de su lado

— No lo puedo creer – se burló — ¿Tanto te calienta ese imbécil? ¿Cómo puedes preferirlo a él? De seguro no dura ni la mitad de lo que duro yo...

— Lárgate – pronuncié decidida

Pablo me observó furioso y se fue dando un portazo.

Me senté en el sofá. Estaba paralizada, no sabía qué hacer. Era como si de pronto hubiese explotado una bomba, dejándome a mí como principal víctima. Tuve ganas de llamar a Roberto, solamente para escuchar su voz, pero me contuve. Si le decía lo que había sucedido las cosas podían ponerse peor ¿Qué pasaba si a Rober le entraban ganas de poner a Pablo en su lugar? Esos dos ya se odiaban, lo mejor era no mencionarlo.

No sé cuánto tiempo estuve sentada sola en el sillón. Un buen rato después la puerta se abrió y entró Sophie. Al verme su cara de felicidad cambió por una de preocupación.

— ¿Qué te sucedió?—me preguntó sentándose a mi lado

— Pablo... vino a decirme que está enamorado de mí— solté de sopetón

— Ah, fue eso – reaccionó con naturalidad

— ¿Lo sabías? – exclamé

— No exactamente, pero lo sospechaba. Supongo que con los chicos siempre supimos

que esto pasaría en algún momento.

— ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

Sophie suspiró y se dispuso a dar su opinión. En pocas palabras, dijo que no podía ser tan ciega, que ella siempre sospechó de los sentimientos de Pablo, quien era un buen chico y que pensaba que tarde o temprano terminaríamos juntos, pero que una vez que apareció el pelmazo cambió de parecer.

— No conozco tanto a tu pelmazo —habló —pero veo que te gusta mucho y también tú a él, es más, creo que están enamorados y nunca vi que te pasara eso con Pablo

— ¿De verdad crees que estoy enamorada de Rober? —pregunté

— Claro – aseguró muy convencida

— ¿No es muy pronto para hacer esa afirmación? – reí nerviosa

— Kari, ya te lo he dicho muchas veces: el amor no tiene nada que ver con el tiempo. Quizás se conocen poco, pero lo que a ti te pasa con el pelmazo es amor

Sophie fue a su habitación. Yo me serví un café y volví al sofá, donde me puse a pensar en las palabras de mi compañera ¿Realmente me estaba enamorando de Roberto? ¿Estaba bien sacar de esa forma de mi vida a un amigo de tantos años, por un hombre que recién conocía?

Comencé a sentir dudas. Hasta que sonó mi móvil y recibí una llamada de Rober.

Me bastó sólo escuchar que me extrañaba para saber que tomaba la decisión correcta.

Salí del estudio cerca del mediodía. Como tenía el resto de la jornada libre pensé que podía ir a ver a Roberto al trabajo y, si no estaba muy ocupado, invitarlo a almorzar. Después de todo, ya habían pasado un par de semanas desde que estábamos saliendo juntos.

Entré al ministerio; en la planta baja estaba el conserje, un señor mayor que me recibió muy amablemente.

— Hola, estoy buscando a Roberto Brown – pronuncié

— ¿Cuál es su nombre, señorita?

— Karin Rodríguez

— ¿Y qué es del señor Brown?

Buena pregunta, pensé. ¿Éramos amigos? ¿Conocidos? ¿Dos personas que tenían sexo? No tenía mucho tiempo para analizarlo en ese instante.

— Una amiga – contesté

El conserje sonrió como si sospechara mis pensamientos. Se comunicó con la secretaria y le confirmó que mi pelmazo sí estaba en el edificio, así que me dijo que debía subir y pedirle a ella que le consultara a Rober si podía atenderme.

Subí al segundo piso, donde estaban las oficinas, y me acerqué al mesón de secretaría. Una chica muy arreglada y bien vestida me sonrió.

— ¿Qué necesitas? – inquirió alegremente

— Busco a Roberto Brown

— Tu nombre y el asunto por el que lo buscas – me interrogó

Mi nombre se lo di fácilmente, pero ¿el asunto? “sólo quiero que me dé un beso” o “tengo ganas de abrazarlo” no parecían ser respuestas válidas. La chica me miró como si le estuviera haciendo perder el tiempo.

— Es... personal – respondí

No sé por qué pero me dio la impresión de que no le gustó el asunto. Cogió el teléfono y marcó.

— Señor Brown, soy Valentina – enunció – Karin Rodríguez lo busca, dice que es un

tema personal

Se quedó en silencio, con expresión disgustada.

— Okey

La secretaria colgó y me miró despectivamente.

— Por el pasillo al fondo está su oficina

Le agradecí por cortesía y caminé por el pasillo que me señaló hasta que en una de las últimas puertas vi una placa con el nombre de mi pelmazo. Golpeé y abrió de inmediato, haciéndome pasar con una reverencia.

— Hola – saludé feliz

Rober llevaba un traje negro con camisa morada que lo hacía ver muy guapo. Cerró la puerta, me tomó de la mano y con la otra acarició mi rostro. Me besó tiernamente y me abrazó.

— Que linda sorpresa tenerte de visita – sonrió

— ¿No estás muy ocupado?

— Para ti jamás

Volvimos a besarnos, pero la puerta se abrió y Eduardo se asomó.

— Lamento la interrupción – carraspeó

— Edu, tienes que golpear antes de entrar – mencionó Rober, avergonzado

— No sabía que estabas acompañado – contestó

— ¿No piensas saludar a Kari?

Eduardo me sonrió forzosamente y me saludó con un beso en la mejilla.

— Roberto, necesito que me traigas las últimas encuestas, ahora – le ordenó

— Okey, ya vuelvo – me dijo

Rober desapareció por el pasillo. Yo me senté en el sofá del despacho, incómoda ante la mirada acusatoria del secretario del ministro.

— Veo que están saliendo – comentó Eduardo seriamente

— Eso creo

— ¿Te gusta de verdad?

Me quedé en shock ¿qué mierda de interrogatorio era ese?

— Pues... si – respondí

— Vaya... —exclamó, asomándose a la ventana — ¿Cuántos años tienes? ¿Veinticinco?

Por un lado me halagó que creyera que tenía veinticinco, por el otro no sabía a qué punto quería llegar. Cada segundo se hacía eterno en esa situación.

— Tengo treinta

— ¿Y sabes cuántos tiene Roberto? Pronto cumple cuarenta y tres

— Ya lo sé

— ¿Y sabes qué va a ocurrir cuando tú quieras salir de fiesta y él no? Eres más joven, querrás ir a divertirte y él siempre estará cansado; soy su mejor amigo, lo conozco, es de los tipos que prefieren quedarse en casa, no ir a bailar por ahí

No podía dar fe a lo que estaba pasando ¿Eduardo trataba de disuadirme de salir con Roberto?

Como estaba estupefacta y no salían palabras de mi boca, él continuó hablando.

— Son trece años de diferencia, Karin, no lo pases por alto –señaló – no creo que ustedes sean muy... compatibles

Rober entró acelerado en su oficina; de seguro se había venido corriendo de adonde fuera que hubiera ido a buscar esa carpeta que traía en las manos.

— Aquí está todo, Edu – dijo, entregándole los documentos — ¿De qué hablaban?

— De nada en particular – sonrió Eduardo – ya me voy, un gusto verte Karin

Eduardo se despidió de mí amablemente y se marchó. Yo me quedé desconcertada.

— ¿Te pasa algo? – me preguntó Roberto

— No, nada – mentí

— ¿Quieres ir a almorzar conmigo? – ofreció

— Claro

Rober se colocó el abrigo y salimos juntos. Muchos de sus compañeros lo miraron indiscretamente al verlo conmigo, sin disimular una sonrisita fanfarrona o expresiones de sorpresa y la secretaria casi me fulminó con su mirada venenosa. Él pareció no darse cuenta de la hostilidad.

La mayoría de las noches que Sophie pasaba fuera del departamento con Mike, Rober las pasaba conmigo allí. Poco a poco se iba acostumbrando a estar en mi casa, a pesar de que mi hogar fuese mucho más pequeño y humilde que el suyo. Sin darme cuenta empezaron a aparecer camisas y corbatas en mi closet, de la misma forma que mi cepillo de dientes y algunos cosméticos adornaban su baño.

Ese martes no fue diferente; Sophie se fue con Mike y media hora más tarde Rober apareció en mi puerta con una botella de champagne. La bebimos y luego nos comimos a besos, terminando con un sexo fantástico en mi habitación.

Desperté al día siguiente con la alarma de Roberto a las siete en punto. Me puse de pie de inmediato y salí a la cocina a prepararle un café.

Estaba tranquila colocando la cafetera cuando Sophie salió del baño envuelta en una toalla con el pelo recién lavado.

— ¿Qué haces aquí? – interrogué

— Mike salió con sus amigos, así que me regresé a dormir acá – explicó —Kari, voy a usar tu secador de cabello... – habló abriendo la puerta de mi dormitorio

— ¡Sophie, no! – exclamé

Lo siguiente que escuché fueron gritos de terror.

Corrí a mi cuarto y ahí estaba Rober en calzoncillos y con la camisa a medio abrochar, completamente sonrojado.

— Lo siento, de verdad, no vi nada —se excusó Sophie tapándose los ojos

— No te disculpes, yo ni siquiera debería estar aquí —dijo Rober

— Claro que sí, te acuestas con Kari, es lógico que estés en su cuarto semi desnudo

— No lo digamos así ¿Bueno? – pidió él

— Por Dios, los oigo desde mi alcoba, especialmente anoche, no tienes que negarlo

— ¿De verdad? —consultó Rober horrorizado

— Calmémonos —los tranquilicé —no es para tanto, en la playa uno ve más desnudos que esto ¿Sí? Apuesto que existen trajes de baño mucho más pequeños que tus calzoncillos — hablé a mi pelmazo

— No te burles de mis calzoncillos—alegó

— No están tan mal —comentó Sophie —no son muy sexis, pero cumplen su función

— Okey, ya está resuelto – sonreí

Le entregué mi secador de cabello a mi amiga y ella se fue. Me acerqué a Rober y lo abracé.

— No puedo creer que nos oiga – se lamentó

— Da igual – lo animé

— ¿Cómo puedes decir eso? ¿Qué crees que piensa de mí?

— Debe pensar que eres un semental – sonreí pícara

Roberto terminó de vestirse pero se negó a quedarse a desayunar; tenía demasiada vergüenza como para ver a Sophie otra vez el mismo día.

Lo acompañé a la escalera para despedirnos.

— Quédate tranquilo, a Sophie no le importa lo que hagamos – hablé relajada

— Okey... —suspiró

Nos dimos un romántico beso y un abrazo que hubiera deseado durara eternamente. No había nada en el universo que me hiciera sentir más segura que estar aferrada a su cuerpo.

— Un último asunto – agregó antes de empezar a bajar — ¿De verdad mis calzoncillos están tan mal?

— No – sonreí – cualquier cosa que lleves puesta me gusta, no tanto como tú, claro

Rober se acercó nuevamente y me dio un beso breve pero dulce.

— Adiós, linda

Mi pelmazo desapareció. Yo me quedé feliz.

Aquella noche se cumplía exactamente un mes desde que Roberto me besara por primera vez.

Apenas llegué del trabajo cerca de las siete de la tarde comencé a prepararme para salir con mi pelmazo, quien me recogería a las nueve. Sophie me miró sonriente cuando vio cómo me ponía labial rojo pasión.

— Cuidado, que dejas a tu príncipe con la boca pintada —se burló

Sophie salió a reunirse con Mike y yo descubrí que aún era temprano, así que me puse a ver algo de televisión. A las nueve en punto golpearon a la puerta y corrí a abrirla. Allí estaba Roberto con un jeans azul oscuro, un sweater verde botella y una chaqueta de cuero negra. Iba muy bien afeitado y olía a Ralph Lauren. Se veía tan guapo que incluso me pareció más joven.

Rober me sonrió y me extendió un paquete envuelto en papel amarillo coronado por una cinta roja.

— ¿Y esto? – pregunté

— Sé que te gustan los regalos – comentó – también sé que te gusta leer

Tomé el regalo y le quité el papel. Era “Cien años de soledad” de Gabriel García Márquez en una edición de lujo con tapa dura. Sin pensarlo dos veces me lancé a sus brazos y le planté un beso dejándolo, efectivamente, lleno de labial.

— Rober, eres demasiado lindo – le dije, sin soltarlo

— No es cierto – se sonrojó

— Claro que sí... de verdad que me encantas

Nos volvimos a besar, con completa ternura.

— ¿Ya nos vamos? No quiero que llegemos tarde y perdamos nuestra reserva

— Okey, déjame tomar mi bolso

Íbamos a salir del departamento cuando Sophie entró con los ojos enrojecidos y una expresión de derrota en su rostro.

— Sophie ¿Qué pasó? – le pregunté desconcertada

— Mike... — lloraba ella

— ¿Qué te hizo?

— Me dejó – sollozó – dijo que ya no me quiere y que está saliendo con otra chica

Mi amiga, llorando sin parar, se abrazó a mí. Roberto me miró incómodo un momento pero luego atinó a ir a la cocina y le preparó un té con canela la ahora mujer soltera, quien bebió un sorbo y se dirigió a su habitación.

— Mejor me voy —habló Rober —necesita que la apoyes y la consueles, que estés totalmente dispuesta para ella

— Tienes razón... lamento mucho tener que plantarte de esta forma, en nuestro primer mes juntos

— No importa, vendrán muchos más – me animó

Me besó y se marchó. Yo me acomodé junto a mi amiga sobre su cama, mientras ella lloraba a todo pulmón.

Sophie sentía como si lo sucedido fuese un mal sueño. Le parecía un espejismo onírico ese instante en que llegó a la casa de Mike y éste, muy cortante, se negó a darle un beso al entrar.

— ¿Qué pasa, mi amor? – preguntó ella curiosa

— Sophie, quiero que te marches – soltó él, sin anestesia

— ¿Qué? ¿Qué estás diciendo?

— Que ya no te quiero – vociferó sin escrúpulos

Mi amiga sintió como si su corazón se estuviera cayendo a pedazos. Para ella Mike era su príncipe azul, el hombre que la quería y con quien esperaba formalizar la relación alguna vez, cuando él se decidiera a pedir su mano. Sophie tenía muy arraigados ciertos ideales de cuentos de hadas.

— ¿Cómo que no me quieres?

— ¿Es tan difícil de entender? ¿O eres tonta? – Increpó el idiota – por eso es que te dejo, por estúpida. Ya tengo otra chica, así que no quiero que vuelvas a venir a molestar ¿Oíste?

Sophie pensó en mí, su mejor amiga y quien siempre le dijo que Mike era un imbécil. Inesperadamente se le escapó una risita, que a él no le gustó nada.

— ¿De qué te ríes? – interrogó enojado

— Kari siempre dijo que eras un hijo de puta – contestó – y tenía toda la razón

Sin darle el gusto de verla llorar, la chica de aire parisino abandonó la casa de su ex novio. Aunque apenas salió del barrio rompió a llorar como magdalena.

Se reprochaba cada cosa que hizo alguna vez: si lo regañó por beber una cerveza de más, o si prefirió comprarse un vestido en lugar de invitarlo a comer. Por mi parte, debo admitir que sentí un poco de alegría al ver que por fin ese idiota ya no sería parte de su vida, pero obviamente me entristecía verla llorar por quien no valía la pena.

Esa noche en su cuarto me acurruqué junto a ella a intentar contenerla, hasta que ambas nos quedamos sumergidas en un sueño profundo, después de llorar desconsoladamente por su ex amor.

Era sábado casi al mediodía cuando recibí la llamada de Rober. Me preguntó cómo estábamos y en especial si Sophie lograría superarlo pronto. Le expliqué que mi amiga estaba muy deprimida.

— Lo entiendo – suspiró — Creo que no podré verte este fin de semana, debes estar con ella

A pesar de que en verdad quería salir con mi pareja, no lo dudé ni un segundo.

— Lo siento mucho –le dije – tendremos que esperar

— No hay problema. Debes estar con Sophie

Me enterneció tanto su comprensión y preocupación por mi amiga, que una vez más me sentí afortunada de estar con un hombre tan considerado.

Recién el lunes Sophie dejó de llorar y se arregló para ir a su empleo en la escuela. Seguía mal, destrozada, pero al menos tenía un poco de ánimo para continuar con su vida.

Con Sophie de regreso del mundo de los zombies ya podía reencontrarme con Roberto y comenzar a rearmar nuestros planes. El problema fue que esa semana estuve muy ocupada en el trabajo, ya que estábamos demasiado atrasados con algunos anuncios. Apenas el viernes pudimos juntarnos a almorzar en un restaurant tranquilo cerca del ministerio, ya que él debía regresar a la oficina pronto.

— Me alegro que Sophie esté mejor – dijo Rober

— Aún está muy triste —hablé —pobrecita, ella no debería llorar por ese idiota

— El amor es así ¿no?

— Es cierto —suspiré —es muy común enamorarse de la persona equivocada

— ¿Por qué lo dices? —preguntó preocupado

— No lo digo por ti, guapo —aclaré, tomando su mano – es que... hay algo que no te he contado... de mi último novio

Roberto me miró y se dispuso a escuchar con atención.

— Se llamaba Miguel... — comencé a narrar

Miguel y yo nos conocimos hace cerca de cuatro años en el local de comida rápida donde trabajé después de quedar cesante de una productora de cine que quebró. Comenzamos como amigos y unos meses después nos hicimos novios. Él era perfecto, atractivo, amable y estudiaba administración de empresas durante las noches.

Cuando llevábamos un año de relación terminó conmigo. Miguel acababa de graduarse de su carrera y había conseguido empleo en una gran compañía. Al principio no lo entendí, porque no me dio ninguna explicación razonable, solamente dijo que ya no podíamos seguir juntos. Pero un par de días después entró al local una chica buscándome. Ella era estupenda, rubia y hermosa. Se acercó y allí frente a todos mis compañeros y los clientes me mostró su mano, donde llevaba un anillo. De su bolso sacó muchas fotos de su fiesta de compromiso, donde para mi sorpresa el novio era Miguel. Ahí me quedó clarísima la situación, él terminaba conmigo porque iba a casarse con ella, porque tendría un buen trabajo e incluso porque estaban formando una familia, ya que esa chica estaba embarazada. Nunca me había querido, nunca pensó en que yo valiera la pena, solamente era una entretenición mientras tenía que trabajar en ese lugar que detestaba.

Inevitablemente me puse un poco triste. Continué hablando.

— Ni siquiera fue capaz de decírmelo de frente, sino que tuve que esperar a que su verdadera novia fuese a encararme. No pude decirle nada ¿Qué podía decir? Si resultaba que la amante era yo, sin saberlo. Ese mismo día dejé ese trabajo porque no tuve el valor de regresar y ver las caras de todos criticándome. Bueno, eso y la terrible depresión en la que me sumergí, ya que estaba realmente enamorada de él y me humilló como jamás nadie había hecho. Luego de eso no volví a salir con nadie formalmente, hasta ahora —sonreí

Rober me miró preocupado.

— Kari, yo... – balbuceó nervioso

— ¿Qué sucede?

Volví a sonreírle, aunque él se veía nervioso. Parecía querer decirme algo importante.

— Lo siento mucho —agregó —jamás pensé que habías pasado por una situación tan delicada

— Está bien, ya lo superé. No fue fácil, pero lo logré. Y ahora estoy bien contigo.

— Claro – carraspeó

Repentinamente Roberto miró su reloj y se puso de pie apresuradamente.

— Se me hizo tarde, tengo que irme —tartamudeó

— Pero si tu reunión no es hasta dentro de una hora

— Olvidé ordenar algunos papeles, ya sabes, debo llenar las carpetas con los informes y...

— Okey, está bien

— Discúlpame – dijo, dándome un beso – te llamo luego. Pide un postre

Él cogió su maletín, sacó algunos billetes y los dejó sobre la mesa. Se marchó mientras yo, algo desconcertada por su súbito apuro, decidí en la carta de postres y pedí un exquisito bizcocho de chocolate.

A la noche siguiente Rober me invitó a cenar. Fuimos a un elegante restaurant de comida tailandesa, de esos a los que siempre me llevaba y yo me quedaba estupefacta al ver su capacidad de gastos y como no le dolía nada sacar tantos billetes de su bolsillo.

Estábamos allí, cenando felices, cuando una mujer se acercó a nuestra mesa.

— Roberto Brown ¿Qué haces aquí?

Rober sonrió alegre y se puso de pie. Se abrazaron ante mi mirada de desconcierto.

— Kari – habló él – ella es Lucía Díaz, mi mejor amiga. Lucía, ella es Karin Rodríguez, mi novia

Hubo dos cosas que me dejaron pasmada de aquella presentación; la primera fue que Rober me llamara “su novia” y la segunda fue la expresión asombrada de Lucía al escuchar a su amigo presentarme como tal.

Lo primero fue digerible pronto, ya que aunque nunca me pidió ser oficialmente su novia supongo que eso ya no se usa después de cumplir los treinta años. Al parecer, sales con alguien lo suficiente y luego asumes el compromiso. Lo segundo fue más complicado y logré entenderlo algunas semanas más tarde, a pesar de que en ese instante no habría podido imaginar la razón de admiración de Lucía.

Ellos comenzaron a charlar animadamente y Roberto la invitó a cenar con nosotros. Ella aceptó y se sentó. Yo, un poco confundida, me disculpé y fui al baño, desde donde llamé a Sophie al móvil. Le conté lo sucedido.

— Vuelve a la mesa – ordeno ella

— Me llamó su novia – exclamé como una adolescente

— Lo aclararás con él más tarde. Puedes venir al departamento, yo estoy con Olivia en su casa y me quedaré aquí. Ahora ve y compórtate como una adulta

Le hice caso a mi amiga y regresé a la mesa.

Comenzamos a hablar. Lucía y Roberto se conocían desde su época universitaria, cuando ambos estudiaban historia. Luego ella comenzó estudios de geografía y con el trabajo que consiguió debía viajar bastante, así que se marchó y finalmente se instaló a vivir en Londres. A pesar de que no podían verse demasiado eran muy buenos amigos, tanto que incluso me dio un poquito de celos, cosa que Roberto pareció notar y buscó una forma de solucionar.

— ¿Y cómo está Carlos? – preguntó él, bebiéndose su copa de vino

— De maravillas, en especial cuando no estoy, porque aprovecha de planear con Pedrito como hacerme enojar – se rio

— ¿Quién es Pedrito? – consulté, a ratos perdida en su conversación

— Es mi hijo, tiene siete años – respondió Lucía, mostrándome una foto de su familia en su teléfono – el otro es Carlos, mi marido

— Pedrito es mi ahijado – me contó Rober —es un niño muy dulce, aunque ya llevo bastante sin verlo

— Lo traeré apenas termine el año de escuela, te lo prometo – consoló la mujer

Sus palabras me tranquilizaron. Lucía y Roberto eran muy buenos amigos, no había ninguna razón para sentir celos. Además, ella se lo pasaba viajando y no podían verse tan seguido como para temer.

Resultó que a pesar de mi desconfianza inicial, ella era demasiado amable conmigo y no pude odiarla como creí que haría por interrumpir nuestra cita.

Durante la cena ella quiso saber cómo nos habíamos conocido Rober y yo y también me contaron algunas anécdotas de su juventud.

La conversación fue muy agradable, hasta que Rober dijo que iría al baño. Lucía y yo nos quedamos solas.

— ¿Y cuánto tiempo te quedas en la ciudad? – pregunté amistosamente

— No hay tiempo para eso – habló deprisa – Karin, me has caído de maravilla, en serio. Eres una chica genial, quizás demasiado divertida para Rober, pero no importa. Sólo quiero que sepas que pase lo que pase debes confiar en él. Si Roberto dice que te quiere, es porque de verdad lo hace. Nunca dudes de sus sentimientos, él es un buen hombre y te puedo asegurar que su intención jamás será hacerte daño, pero puede que sin quererlo lo haga. Pero le importas demasiado, no lo pongas en duda, o le romperás el corazón

Me espanté ante esas palabras ¿Qué mierda significaban? ¿Por qué diablos me decía cosas tan apocalípticas? Quise preguntarle a qué se refería, pero Rober volvió del baño demasiado pronto. Ella sonrió y respondió a mi pregunta.

— Me marcho en un par de días – contestó —ahora ya tengo que irme, adiós chicos

Lucía se despidió de nosotros con un abrazo.

— No olvides lo que te dije – mencionó, antes de subir a su taxi

— Claro – balbuceé

Roberto y yo nos fuimos hasta mi departamento en su auto. Él me hablaba con toda naturalidad mientras conducía, pero yo no podía dejar de pensar en las palabras de esa extraña amiga suya.

Llegamos a casa e inevitablemente fuimos a mi habitación e hicimos el amor. Una vez acurrucados en mi cama tuve la oportunidad de hacer preguntas.

— ¿De verdad soy tu novia?

Él me miró y sonrió.

— ¿No quieres serlo? – inquirió

— Claro que sí – respondí – es que me tomó por sorpresa

— No encontré una forma más correcta de presentarte con Lucy —explicó— y de paso hacerte saber que eras mi novia

— Me alegra saberlo

— Me alegra que lo seas

Nos besamos. Volví a preguntar.

— Entonces ¿Lucía es tu amiga como Sophie la mía?

— Ella no vive conmigo – bromeó

— Pero es tu mejor amiga ¿no?

— Algo así, pero no la veo tan a menudo como quisiera

— ¿Y alguna vez ha tenido problemas mentales? Ya sabes, depresión, paranoia, delirio de persecución, síndrome de Estocolmo...

— ¿De qué estás hablando? – Consultó sin entender — ¿Por qué te interesa tanto su salud mental? ¿Acaso te ha parecido una loca?

Me quedé en silencio. De seguro Rober estaba pensando que me excedía, pero cómo podía explicarle que su amiga me había hablado de él como si fuese un prófugo de la justicia.

— No, claro que no. Lo siento – me disculpé

— Está bien

Nos quedamos en silencio. Creí que lo mejor era cambiar el rumbo de la charla.

— Y... alguna vez ¿pasó algo entre ustedes?

Mierda.

Mierda y más mierda.

Quería salir de un tema complejo pero me estaba metiendo en uno más difícil.

— ¿Eso importa? – interrogó

Mi rostro se desfiguró. Si algo he aprendido en la vida es que un hombre que trata de evadir una pregunta es culpable de lo que se le está acusando.

— Supongo que sí le debe importar a tu novia

Soltó una risa.

— Okey, te lo diré si tanto quieres saber

Sentí un escalofrío. Quizás de verdad iba a decirme que era un prófugo de la justicia y que con Lucía eran como Bonnie y Clyde.

— Una vez – contestó – sólo una vez pasó algo... que no debió pasar

— ¿Te acostaste con ella? ¿Cuándo? ¿Ya estaba casada?

— ¡No! – Exclamó espantado — Claro que no, fue hace casi veinte años; estábamos estudiando en su casa, sus padres habían salido y sucedió, pero inmediatamente comprendimos que era un error y que no debía repetirse jamás. Meses después conoció a Carlos y se enamoraron, fin de la historia

Lo miré escéptica, pero preferí no indagar más. Si de sexo con amigos se trataba, podía salir perdiendo.

— No sabía que fueras celosa – comentó

— No lo soy – negué rotundamente

— Después de este interrogatorio me cuesta creerlo... —se burló

Fruncí el ceño y él me besó en la nariz y luego en los labios.

— Debes creer que estoy loca – suspiré

— Sé que no estás loca – respondió – sé que eres una chica hermosa y que tengo la suerte de que estés a mi lado.

Me sumergí en las palabras de Roberto. Con él cerca de mí, no necesitaba nada más.

Los días pasaban mientras el invierno amenazaba con llegar.

Sophie trataba de estar y sentirse mejor después de su ruptura con Mike, pero le costaba. Yo trataba de animarla y a ratos lo conseguía, hasta que otra vez le bajaba la tristeza a mi pobre amiga y se echaba a llorar. Ella no merecía sufrir de esa forma, así que decidí no juzgarla y dejarla vivir el duelo de su relación.

Por mi parte, tenía mucho trabajo, aunque no tanto como Roberto. Esa semana no pudimos vernos porque debió quedarse hasta tarde en el ministerio preparando unos informes con Eduardo. Según me dijo era muy probable que su amigo fuera candidato a diputado en las próximas elecciones que serían dentro de algunos meses.

Apenas llegó el sábado me arreglé para ir a verlo a su departamento. Tener pareja era una novedad para mí y me traía complicaciones, específicamente la necesidad de abrazarlo y de otras cosas más obscenas.

Salí de mi cuarto maquillada y bien vestida, con un jeans ajustado y un sweater lila. También llevaba una bonita lencería de encaje negro que había comprado el día anterior para sorprender a Rober. Sophie y Olivia, que estaba de visita, me miraron con asombro.

— ¡Pero qué guapa vas! – elogió Sophie

— Claro, si va a acostarse con su novio – explicó Olivia

— No tienes que ser tan explícita – me quejé

— Bah, no vamos a andar con cuentos a estas alturas de nuestra vida – respondió

Me despedí de las chicas y me lancé a la calle. Ellas irían a beber un trago a un bar, así que no debía preocuparme por mi compañera recientemente abandonada.

Viajé en metro hasta la última estación hacia el oriente y allí cogí un taxi hasta el condominio donde vive mi pelmazo. Saludé al conserje, me dirigí al ascensor y subí hasta el doceavo piso.

Golpeé la puerta, pero no fue Rober quien abrió. Fue Lucía.

— Hola – saludó

No pude contestar. Estaba demasiado confundida ¿Qué hacía ahí? ¿No que se iba pronto a Londres? Inmediatamente fue a mi mente el hecho de que ella se había acostado una vez con Roberto. No pude disimular que no me gustaba verla allí.

— ¿Quién busca, Lucy? – preguntó Roberto asomándose al pasillo

Me vio en la puerta de su departamento y se acercó a mi lado.

— Kari, se suponía que yo iría a buscarte – dijo

— Quería darte una sorpresa – pronuncié

— Yo ya me iba – comentó Lucía – en una hora debo estar en el aeropuerto y no quiero atrasarme

La mujer se despidió de su amigo con un abrazo. También me abrazó a mí, como si no pasara nada malo. Apenas se marchó Rober me besó con dulzura.

— Que gusto verte – sonrió abrazándome

Pero yo no podía decir lo mismo.

— ¿Qué te pasa? – me preguntó

— Creí que Lucía ya se había marchado del país – dije seria

— No, se va hoy

— ¿Siempre viene a visitarte a tu departamento?

— A veces – respondió

— ¿Y su esposo sabe que tú y ella tuvieron sexo?

— Sí

— ¿Y no le molesta que venga a verte cuando estas solo? – pregunté tratando de disimular mis celos

— Claro que no – contestó – Carlos sabe perfectamente quien es Lucy, no por nada es su mujer hace tanto tiempo. También sabe que aquello fue un error de dos chicos jóvenes y que jamás se repetiría

Lo miré muy seriamente. Por estúpido que fuera, me había molestado mucho encontrar a esa mujer a solas con él.

— No me digas que te pusiste celosa... —se burló de mí

— Por supuesto que no – mentí

— Kari...

— Okey, sí, es cierto – acepté – me puse celosa, igual que tú cuando se trata de Pablo

Pareció que el sólo hecho de nombrar a Pablo lo colocó de mal humor. Su semblante inmediatamente cambió de relajado a ofuscado.

— Eso es diferente – se defendió

— ¿Sí? ¿Y por qué? Si es que puede saberse – inquirí sarcástica

— Lucía y yo tuvimos relaciones una vez hace casi veinte años, tú te acostabas con él hace ¿dos meses? – gruñó

Me invadió la ira por completo. Él no tenía derecho a hablarme así ni a criticar con quien dormía antes de él.

Cogí mi bolso del sofá y caminé hasta la puerta. Él me miró sin entender.

— ¿Qué haces? ¿A dónde vas? – consultó

— Roberto – dije, desde el umbral — eres un idiota

Me marché dando un portazo.

Salí enojadísima del departamento. Era nuestra primera pelea.

Obviamente me quedé en el lobby del edificio un tiempo prudente para ver si es que bajaba por mí, pero no lo hizo. No fue a buscarme.

Pedí un taxi y desde ahí llamé a Sophie, quien para mi suerte estaba con Olivia en el centro de la ciudad bebiendo en un bar. Agradecí a Dios; era justo lo que necesitaba.

Apenas llegué al bar cogí un mojito, que recién le habían servido a Olivia, y me lo bebí de un trago.

— ¿Y a ti que bicho te picó? – me interrogó Olivia

Pedimos una ronda de margaritas a la vez que yo les contaba a mis amigas de la discusión con mi pelmazo. Ellas se miraron compungidas.

— ¿Qué? – exclamé

— Ay, cariño, pues que pelearon por una estupidez — vociferó Olivia

— Si Kari, incluso yo, que ustedes dicen que soy la más ingenua, veo que Oli tiene razón – opinó Sophie

— Entonces me lo explican, porque no entiendo ni una mierda – me quejé

— Llevan muy poco tiempo juntos – analizó Olivia – aún es tema sensible con quien se acostaban antes; ya sabes que para los hombres la cama es una competencia: si llegas a mencionar que otro tipo te hizo gemir más puedes provocar la tercera guerra mundial

— Jamás diría eso – alegué – aunque sea mayor, si tengo que elegir me quedo con Rober

— Da igual – dijo Olivia – la cosa es que tu pelmazo siempre verá a Pablo como su rival, el que se acostaba contigo antes que él

— Es cierto – añadió Sophie – además, puede que tenga otra raíz el problema. Roberto siempre ha sido un caballero, de seguro que hay algo más que le molesta, no puede ser sólo el hecho de que dormías con Pablo, eso siempre lo supo.

— Por lo mismo, no debería enojarse – dije golpeando la mesa – no tengo que darle explicaciones por lo que hice antes de conocerlo

— Tampoco ahora; si quieres ve y cómete uno de esos tipos que están en la barra ¿A

que no están guapos?

Sophie y yo nos miramos, sin sorprendernos por el comentario de Olivia.

Nos bebimos unas copas más y luego nos fuimos a casa. Olivia, por su parte, se marchó con uno de los tipos de la barra.

Ese domingo amaneció muy nublado, casi tanto como mi alma.

Me pasé el día con el móvil en la mano, pero nunca sonó. Parecía que Roberto se había olvidado de mí.

No mentiré; si bien por un lado sentía furia por su rabieta de niño, por el otro comenzaba a pensar en qué haría si él me dejaba. Solamente pensarlo me aguaba los ojos. Ese hombre había aparecido en mi vida y yo, sin proponérmelo, me estaba enamorando de él, claramente no quería que nuestra historia terminara así.

Me dormí esa noche con dificultad, sin dejar de pensar en Rober pero sin tener el valor de llamarlo. Mi maldito orgullo no me dejaba ceder.

Desperté el lunes a las siete y media de la mañana, alertada por el ruido en la sala. Salí de mi cuarto para encontrar a Sophie revolviendo el departamento.

— ¿Qué haces? – pregunté somnolienta

— No encuentro mis llaves – se lamentó y miró el reloj – creo que las dejé en la escuela. Ya me voy, te llamaré si no las encuentro

— Okey

Sophie se fue y yo volví a la cama. Llovía casi como en el diluvio del arca de Noé. Me sentí feliz de no tener que ir esa mañana al estudio.

A eso de las ocho golpearon la puerta. Maldita Sophie, pensé, seguro que olvidó su almuerzo.

Pero no era ella.

Apenas abrí la puerta me encontré frente a frente con Roberto, empapado y con un ramo de rosas rojas y una caja de bombones en las manos.

— Tienes razón – habló triste — soy un idiota

Lo miré y una enorme ternura me sacudió. Pero disimulé.

— Pasa, estás mojado

Fui a la cocina y puse la cafetera. Volví a la sala mientras él dejaba las flores y chocolates en la mesa.

— Dame tu abrigo, lo pondré frente a la estufa – ordené seriamente

Él obedeció. También se quitó su saco azul, quedándose solamente en camisa y un chaleco sin mangas negro. Lo miré y me maldije; verlo mojado siempre me provocaba ganas de lanzarme encima suyo.

— Perdóname, Kari, no soy nadie para sacarte en cara tu relación con Pablo – susurró

— Claro que no – lo regañé – O sea ¿Qué esperabas? ¿Qué fuera virgen hasta conocerte a ti?

— No, por supuesto que no – admitió avergonzado – es que...

El sonido de la cafetera lo interrumpió. Pareció aliviado.

— ¿Qué? – pregunté

— ¿No puedes darme un café? Tengo frío

— No – hablé molesta – No te daré nada hasta que no termines de decirme lo que te pasa

Me miró con temor. Sabía que no estaba jugando.

— Es que... —prosiguió — me da miedo. Es eso.

— ¿Miedo? ¿Qué cosa? – interrogué

— Que de pronto te des cuenta que con Pablo estabas mejor – explicó – él es más joven, más sociable, amigo de tus amigos, más guapo ¡incluso va al gimnasio! Yo jamás tendré músculos como los suyos y...

— Detente, Rober – lo hice callar, aguantándome la risa – nada de lo que dices de Pablo me interesa. Yo te elegí a ti – agregué, acariciando su rostro – y te elegí por lo que eres, claro que también me gustas por guapo, pero lo que más me interesa de ti está aquí dentro – dije, poniendo una mano sobre su corazón

— Gracias Kari – sonrió — es sólo que... no quiero perderte

Nos besamos con ternura.

— Oye... ¿vas a darme un café? – pidió Rober

— Conozco una mejor manera de mantenerte caliente

Entre beso y beso llegamos hasta mi cuarto. Caímos sobre la cama y Rober abrió la mesita de noche, donde guardábamos los condones.

— Mierda – exclamó, mientras yo jugaba con su miembro ya erguido

— ¿Qué pasa?

— No quedan condones – resopló, sentándose sobre la cama

— Roberto – medité, tomando su mano – confío en ti. Si quieres... podemos hacerlo sin condón – ofrecí

— ¿Segura?

— Sí. Tomo pastillas anticonceptivas, no hay problema con eso. Y sólo para que lo sepas, con Pablo jamás lo hice...

— No me importa lo que hayas hecho con él – interrumpió – sólo me importas tú

Con el sonido de la lluvia como música de fondo, Roberto me desnudó y me hizo el amor. Cuando juntos llegamos al orgasmo sentí como me llenaba con esa sustancia tibia y pegajosa que casi había olvidado por completo en esos años.

Con Pablo jamás tuve sexo sin preservativos, porque sabía que muchas chicas estaban interesadas en él y que se acostaba con alguna de ellas de manera ocasional. Estaba completamente segura de que no era la única. Sin embargo con Rober, a pesar de conocerlo hace poco, sabía que podía confiar en que no había nadie más. En casi un año no había tenido contacto íntimo con otra mujer, no había riesgos de salud; lo único en riesgo era mi corazón, que podría romperse si esa relación en la que estaba apostando todo llegaba a fracasar.

Rober se acurrucó a mi lado. A pesar de que estaba desnudo su cuerpo me daba un delicioso calor. Me fascinaba estar así con ese hombre.

Una hora más tarde Roberto se marchó de mi departamento. Después de un segundo asalto me pidió usar la ducha y se arregló para ir al ministerio. Llegaría atrasado pero no le importaba, los dos estábamos demasiado felices con nuestra reconciliación.

Apenas entró en su oficina y se instaló en su escritorio, Eduardo ingresó sin golpear la puerta y se paró enfrente, evidentemente molesto.

— Llegas dos horas tarde – pronunció

— Lo siento, me atrasé – sonrió, sin poder disimular su alegría

— Ya noté que te atrasaste. Llamé a tu edificio y el conserje me dijo que habías salido temprano ¿A dónde fuiste? – interrogó

— Edu, eres mi jefe pero no tengo porque decírtelo – contestó tranquilamente

— También eres mi amigo ¿no?

— Okey... —suspiró resignado – fui con Kari; el fin de semana me porté como un idiota y quería disculparme

— ¿Y cuántas veces te disculpaste? ¿Dos o tres? – inquirió con ironía

Eduardo se sentó en el sofá del despacho y se aflojó la corbata, hastiado. Detestaba la actitud que su amigo tenía últimamente en todo lo relacionado con esa chica. ¿Qué mierda le había hecho esa mujer? ¿Tan buena sería en la cama que lo tenía vuelto loco?

— Rober, si lo que buscas es sexo no tienes que involucrarte tanto – habló Eduardo, tratando de parecer paciente – basta con que vayas un día conmigo al club y listo, se soluciona el problema

El club era, supuestamente, un bar de caballeros del mundo de la política que se juntaban algunas noches a hablar de negocios y beber unos tragos. En realidad era una especie de prostíbulo pero nadie se atrevía a discutir de ello abiertamente.

— No es el sexo, Eduardo. Kari es mucho más que eso

— Pues esa aventura puede salirte muy cara – advirtió apuntándolo con el dedo índice – sabes exactamente de qué estoy hablando

Eduardo se fue dando un portazo. Había conseguido terminar con la felicidad de Roberto.

A las seis en punto de la tarde salí el viernes del trabajo y estaba mi novio esperándome en su BMW. Se bajó y abrió el maletero para guardar mi bolso con ropa; pretendía pasar todo el fin de semana con él.

Le robé un beso frente a mis colegas que salían y a pesar de avergonzarse no se enojó. Sabía cuánto le costaban las demostraciones románticas en público, por lo que trataba de ayudarlo con eso besándolo en cualquier lugar.

De camino al condominio compramos comida china y nos fuimos escuchando a Beyonce en la radio, a la vez que yo cantaba a todo pulmón “Single ladies” y trataba de hacer la coreografía en el asiento de copiloto.

Una vez en el departamento comimos y nos dispusimos a ver una película, como el panorama de cualquier otra pareja que inicia su fin de semana.

Rober estaba en la cocina poniendo papitas fritas en un enorme platón para acomodarnos frente al televisor.

Hasta que sonó el timbre.

Lo observé confundida.

— ¿Esperas a alguien? – pregunté

— No – respondió, pero su semblante cambió de un segundo a otro – a menos que...

No terminó la frase y se acercó al vestíbulo. Giró la manilla.

— ¡Rober! ¡Cuánto tiempo, cabrón!

Un hombre de unos cincuenta años, alto y rubio canoso, vestido con un pantalón blanco y un abrigo rojo abrazó a mi pareja y le palmoteó la espalda.

— ¿Qué haces aquí? No me dijiste que venías... —alegó Rober

— ¿Acaso necesito avisarte con anticipación?

El hombre entró en la sala y recién entonces me vio. Le dedicó una sonrisa a Roberto y se acercó a mí, tomando mi mano y besándola cortésmente.

— Usted señorita debe ser Kari ¿verdad? – me interrogó

— Sí, soy yo – respondí desconcertada

— Kari, él es...

— Déjame presentarme como corresponde – interrumpió el visitante al dueño de casa – mi nombre es Richard y es un placer conocerla

— Igualmente – saludé

— Y por si se lo está preguntando, este hombre que según entiendo es su novio, es mi amigo hace muchos años

— Demasiados quizás – comentó Roberto

— No te quejes y mejor sírreme un trago

Richard se sentó a mi lado en el sofá, mientras Rober servía las copas.

— Así que Kari ¿Qué fue lo que te gustó de este cabrón? De seguro que no fue su carisma ni te conquistó con palabrería barata, porque cuesta un montón sacarle un par de palabras– se burló Richard

— No molestes a Kari – bufó mi pareja

— No te pongas así ¿verdad que no te molesta? – insistió Richard

— Claro que no – sonreí —de hecho, tienes razón en que cuesta mucho trabajo hacerlo hablar – respondí

— Genial, se ponen los dos en mi contra – gruñó Roberto entregándole a su amigo un whisky sin hielo

— Rober, no te aflijas, sólo vengo de paso – habló Richard, e hizo una pausa para beberse su trago de una sola vez – si vine es porque mañana tengo una fiesta en mi casa y quiero que vayas, como has estado desaparecido tanto tiempo...

— Podías haberme llamado

— No, necesitaba comprobar que seguías con vida después de ¿ocho meses sin vernos?

Me quedé pensativa ¿Por qué, si parecían tan buenos amigos, llevaban tanto tiempo distanciados? A Roberto evidentemente no le hizo gracia el comentario, pues miró el piso algo melancólico. Richard pareció notarlo también y decidió cambiar el tema.

— Kari, por supuesto tú también estás invitada; espero que logres convencer a este ermitaño de salir a divertirse al menos una vez – se burló nuevamente

— Nos divertimos mucho – respondí

— Sí, pero yo no puedo participar de su diversión; al menos este tipo —señaló a mi novio —nunca ha querido que él, yo y un par de chicas tengamos esa clase de diversión todos juntos — rio con picardía

Rober se cubrió la cara con ambas manos y Richard se puso de pie.

— Espero verlos mañana, ya sabes donde vivo – dijo, palmoteando nuevamente al dueño de casa – un gusto, Kari.

— ¿Puedo preguntarte algo? – consulté, ante la mirada de pánico de mi novio

— Por supuesto – me sonrió Richard

— ¿Cómo sabías de mí? Si no habías visto a Rober hace tanto tiempo...

— Fácil, mi querida: un cabrón llamado Eduardo me lo contó. Hasta mañana

Con completa tranquilidad Richard se marchó. Yo me quedé mirando a Roberto, quien se veía muy avergonzado.

— ¿En serio te ofreció hacer una orgía? – pregunté incrédula

— Debo ser su único amigo que ha rechazado esa oferta

Según Roberto me contó, Richard y él se conocieron a través de Eduardo hace más de diez años. Richard era un hombre de mucho dinero, ganado básicamente en la bolsa de valores y con inversión inmobiliaria; es más, el edificio donde estábamos en ese momento era de Richard y fue él quien le vendió directamente el departamento a Rober y hasta le dio un generoso descuento.

Richard tenía dos hijos de mujeres diferentes, quienes se encargaban de los negocios de su padre, ya que él sólo se limitaba a supervisar un par de veces al mes como iban sus finanzas. Vivía en las afueras de la ciudad, en una enorme casa llena de lujos, y solía divertirse con muchas mujeres.

— O sea que Richard es como Hugh Hefner y tiene una especie de “mansión Playboy” – analicé

— Algo así, a veces también usa bata – contestó

— ¿Y cómo es que son amigos? Parece ser muy diferente a ti – indagué

— Es un misterio. Nos llevamos bien desde que nos conocimos

— ¿Por qué llevan tanto tiempo sin verse?

Rober miró el suelo, nervioso. Me dio la impresión de que me ocultaba algo.

— He estado ocupado – contestó – y él estuvo casi todo el verano en una playa griega,

no hemos tenido mucha oportunidad de juntarnos

Preferí no averiguar más por el momento.

— ¿Y qué tal son sus fiestas? – pregunté animada

— Nunca he estado más de media hora. Son muy extremas para mí

— ¿Qué tan extremas?

— Hay drogas, alcohol y mujeres, muchas mujeres – narró

— ¿Y acaso no te gustan las chicas? —bromeé

— no esa clase de chicas

— ¿Qué tienen de malo? – cuestioné ingenuamente

— Son prostitutas, Kari – explicó

— Pero iremos ¿verdad?

Me observó dubitativo. Yo tenía muchas ganas de ir; mientras Rober más me contaba de su excéntrico amigo más ganas tenía de conocer su mansión y su estilo de vida.

— Está bien, iremos un rato – se rindió

Le di un beso como premio por prometerme ir a la fiesta. Después de eso nos pusimos a ver la película que habíamos elegido pero no pudimos terminarla, porque un ataque de pasión nos dejó tumbados desnudos sobre la alfombra.

A las diez de la noche salimos del departamento de Roberto rumbo a la casa de Richard.

Él llevaba un pantalón beige y un sweater azul eléctrico, mientras yo lucía un vestido verde oscuro con medias negras y botas del mismo color. Había tratado de producirme, porque de seguro las mujeres que irían estarían divinas y no quería verme como un estropajo.

Casi una hora más tarde llegamos a la casa de Richard y resultó ser mucho más impactante de lo que Rober me había contado: era una mansión gigante a las afueras de la ciudad, completamente iluminada con focos de colores y varias decenas de autos aparcados. Un chico de traje se acercó y mi novio le dio las llaves del BMW, para llevarlo a estacionar junto a otros lujosos vehículos.

Me sujeté de la mano de Roberto un poco cohibida. Había mucha gente, muchos hombres de cincuenta y tantos años con chicas bastante jóvenes con vestidos cortísimos.

Frente a la puerta principal había una pileta de agua y en su costado un pequeño sitio con tres automóviles estacionados: un BMW gris, un Ferrari rojo y ¡Un Rolls Royce!

— Esos son los autos de Richard – dijo Roberto —los renueva cada año

No tenía palabras para tanto lujo.

Entramos en la residencia y nos recibió Richard, con un habano en la boca. Llevaba una bata roja. Rober me miró y sonrió; no exageraba con lo de la “mansión playboy”.

— Vaya Kari, lograste traerlo – me habló Richard – no voy a preguntar cómo lo convenciste – se rio

— ¿Acaso no piensas en otra cosa, Richard? – increpó Roberto

En ese instante llegaron junto al anfitrión tres chicas hermosas y se acomodaron a su lado: una rubia, una pelirroja y una morena. Ninguna superaba los veinte años y llevaban puestos diminutos bikinis. Fue inevitable que la mirada de Rober se posara sobre ellas y sus inmensos atributos. No podía culparlo, incluso yo no lograba dejar de mirarlas.

Richard notó la lasciva mirada de su amigo sobre sus mujeres y se echó a reír a carcajadas.

— Parece que tú tampoco puedes pensar en otra cosa – se burló

Obviamente Rober se sonrojó ante la broma.

Richard fue a saludar al resto de sus invitados y nosotros nos internamos en la fiesta.

— No las estaba mirando, en serio – se defendió Roberto

- Da igual, Rober – dije comprensiva
- Tú eres mucho más bonita – susurró avergonzado
- Ya lo sé

La celebración era a lo grande. Había tres salones con distinto tipo de música y alcohol por cada rincón.

Nos bebimos un par de Martinis. Yo no había probado ese trago y como estaba muy cargado se me fue rápidamente a la cabeza. Miré a Rober y me pareció tan guapo que no pude contenerme.

- Tengo calor – dije acercándome a él y bajando mi mano hasta su entrepierna
- ¿Qué haces? – Exclamó horrorizado – hay mucha gente aquí
- Entonces vamos a un sitio más privado

No le di mucha opción y lo sujeté de la mano, para llevarlo arrastrando por algunos pasillos al fondo. Abrí una puerta de un cuarto que resultó ser una pequeña despensa. De un empujón lo hice entrar y lo arrinconé junto a una mesa.

Le planté un beso y me arrodillé frente a él, a la vez que desabrochaba su cinturón y le bajaba el cierre del pantalón.

- Qué estás haciendo... —habló asustado
- Ay, Rober, de seguro hay gente en otros cuartos haciendo cosas peores...

A pesar de que se hacía el que no quería, su miembro ya completamente erguido decía lo contrario. Lo toqué unos momentos y finalmente lo metí en mi boca.

— Mierda, Kari, me vas a matar... —susurró mientras enredaba sus dedos en mi cabello

- Relájate ¿Sí?

El sexo oral lo encendió a tal punto que de un impulso me cogió por la cintura y me colocó sobre la mesa. Sin delicadeza me quitó las botas, medias y bragas y me levantó el vestido.

- Eres un animal – sonreí maliciosamente
- Tú me pones así

Me embistió sin más rodeos. Estaba tan prendida que gemí sin preocuparme.

- No hagas tanto ruido —jadeó
- ¿Acaso no te excita? —pregunté juguetona

— Sí, pero alguien nos puede escuchar

— Aquí nadie nos va a oír

Parece que lo convencí, porque no volvió a quejarse de mis gritos y continuó con su labor de penetración cada vez más fuerte y profundo, hasta que acabamos en un gemido conjunto. Nos besamos agitados y nos separamos para arreglarnos la ropa.

Salimos de esa pequeña bodega felices, tomados de la mano, y volvimos a la fiesta, donde en uno de los salones sonaban éxitos de hace diez años atrás, de la época más fiestera de mi vida.

— Vamos a bailar —dije emocionada

— Kari...

— ¿Sí?

— Yo no bailo

Me paré en seco y lo miré horrorizada. Era lo peor que podía decirme a mí, una chica que le gustaba bailar hasta gastar las suelas de mis zapatos. Bueno, en el futuro comprendí que podía decirme cosas peores.

— Pero... ¿Por qué? – interpele

— No se me da muy bien... Y ya sabes que soy tímido

— Apuesto que sé cómo quitarte lo tímido

Me observó preocupado, como si creyera que le haría nuevamente lo que le había hecho en la despensa. Sí, reconozco que lo pensé, pero no me pareció lo más adecuado, así que opté por tomar una botella de whisky que estaba sobre la barra y se la entregué.

— Anda, con un par de sorbos ya no tendrás problemas en bailar

No muy motivado sujetó la botella y se la empinó en un sorbo largo, más largo de lo que me esperaba. Se limpió la boca con el dorso de la mano y me pasó la botella

— Supongo que ahora es tu turno

— Yo no bebo whisky, no me gusta

— Eres una tramposa

Roberto me acercó a su cuerpo y me besó con pasión. El trago funcionaba más rápido de lo previsto.

Saqué una cerveza y me la bebí a la vez que empezábamos a dar nuestros primeros pasos de

baile. Efectivamente Rober no tenía mucho ritmo, pero poco a poco y gracias a que seguía bebiendo iba soltándose y comenzaba a disfrutar.

El whisky terminó siendo muy eficaz; Rober bailaba conmigo como si jamás se hubiera negado a hacerlo y sin darnos cuenta dieron las tres de la mañana. Nos detuvimos para ir al baño, pues mi acompañante dijo no sentirse muy bien. Lo vi pálido y me sentí culpable de darle tanto alcohol. Decidimos irnos.

Fui hasta la fuente de agua para tomar algo de aire mientras esperaba que mi novio saliera. Richard apareció junto a mí.

— Creo que lo han pasado de maravilla – comentó

— Sí, estuvo genial

— Jamás había visto a Roberto bailar, ponerse ebrio y tener sexo en una de mis fiestas

Lo miré desconcertada ¿cómo sabía lo del sexo? Él adivinó mi pregunta

— Gina, una de las chicas, los vio entrar en una de las despensas y escuchó ruido; según me dijo, ese cabrón debe hacerlo bastante bien, por cómo te hacía gritar...

— Dile a Gina que tiene toda la razón – respondí, dejando a un lado mi vergüenza – pero que no se atreva a acercarse a él

El magnate soltó una carcajada.

— Me gustas para Rober, Kari —sonrió Richard – eres una buena chica, eso se nota. No eres como las otras

Me quedé estupefacta; jamás me había detenido a pensar en cuántas mujeres habían pasado por la vida de Roberto. Por la forma en que me tocaba y me hacía el amor podía deducir que algo de experiencia tenía, pero nunca me pregunté por sus ex novias. Solamente sabía que en su cama era la única en casi un año

Quise preguntarle a Richard por “las otras” pero antes de poder hacerlo Roberto bajó los peldaños de la escalinata y se juntó con nosotros.

— Me alegra que te hayas divertido —se rio Richard

— El problema será la resaca que tendré cuando despierte —contestó Rober

— De seguro que Kari va a cuidarte

— Espero que lo haga, ya que me dio una botella de whisky —comentó mirándome

— Tampoco es que te obligara a beber ¿No? – dije sarcástica

Cruzamos un par de palabras más y nos despedimos del anfitrión.

Llegamos al departamento y nos acomodamos en la cama, sin aparentes intenciones de otro asalto sexual. Me abrazó por la espalda.

— Kari...

— ¿Mmmm? —bramé. Ya tenía sueño.

— Gracias por esta noche. Creo que nunca lo había pasado tan bien en una fiesta

— Lo repetiremos entonces

— Linda... —habló tímidamente —Te quiero

Desperté de golpe. El sueño que sentía desapareció ¡Era la primera vez que me decía te quiero! Un gran hito para nuestra relación.

— También yo te quiero, guapo—contesté

Nos besamos, con ternura y con pasión. Después de todo, si tuvimos un nuevo asalto sexual esa noche.

Obviamente sus ex novias dejaron de importarme.

Rober y yo pasamos otra maravillosa semana juntos, tan maravillosa que ni siquiera volví a recordar a las “otras” que mencionó Richard en su fiesta.

Sophie, quien había estado el fin de semana con Olivia, me contó que ese viernes se haría una pequeña junta de amigos en casa de Carol y Felipe y, como novedad, me invitaban para que fuera con Roberto. En un principio tuve mis dudas, pero rápidamente Sophie me convenció. Claro, primero le hice la pregunta más importante.

— ¿Invitaron a Pablo?

Sophie me miró y suspiró. Se apresuró en contestar.

— Sí, Carol lo llamó pero Pablo dijo que... que ya tenía compromisos – habló nerviosa

— Dime la verdad

— Okey. Dijo que no iría a ningún lugar donde estuvieras tú y el pelmazo

Cuando Rober fue por mí al estudio esa tarde, le conté que iríamos a reunirnos con mis amigos la noche del viernes. Él frunció el ceño, con inquietud.

— No sé, Kari, no creo que tenga mucho en común con tus amigos...

— No son malas personas

— Me imagino que no, pero no creo que sea buena idea

— Rober, yo ya conozco a tus amigos, es hora que conozcas a los míos...

— Conozco a Sophie – me respondió

— Quiero que conozcas a los demás. Por favor

Como puse mi cara de niña buena, él no pudo resistirse y terminó por aceptar.

Aunque no sé por qué insistí tanto, si creo que desde el principio supe que esa junta iba a terminar mal.

Cuando llegó el día, mi novio pasó a buscarme a mi departamento y nos fuimos a la casa de mis amigos.

A las once de la noche estábamos de pie en la puerta de Felipe y Carol. Roberto se veía nervioso, así que sujeté su mano para que no pudiese marcharse corriendo.

— No pasa nada – le dije – son simpáticos

— Claro – respondió con una tibia sonrisa

Felipe abrió la puerta y con una enorme mueca de alegría en su rostro me abrazó. No nos veíamos desde mi cumpleaños y, a pesar de no ser tan unidos como con Olivia y Sophie, nos teníamos mucho cariño.

— Kari, que gusto verte – sonrió

— Lo mismo digo

Recién en ese instante el chico pareció notar la presencia de mi acompañante, quien le tendió la mano a modo de saludo y le entregó una botella de vino que llevábamos de regalo.

— Tú debes ser el novio de Kari – habló Felipe seriamente

— Sí, él es Roberto, mi novio – presenté con confianza – y estos son mis amigos Felipe, Carol, Olivia y Sophie, a quien ya conoces

Las chicas se acercaron a saludar amablemente, pero Felipe no supo quedarse callado.

— ¿Y Pablo? ¿Saben a qué hora llega?

Carol se acercó a su prometido y le explicó algo al oído, pero él no entendió que era un asunto que debía ser tratado con discreción.

— ¿Entonces Pablo no vendrá?

— Ya cállate, Felipe – lo regañó

— Vamos a poner algo de música – comentó Olivia

La reunión parecía no ir tan mal: teníamos buena comida y varios tragos. Olivia, con su personalidad y coquetería natural, se acercó a charlar conmigo y Rober.

— Eres más guapo de lo que decía Kari – le anunció Olivia

Rober se sonrojó y eso a Olivia le pareció muy divertido. Decidió continuar.

— ¿Cuántos años eres mayor? – inquirió ella

— Doce – respondió Roberto

— Espero que eso no te complique, ya sabes, con la edad hay cosas que se vuelven más complicadas de levantar – sugirió mi amiga

— Olivia, por favor – suspiré

— Es broma, Roberto – dijo ella — Me alegra mucho que por fin esta chica haya

encontrado un buen novio – comentó abrazándome – espero que la cuides como se merece, sino te va a ir muy mal – amenazó sonriendo

— Claro que la voy a cuidar – contestó Rober – no te preocupes por eso

— Más te vale – agregó

Olivia se fue aguantando la risa. Roberto me miró perturbado.

— Ignora a Olivia, ella es así, no tiene filtro – dije, restándole importancia

— Claro, no es que tú le hayas dicho algo sobre... nuestra vida íntima

— ¡No! – Exclamé horrorizada – además, no podría decir algo malo de ti, nunca me has decepcionado, campeón

Me abracé a su cuerpo. Rober se acercó a mi oído.

— ¿Por qué no vendrá Pablo? – preguntó

— No lo sé, creo que tenía otros planes —contesté haciéndome la tonta

Mi novio me sonrió. En sus ojos vi que quería besarme, pero obviamente su timidez le impidió hacerlo allí, frente a mis amigos. El mágico momento se rompió cuando sonó el timbre y Felipe abrió la puerta.

— Pablo ¡viniste!

Me volteé de inmediato y vi que mi ex amigo con beneficios estaba allí, mirándome. Rober parecía intuir lo que ocurría. Me solté de mi pareja, tratando de pasar desapercibida. Por supuesto no lo conseguí.

— Kari, cuantos días sin vernos ¿Cómo estás? – me saludó Pablo con un beso demasiado cerca de la boca. Pude sentir su olor a alcohol

— Estoy bien, gracias – contesté

— Así veo – dijo, parándose frente a Roberto — ¿Alguien quiere decirme qué mierda hace este hijo de puta aquí?

Se hizo el silencio. Las chicas se miraban incómodas.

— Pablo, vamos a tomar un poco de aire a la terraza – lo invitó Sophie

— ¡No! – Profirió — ¿Acaso ahora este idiota será su amigo? ¿O porque Kari lo eligió a él ustedes también me rechazan?

— Kari, es mejor que nos vayamos – me susurró Rober

— Okey

Fui hasta el sofá a recoger mi bolso, pero Pablo me siguió y me acorraló.

— Te dije que te amaba y ni siquiera te importó – me gritó, sujetándome de las muñecas

— Suéltame Pablo, ya basta – alegué asustada

— Yo te amo – insistió

— Suéltala – intervino Rober, tratando de apartarlo de mí

— No me toques

Pablo le dio un golpe en el mentón a Roberto y mi novio, en una faceta totalmente desconocida, le dio un certero puñetazo en la cara, lanzándolo al piso.

— Kari, creo que es mejor que se marchen – habló Carol

Rober me cogió de la mano y salimos rápidamente, como si estuviésemos huyendo.

El viaje de regreso se me hizo eterno. Rober conducía con su mirada fija en la carretera, sin dirigirme la palabra. Yo tampoco me atrevía a decir algo.

Llegamos a su departamento. Se sirvió un vaso de whisky y se lo bebió de una vez. Se sentó en el sofá, se observó la mano, que tenía raspada y se tocó la herida en el mentón.

— ¿Te duele? – pregunté

— No demasiado – contestó

— No tenía idea que fueras de esos hombres que pelean a golpes

— No lo soy. Solamente peleo si tengo una razón para hacerlo y no iba a dejar que ese idiota te fuese a lastimar

— Perdóname – dije cabizbaja sentándome a su lado—jamás debí insistir en ir, debí saber que esto podía pasar

— No es tu culpa– sonrió, acariciando mi cabello—pero quisiera saber por qué no me dijiste que Pablo se te declaró, porque asumo que lo hizo

Me recosté en el amplio sillón, tratando de encontrar una buena explicación sobre porqué guardé ese secreto. Sé que como mujer independiente no le debía explicaciones a nadie y mucho menos a un hombre, pero después de exponer a Roberto como lo había hecho definitivamente merecía que dijera algo.

— Supongo que pensé que a pesar de la declaración de Pablo podíamos seguir siendo amigos, y que si te lo contaba siempre ibas a tener dudas sobre él y yo...

— Como las que tú tuviste sobre Lucy y yo – interrumpió

— Exacto. Pero ahora sé que eso es imposible

— Claro que lo es. Pero también es error mío, desde que vi a ese imbécil supe que estaba enamorado de ti y no hice nada al respecto.

— No tenías que hacer nada – dije, mirándolo a los ojos – yo dejé ir las cosas demasiado lejos. Discúlpame, te hice pasar un mal rato y te escondí algo importante, cuando tú no me ocultas nada

Rober cerró sus ojos con pesar, casi con tristeza.

— Kari, entiendo muy bien a Pablo – sentenció — si yo tan pronto pude enamorarme de ti, me imagino él, que te conoce hace tanto

La dulzura de Rober me derretía. Ya no era que simplemente que le gustara, ahora él me decía abiertamente que me quería y que estaba enamorado de mí.

Me lancé a sus brazos, acurrucándome en su pecho. No sé si era porque me llevaba doce años de diferencia, o porque era alto, o simplemente porque era el hombre que quería, pero a su lado me sentía infinitamente segura.

Los siguientes días transcurrieron sin mayores sorpresas, con Roberto concentrado en su trabajo y yo en el mío, hasta que por fin terminamos en el estudio el proyecto en el que estábamos tan ocupados. Eso significaba una cosa: podría descansar, ya que era miércoles y nos habían dado libre hasta el lunes. Apenas estuve fuera del estudio llamé a mi novio, quien estaba en el ministerio.

— Así que estaré desocupada – le terminé de contar —¿Qué te parece?

— Genial – contestó – pero necesito que me des un minuto, tengo que hacer una llamada.

— Claro

Me extrañó su inusual forma de cortarme el teléfono, pero dos minutos más tarde me devolvió la llamada.

— Hablaba con Eduardo – relató

— ¿Algún problema?

— Para nada, sólo le pedía que me diera dos días de vacaciones, como jamás los uso tengo muchos en reserva

— ¿Y para qué? – consulté ingenuamente

— Pensé que aprovechando que no debes trabajar podemos salir de la ciudad unos días ¿te parece bien?

— Me parece fantástico – respondí – pero debo hablar con Sophie, ya sabes que sigue triste por lo de Mike, además ¿A dónde iríamos? No tengo muchos ahorros que digamos...

— Kari, yo me encargo de a dónde iremos, y como es una invitación no debes preocuparte por dinero. Lo único que debes arreglar es el tema de Sophie

Me fui al departamento feliz pero con dudas. No quería parecer mal amiga, no quería abandonar a Sophie en su desgracia, pero obviamente que quería tener un largo fin de semana romántico con Rober. Apenas entré en nuestro hogar ella supo que algo me ocurría, así que le conté sin tapujos.

— Amiga, ve – sonrió Sophie —yo estaré bien. Si me siento sola o quiero hablar con alguien, llamaré a Olivia, o puedo ir con Carol. Muchas veces te dejé sola por irme con Mike, así

que ni siquiera deberías sentirte culpable. Ve con tu pelmazo a donde quieras

Le agradecí y me fui a mi cuarto. Llamé a Rober y nos pusimos de acuerdo, me recogería en la mañana. Mi emoción era tanta que ni siquiera le pregunté a dónde iríamos.

Temprano recibí un mensaje de mi pelmazo diciéndome que estaba abajo. Miré por la ventana y comprobé que su BMW estaba estacionado y que él se encontraba de pie junto al vehículo.

Cogí mi bolso con ropa y bajé las escaleras deprisa. Apenas Rober me vio aparecer en el umbral corrió para llevar mi equipaje.

— Podrías haber subido a buscarlo – dije, mientras él abría el portamaletas y metía mi bolso

— Pues... bueno... —balbuceó

— No importa. Sé que me lo compensarás – agregué guiñándole un ojo

Sonrojado, mi acompañante puso el auto en movimiento, con un rumbo desconocido para mí.

Dos horas más tarde estábamos internados cerca de la montaña, en un camino asfaltado hace quizás mil años. Yo miraba el paisaje extasiada: verdes bosques y algunas gotitas de llovizna cayendo al ritmo de varios grupos ochenteros que sonaban en la radio del auto.

Finalmente llegamos a una cabaña junto a un enorme lago turquesa. Me parecía impresionante que tan cerca de la ciudad hubiera un lugar tan bonito.

Nos estacionamos. Rober bajó de inmediato, se acercó a la cabaña con un manajo de llaves y abrió la puerta. Regresó mientras yo aún miraba impactada el color del lago.

— ¿Qué te parece? – me preguntó

— Es hermoso

— Ven, vamos adentro

Tomó nuestro equipaje y lo llevó hasta la sala, que era una mezcla entre elegancia y arte rústico. Cada mueble y cada detalle estaban hechos en madera barnizada.

— ¿Cómo conseguiste esta cabaña tan rápido? – cuestioné, sentándome en el sofá cubierto por una preciosa manta de lana de múltiples colores

— Es mía – respondió – la compré hace muchos años, pero jamás vengo. Con suerte estoy aquí una semana cada verano

— Si yo tuviera una cabaña como esta, viviría aquí

— Tal vez algún día – meditó

- Algún día podrías vivir aquí
- Contigo – dijo cohibido – si tú quisieras

No respondí nada porque me tomó por sorpresa, aunque lo anoté mentalmente. Sería un sueño vivir en un sitio tan maravilloso con el hombre más maravilloso que había conocido.

Como ya era hora de comer Rober me llevó hasta un restaurante a unos veinte kilómetros de allí. Por ser temporada baja éramos, junto con algunos ancianos de un paseo de la tercera edad, los únicos clientes.

De regreso fuimos a un pequeño almacén para comprar víveres para el fin de semana, paseamos por el bosque y reunimos leña con la que encendimos la chimenea cuando oscureció. La paz de ese lugar era extraordinaria, no se oía ningún ruido más que la madera ardiendo y convirtiéndose en ceniza.

Serví dos copas de vino. Esa noche parecía ser perfecta y como detalle final mi novio y yo hicimos el amor sobre la alfombra frente a la chimenea. Lentamente, sin ninguna prisa o preocupación nos deshicimos de la ropa y pude gemir ante las embestidas de Rober sin pensar en que los vecinos o Sophie pudieran oírnos. Éramos sólo nosotros dos, el mundo parecía haberse detenido.

El día siguiente amaneció con una tormenta excepcional. El agua golpeaba con fuerza las tejas y, como con ese clima no podríamos salir, decidí que prepararía el almuerzo.

Aproveché que Roberto revisaba su correo desde el móvil – porque era un maniaco por el trabajo y no podía desconectarse jamás de la oficina – y entré en la cocina, un territorio bastante nuevo para mí. Saqué un trozo de carne que habíamos comprado la tarde anterior y decidí asarla, y qué mejor que hacerlo en la chimenea. Haciendo uso de toda mi creatividad instalé como pude la parrilla del horno sobre las ramas que nos daban calor. Me chamusqué un poco los dedos, pero nada de gravedad.

A la carne le puse tantos aliños como encontré: sal, pimienta, ajo, curry, orégano y otras hierbas que no pude identificar. Coloqué la carne sobre las brasas y muy satisfecha volví a la cocina, a buscar algo para preparar como acompañamiento.

Registraba la despensa feliz hasta que sentí el ruido de una lata caerse. Un mal presentimiento me invadió y corrí a la sala, donde presencié el horrible espectáculo: la carne era literalmente a las brasas, ya que estaba ardiendo en el fuego de la chimenea.

Supongo que producto de mi grito mi novio supo que una tragedia sucedía y salió del cuarto cuando yo en un absurdo esfuerzo irracional lanzaba el paño de cocina a la chimenea y me armaba

de valor para recuperar mi entonces quemado trofeo.

Rober lanzó su teléfono al suelo y con fuerza me cogió del piso y me arrojó al sofá. De dos pasos llegó hasta el extintor y con él apagó la chimenea, la carne y el paño de cocina, justo antes de que el fuego alcanzara la alfombra y quizás después el resto de la casa.

Una vez apagado, Rober se acercó a mí y me abrazó.

— ¿Estás bien? – inquirió nervioso

— La carne... —sollozaba yo

— Eso no importa – me animaba

— Casi quemé tu cabaña...

— No pasó nada, cálmate

— Arruiné el almuerzo ¿Qué vamos a comer ahora? Soy una pésima cocinera

— Kari, no te preocupes – me sonrió – vamos a limpiar y ya veremos qué comer ¿te parece?

Asentí con la cabeza, avergonzada por mi piromanía y mi nula habilidad culinaria.

Después del almuerzo – tallarines con atún, preparados por Rober – nos recostamos en el sillón. La lluvia seguía sin cesar y habíamos logrado prender nuevamente la chimenea, una vez quitados los restos de lo que pudo ser un gran almuerzo. Comenzamos a charlar.

— Rober ¿Cómo es que tienes una cabaña en medio del bosque y un enorme departamento en la ciudad? – Pregunté

— He sabido administrar lo que gano – respondió

— No quiero que pienses que me interesa tu situación económica, pero admito que siento curiosidad

— Jamás pensaría algo así de ti, recuerda que tuve que perseguirte para que quisieras salir conmigo – bromeó

— ¿O acaso tus padres tienen mucho dinero?

— Para nada. Déjame contarte algo

Me acomodé para escuchar a Rober con atención.

— Cuando era niño éramos muy pobres. Vivíamos en un edificio de viviendas sociales en un barrio muy peligroso. Mis padres trabajaban todo el día para darme lo necesario y como no

tengo hermanos debía quedarme solo en casa, así que aprovechaba de estudiar. Sacaba buenas notas y por eso pude entrar becado a una secundaria privada y eso me permitió llegar a la universidad. Mi madre quería que estudiara derecho, ya que decía que con esa carrera ganaría mucho dinero, pero no le hice caso y entré a pedagogía en historia. A pesar de que no era lo que ellos querían, se sentían muy orgullosos de mí. Allí conocí a Eduardo, quien sí tenía una muy buena situación económica pero a cambio su familia no era muy unida. Él pasaba muchas tardes en mi casa, ya que mi madre le tomó mucho cariño y lo trataba como un hijo

Rober guardó silencio un instante y miró el techo.

— Íbamos a segundo año cuando mi padre murió de un infarto — continuó — Mi madre se deprimió mucho, pero Edu me ayudó a sacarla adelante. Meses después él se inscribió en la sección de jóvenes del partido conservador y comenzó a armar su carrera. Lo hizo tan rápido que casi no me di cuenta cuando Eduardo ya era el presidente de la federación de estudiantes de la universidad y se estaba reuniendo con peces gordos del partido, quienes querían tenerlo en un municipio lo antes posible, ya que con su gran talento escalaría posiciones muy rápido. Estuve con él un tiempo en la federación de estudiantes, donde también estaba Lucía, pero lo dejé en mi último año cuando a mi mamá le diagnosticaron cáncer de estómago

A pesar de que le causaba tristeza, Rober siguió contándome su historia.

— No sabía qué hacer, pero Eduardo, que ya tenía un importante cargo en la municipalidad, me ofreció trabajo de medio tiempo allí. El sueldo era muy bueno y como empleado fiscal tendría el beneficio de llevar a mi madre a la clínica del estado sin pagar nada. Durante meses estuvo en tratamiento hasta que semanas después de mi titulación murió. Lo único que tenía entonces era el viejo departamento y Edu, con sus influencias, me ayudó a venderlo en un buen precio. Con eso compré un nuevo pequeño departamento y renuncié a mi empleo en la municipalidad. Comencé a trabajar como profesor en una escuela pública, donde estuve dos años en los que no volví a saber de Eduardo, hasta que un día llegó a mi casa a decirme que me necesitaba con él, porque sería candidato a concejal de una comuna muy pequeña y quería a su mejor amigo trabajando a su lado. Edu me había ayudado tanto que no pude negarme; a pesar de que no compartía las ideas de su partido abandoné la enseñanza y desde entonces lo he seguido. No puedo quejarme, me ha ido bien y he podido ahorrar mucho. Pero el dinero no compra la felicidad, Kari, esa es la única verdad

Ni por un momento me había imaginado que la vida de Rober fuese tan dura. Desde que lo conocí lo vi como un hombre elegante y adinerado. Además era la primera vez que me hablaba tan profundamente de su vida y de sus padres. Era raro, porque yo siempre le contaba historias de mi vida, la mayoría eran cosas sin sentido, pero también le conté mis desgracias, como Miguel, por

ejemplo. Por fin sentía que él habría su corazón conmigo.

— ¿No eres feliz? — pregunté

— Cuando te tengo conmigo claro que lo soy – sonrió – pero digamos que he pasado la mayor parte del tiempo solo. El trabajo en el ministerio es agobiante y es un mundo muy competitivo y lleno de envidia.

— Entonces por eso eres tan asocial – concluí —pero debes quedarte tranquilo – agregué, sujetando su mano – estaremos muy bien juntos. Ya no volverás a sentirte solo

Nos besamos.

Durante el resto de la tarde y hasta entrada la noche seguimos platicando. Le conté prácticamente toda mi existencia, porque él siempre evitaba hablar de sí mismo. Acordamos que dentro de un par de semanas le presentaría a mi familia.

Él también me contó algunas cosas, entre ellas cuando le sacaron el apéndice, lo que ya me imaginaba porque había visto su cicatriz, la cual por su ubicación cerca de la cadera, era una muy sexi cicatriz.

Esa noche hicimos muchos planes; viajar, salir, divertirnos, tener un perro y un par de gatos. La verdad es que me parecía increíble que tan pronto nos hubiésemos enamorado tanto y sintiéramos que la relación iba tan en serio. Prácticamente nos imaginábamos envejeciendo juntos. Esa noche conectamos tan profundo que ya no había nada realmente importante que él no supiese de mí. El problema era exactamente el contrario; había mucho que yo no sabía de él, pero quise creer que con lo que conocía era más que suficiente.

No hay palabras para describir tan magnánimo fin de semana. Cuando Rober me dejó de vuelta en el departamento la tarde del domingo estaba tan feliz que nada podía inmutarme. Me sentía la mujer más dichosa y con más suerte del planeta de tener al hombre más maravilloso a mi lado.

No podía creer que en apenas un par de meses mi vida hubiera cambiado tanto: pasé de ser una soltera sin opciones a una chica con un novio fantástico. Es que no lograba convencerme de que Roberto fuese tan perfecto. Me encantaba estar a su lado, esa forma de mirarme hacía que me temblaran las piernas.

Me sentía feliz.

Esa mañana me levanté temprano. No es que fuera madrugadora, pero desde hace algún tiempo – desde que dormía con Rober, aproximadamente – que estaba mucho más animada. Puse café en mi mug y bajé las escaleras rápidamente antes de atrasarme.

En la puerta del edificio vi que estaba la camioneta de Pablo. Lamentablemente sólo había una salida y no podía escaparme de pasar frente a él.

— ¡Kari! – gritó

Se bajó de su vehículo a pesar de que no me detuve. Comenzó a seguirme. Estaba cayendo una ligera llovizna.

— Kari, por favor, escúchame – suplicó

— No – contesté molesta – no me pidas nada, no después del espectáculo que hiciste en casa de Carol

— Sé que estuve mal. Por eso vine a buscarte

Lo miré y vi el arrepentimiento en sus ojos.

— Está bien – acepté

— Ven, vamos por un café

— Tengo mi propio café – alegué

— Sabes que quieres un latte de vainilla

Mierda, detesté que Pablo me conociera tan bien y que supiera de mi debilidad por el latte de vainilla.

Me subí a su camioneta y nos dirigimos al Starbucks al que solíamos ir antes, cuando aún éramos buenos amigos. Pedimos nuestra orden y nos sentamos en la cafetería en silencio. Era la primera vez que parecía que no teníamos nada de qué hablar.

— Mejor dime de una vez, tengo que ir al trabajo – informé seriamente

— Perdóname. No te traté nada bien la otra noche y me puse violento

— No sólo conmigo, también con Roberto

— Él me golpeó – señaló con resentimiento

— Tú lo golpeaste primero. Él sólo quería defenderme – justifiqué

— Es cierto. No puedo evitarlo – agregó – no me pidas que no odie al tipo que apareció de un día para otro y te apartó de mi lado

Sentí un nudo en mi garganta.

— Lo siento Pablo – balbuceé – yo te quiero, lo sabes

— No como yo te quiero

— Exactamente. Es doloroso, pero es la verdad. Tú siempre fuiste mi mejor amigo, no puedo verte de otra manera, en cambio a Rober...

— Lo amas, no tienes que decirlo – interrumpió, tomando mis manos – y supongo que está bien, debo aprender a alegrarme de que seas feliz, aunque no sea conmigo. Debo ser un buen perdedor

Las palabras de Pablo me tenían al borde de las lágrimas. Sólo Dios sabía cuánto apreciaba a ese chico y como sufría con esa situación, pero no podía quererlo como a Rober.

— Me siento muy mal por esto – mencioné – y detesto verte así. Me dolería verte mal por cualquier mujer, imagínate ahora que soy yo la culpable

— No es tu culpa. Tuve mucho tiempo para decírtelo, pero me confié. Y entonces este tipo aprovechó su oportunidad

— Quisiera que sigamos siendo amigos – le pedí

— Eso no es posible – contestó – tal vez más adelante. Lo mejor es que no nos veamos... un par de meses. Necesito que esto que siento desaparezca y poder verte a ti con tu novio sin querer matarlo ¿no crees?

— Cierto – sonreí

Terminamos nuestro café y salimos a la calle. Nos dimos un abrazo muy fuerte; sin dudas se trataba de un abrazo de despedida.

— Dile a tu novio que no se le ocurra hacerte daño, o tendré que ir a buscarlo y lo golpearé hasta que me canse – advirtió — También dile que me disculpe por lo de la otra noche

— Le daré tus recados

— Kari... siempre voy a quererte, como amigo – se explicó

— Yo también a ti

Volvimos a abrazarnos y Pablo se subió a su camioneta y se marchó. Yo me quedé allí un instante y luego retomé mi camino. Miré la hora y vi que otra vez llegaría tarde a trabajar, pero

eso no importaba: el ciclo con Pablo por fin estaba cerrado y yo podría ser feliz con Roberto.

Era martes, pero no cualquier martes: ese día se cumplían dos meses desde que Rober y yo nos besáramos por primera vez en mi departamento. Era un día muy especial para mí.

Salí a las seis y media del estudio. Cuando Roberto y yo nos conocimos el otoño apenas asomaba y ahora, en pleno invierno, el cielo oscuro y nublado amenaza con largarse a llover, mas no me importaba, porque estaba feliz.

Marqué al móvil de Sophie, quien ya estaba en casa.

- ¿Llegas tarde? – consultó
- Quizás no llegue, ya sabes... —reí
- Disfrútalo
- Oye Sophie – mencioné pensativa
- ¿Qué ocurre?
- Creo que es el momento
- ¡Qué emoción! – exclamó

Sophie era una romántica empedernida y se entusiasmaba con la idea de que yo también lo fuera. No era fácil, claro, pasar de escéptica a enamorada, pero para ser sincera con mis sentimientos, había llegado el momento... de decirle a Rober que lo amaba. Dios sabe lo difícil que es decirle “te amo” a alguien, ya que existe la posibilidad de que la declaración no sea correspondida, pero con Roberto me sentía segura; ya me había dicho que me quería y que estaba enamorado de mí, un “yo también te amo” era el paso lógico a seguir.

Caminé hasta el ministerio porque mi novio y yo saldríamos esa noche a cenar, para celebrar nuestros primeros dos meses juntos. Como ya era tarde no había mucha gente en el edificio, así que me acerqué al mesón y le pedí al conserje que le avisara al señor Brown que estaba allí esperándolo.

Diez minutos más tarde Roberto bajó las escaleras, con su abrigo negro y su maletín en la mano. Yo apenas llevaba mi chaqueta de cuero y como él era tan lindo y preocupado no me sorprendió en lo más mínimo que se quitara su bufanda y me la colocara en el cuello. Miró alrededor, comprobó que no había ni un alma en el salón y me besó tiernamente, un beso largo e intenso.

— ¿Nos vamos? Tengo hambre – dije

— También yo, hoy tuve tanto trabajo que ni siquiera pude almorzar – contestó

Cogí a Rober del brazo y comenzamos a avanzar a la salida que daba al estacionamiento, pero entonces una puerta que daba a la calle principal se abrió e ingresó una mujer rubia muy guapa, usando tacones y un vestido rojo, envuelta en un elegante abrigo beige.

— ¡Roberto! – le gritó a la distancia

La mujer, sonriente, empezó a acercarse a nosotros. Rober quedó sin aliento al verla, como si hubiese visto un fantasma. En un instante que pareció eterno, me besó en la frente.

— Kari... —dijo con total seriedad – sin importar lo que pase, tienes que saber que te quiero, con todo mi corazón. Nunca quise hacerte daño, te lo juro

— ¿De qué estás hablando? – pregunté, sin entender

— Perdóname

La rubia llegó a nuestro lado y le plantó un beso en los labios a Roberto, quien abruptamente la apartó de su boca.

— Vaya, Roberto, tanto tiempo sin vernos y me recibes así – habló con sarcasmo

— ¿Qué haces aquí? – interrogó fríamente

— Vine a buscarte, pero veo que alguien ya vino por ti

Pensé que en ese momento él iba a presentarme, pero no ocurrió. Me sentía muy confundida ¿por qué esa mujer había besado a mi novio?

Mi vida estaba a punto de dar un giro dramáticamente radical.

— Josefina, detente – le gruñó molesto

— No, deja que conozca a tu novia ¿eres su novia, verdad? – Me preguntó, pero continuó hablando sin dejarme responder – claro, tú eres su novia y yo soy su esposa, Josefina Barceló, ¿acaso no te dijo que estaba casado?

Fue como si una bomba estallara y un ruido ensordecedor invadiera el lugar. Me paralicé brevemente.

Ella extendió su mano y me enseñó su anillo de matrimonio. Yo miré a Rober, pero él tenía la vista clavada en el suelo.

— ¿Es verdad? – balbuceé

— Si – contestó Rober – Kari, déjame que te explique...

— No – lo interrumpí – no es necesario que me expliques nada, ya comprendo. Y ahora los dejo, si no se han visto seguro que tienen mucho de qué hablar ¿no? – reí nerviosa

— Adiós querida – se despidió la mujer

Salí caminando. A lo lejos lograba escuchar las voces de Roberto y Josefina, su esposa, discutiendo. Lo escuchaba decir mi nombre suplicando que no me fuera, pero no podía detenerme, avanzaba con una fuerza que no era mía, era producto de la rabia y la tristeza. Veía el paisaje a mí alrededor en cámara lenta, las luces destellantes brillaban dejando una estela de colores en las calles que poco a poco se humedecían con la llovizna. Las gotas de lluvia disimulaban mis lágrimas y cada paso que daba sentía como mi corazón se iba quebrando, hasta que en cierto punto se rompió en mil pedazos.

Una hora más tarde abrí la puerta del departamento completamente empapada. Allí estaba Sophie, recostada en el sofá viendo televisión.

— No te esperaba tan temprano ¿no ibas a salir con Roberto? – preguntó

Ya no pude más. Me abracé a mi amiga y me largué a llorar a mares, como una niña pequeña, con un dolor insoportable en mi alma.

Esa sería una noche muy larga.

La autora

Miki Russo nació en octubre de 1991, en Santiago de Chile.

Desde pequeña manifestó interés en los libros, pasatiempo alentado por su madre.

A los catorce años comienza a escribir una historia que serviría de práctica y de la cual recogería varios elementos en el futuro, pero fue desechada años más tarde por ella misma, al comprobar que, en términos generales, era basura. Dos años más tarde empieza a escribir una nueva novela; a mano y en los cuadernos que le sobran de la escuela nace “Los hombres no lloran”, cuya primera parte se publicó en Amazon.com sin mayor éxito.

En 2010 ingresó a la universidad a estudiar periodismo, pero se retiró cuatro meses después producto de una enfermedad no tratada a tiempo y problemas personales. En aquel período comienza a leer fanfictions, lo que la impulsa a escribir este tipo de obras. Desde diciembre de 2010 y hasta 2017 se dedica a escribir fics, primero en la web Fanfic.es y posteriormente en la plataforma Wattpad, consiguiendo cientos de seguidores e incluso más de 35K lecturas en su fanfic más exitoso.

En 2011 vuelve a estudiar, esta vez comunicación BMWovisual y en 2015 obtiene su título profesional, el cual no ejercería, primero por no encontrar trabajo en su rubro y luego por opción propia. También en 2015 crea un perfil de Wattpad como escritora de historias originales, pero pronto es abandonado y recién retomado en 2018, cuando decide finalmente poner sus esfuerzos en darse a conocer.

En febrero de 2018, y tras dos años de escritura, comienza la publicación en Wattpad de “Más dulce que el café”, su primera obra original en conseguir reconocimiento por parte de los lectores de la App.

Su sueño es llegar a publicar en papel sus libros y continuar trabajando en su mayor pasión: escribir.

Más dulce que el café

Segunda parte

(Adelanto)

La noche no fue tan larga como yo esperaba.

Después de una hora de llanto y de contarle entre sollozos a Sophie lo que había sucedido con mi nuevo ex novio, mi amiga decidió que lo mejor era darme una pastilla para dormir. Apenas la ingerí ella se ofreció para acompañarme a mi habitación, pero me negué rotundamente. Podía hacerlo sola.

Entré a mi cuarto y lo primero que vi fue la foto pegada en mi closet, esa en la que aparecíamos Rober y yo aquel día que fuimos al parque de diversiones. Salíamos muy felices, lo que era tan hiriente como una puñalada. Pensé en arrancarla y hacerla mil pedazos, pero no fui capaz.

Busqué mi pijama y recién entonces, al desvestirme, noté que aún llevaba puesta su bufanda, la que sujeté muy fuerte contra mi pecho. La olfateé y comprobé que estaba impregnada de su aroma y de ese perfume fino que lo había visto tantas veces usar.

Me metí en la cama abrazando la bufanda. Miré mi móvil y descubrí que tenía quince llamadas perdidas, todas de Roberto. También había mensajes, pero no alcancé a verlos porque en la pantalla apareció el aviso de batería baja y sin más preámbulos el teléfono se apagó. El somnífero comenzaba a hacerme efecto, así que no tenía fuerzas de ponerme de pie, buscar el cargador y conectar el aparato, mucho menos de devolverle la llamada al hombre que amaba y que un par de horas antes me había confesado, por obligación, que estaba casado.

Mis ojos se cerraron, cansados de tanto llorar.

Amaneció un día gris. Poco a poco los recuerdos de la noche anterior fueron llegando a mi cabeza y sentí un mareo. Todo había sucedido tan rápido que no lo había visto venir. La mentira de Roberto había explotado por sorpresa frente a mis incrédulos ojos.

Con dificultad me puse de pie y salí a la sala. Vi el reloj de pared; eran casi las once de la mañana. Sophie estaba allí, sentada en el comedor, leyendo un libro.

- ¿No fuiste a trabajar? – pregunté
- No, les dije que tuve un problema – contestó
- Claro, que un hijo de puta casado le mintió a tu mejor amiga ¿verdad?

Sophie no respondió nada y en silencio me sirvió una taza de café. Me ofreció tostadas pero las rechacé porque no tenía hambre. Le di un sorbo a mi bebida y fui al baño a lavarme la cara. Entonces lo vi: mis ojos horriblemente hinchados, enrojecidos producto del llanto. Me veía completamente destruida, destrozada por un hombre por segunda vez de la misma manera. Fue inevitable soltar una carcajada, como una loca, es que ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía sucederme nuevamente lo mismo? Primero Miguel y su prometida y ahora Rober y su bella esposa.

Salí del baño, llorando para variar. Cogí mi taza y me senté en el sofá a beberme el café, mirando por la ventana, hasta que vi estacionarse un BMW color grafito afuera del edificio. Conocía ese auto muy bien.

Salté del sillón y llamé a Sophie. Le mostré lo que pasaba.

- No te preocupes – habló seria – pase lo que pase, sin importar lo que oigas, quédate aquí adentro – agregó dándome un abrazo
- Quizás debería salir yo...
- No – sentenció – no tienes nada que hablar con ese idiota. Déjame a mí.

Sophie salió del departamento raudamente. Me asomé por el visor de la puerta justo cuando Roberto llegaba. Se veía muy desaliñado, ni siquiera llevaba puesto saco. Se acercó a Sophie pero ella, sin previo aviso, le plantó una bofetada.

- Sophie... - murmuró él, sobándose la mejilla
- No tienes nada que hacer aquí – le gritó mi amiga – lárgate
- Por favor, necesito hablar con Kari, tengo que explicarle...
- ¿Explicarle qué? – Lo interrumpió - ¿Que tienes mujer? ¿Que jugaste con ella?
- Yo no quería hacerle daño, te lo juro
- Pero lo hiciste – añadió – tú me dijiste que lo que sentías por Kari era de verdad, dijiste que la querías de verdad – reprochó con un par de lágrimas
- Y es cierto... Sophie, yo la quiero – contestó tímidamente

Escuchar a Rober decir que me quería pareció enloquecer a Sophie, quien, enajenada, comenzó a golpearlo en el pecho.

— Eres un mentiroso, vete ya – le gritaba enfurecida

— Está bien, me voy – aceptó Roberto - pero por favor... dile que debemos hablar

Mi pelmazo bajó las escaleras. Sophie entró en el departamento y me encontró mirando cómo mi ex novio subía a su auto y se marchaba.

Apenas el coche desapareció calle abajo entré a mi cuarto, cogí mi bolso y comencé a ponerle ropa dentro.

— ¿Qué piensas hacer? – me preguntó mi amiga, desconcertada

— Me voy, por unos días

— ¿A dónde?

— A mi casa – respondí – necesito a mi familia

Aquella fatídica noche, apenas me marché del ministerio, Roberto hizo exactamente lo mismo. El sólo hecho de cruzar un par de palabras con Josefina, su esposa, había logrado descomponer su ánimo y de paso la estabilidad que creía haber conseguido en su vida los últimos meses.

Dejó sola a su mujer en el salón, bajó hacia la zona de estacionamientos y cogió su BMW. Nunca lo había conducido a semejante velocidad, pero sentía que ir por la carretera a ciento ochenta kilómetros por hora era la de única manera de dejar atrás sus pensamientos.

Llegó al edificio y ni siquiera se molestó en saludar al conserje, mucho menos a los vecinos que se cruzaron en su camino.

El trayecto en el ascensor se le hizo eterno, hasta que por fin arribó al doceavo piso. Rápidamente abrió la puerta de su departamento; con desesperación se despojó del abrigo y del saco y se acercó al bar, donde dejando de lado cualquier protocolo llenó un vaso de whisky sin hielo y se lo bebió de un trago. Apenas dejó el vaso vacío sobre la mesa de centro sintió que el nudo que llevaba en la garganta desde que saliera del trabajo se disipaba y se transformaba en otra cosa: se transformó en llanto.

Hacía mucho tiempo que no se sentía así ni lloraba con esa tristeza.

Se echó en su enorme sofá, con la botella de whisky en la mano. Se aflojó la corbata y se quedó quieto, con la vista fija en el techo.

El alcohol hizo que perdiera la noción del tiempo, así que no se dio cuenta que se durmió allí. Cuando despertó eran pasadas las diez de la mañana. Recién entonces notó que había faltado al trabajo y que eso ni siquiera le importaba. Tomó su celular y marcó el número más reciente, el mío. Sonó el buzón de voz.

— Nuestro cliente tiene su teléfono apagado o se encuentra fuera del área de cobertura. Inténtelo nuevamente más tarde

Colgó. Era la vez número quince que llamaba sin obtener respuesta.

No lo pensó; sin siquiera lavarse la cara bajó y salió a buscar a la mujer que lo tenía desesperado. Una hora después regresó, sin éxito y aún más abatido.

Otra vez se dejó caer en el sillón, junto a la botella de whisky. Entonces golpearon la puerta. Abrió por inercia y, para su mala suerte, se trataba de Josefina.

— ¿Qué es lo que quieres? – rezongó

— Pero qué mal humor tienes, cariño – habló burlona

— Lárgate

— Por Dios, Roberto ¿Cómo te atreves a decirme que me vaya? ¿Acaso ya se te olvidó que la última vez que nos vimos me suplicaste por favor no te dejara solo?

— No se me ha olvidado – reconoció - lo que sí se me olvidó es lo que sentía por ti

Se sentó en el sofá, a seguir bebiendo. Ella, con un tono burlesco, sabía dónde tenía que

atacarlo para hacerle daño.

— ¿Por qué tan triste? ¿Tanto me extrañaste?

Rober no contestó. Ella, sin consultar, tomó el móvil de su marido que estaba sobre la mesa y comenzó a revisarlo.

— Dame mi teléfono

— ¿Acaso hay alguna cosa que no quieres que vea?

Él se quedó mudo. Ella comprendió y abrió la galería de fotos, donde encontró la evidencia: una selfie de Rober y yo en el parque de diversiones, otras en la cabaña a la orilla del lago, algunas simplemente cenando en su departamento o en el mío, una última donde yo lo abrazaba y le daba un beso en la mejilla.

— Así que es por esa chica ¿Kari, verdad? ¿Cuántos años menos que tú tiene? ¿Diez, quince? – interrogó con ironía

— A ella no la metas en esto – bufó

— Quién lo diría, Rober, tú con una amante – exclamó, lanzando el móvil al piso violentamente y quebrándole la pantalla

— Cállate – le ordenó furioso, poniéndose de pie- no quiero que hables de Kari

— Es que no me lo creo - se rio- te enamoraste de esa chica, que jamás va a perdonarte que seas casado

A ella parecía causarle mucha risa. A él ni puta gracia.

Por la puerta, que estaba entreabierta, apareció Richard.

— Lo que faltaba, tu amigo el proxeneta - se quejó

— Ay, Josefina, no te hagas la difícil ¿Qué no ves que un proxeneta como yo y una puta como tú podrían hacer grandes negocios? – contestó Richard

— Pero que te has creído, cerdo asqueroso – increpó la mujer

— Basta - habló Rober - ándate de aquí, Josefina

Ella miró desafiante a su marido.

— No esperaba que me defendieras de este animal. Sé perfectamente que nunca has tenido bien puestos los pantalones; el problema es que ahora tu nueva novia también lo sabe

Josefina se marchó dando un portazo.

Los amigos se sentaron en el sofá.

— ¿Qué sucedió? ¿Qué pasó con Kari? ¿Qué sabe de Josefina? – interrogó el magnate

— Todo – suspiró Roberto - Josefina le dijo la verdad

— ¿Y cómo lo tomó?

— Pero qué pregunta de mierda me estás haciendo – gruñó

Richard se sorprendió. Nunca, ni en la peor situación, Roberto le había hablado de esa forma.

— Perdona, Richard, no es culpa tuya... es culpa mía, por cobarde no le dije la verdad a Kari y ahora...

No pudo más. Roberto rompió a llorar a todo pulmón, con una pena que conmovía a cualquiera, incluso a su amigo, experto en negocios, tragos y mujeres, pero un ignorante en lo sentimental.

— Ya cálmate, cabrón – trató de animarlo con una palmadita en la espalda – las cosas se van a arreglar, ya verás

— No es cierto, lo arruiné por completo, jamás la había cagado de esta forma

— Supongo que no irás a volver con Josefina ¿verdad? No después de lo que te hizo

— ¿Qué? ¡No! Claro que no – negó

— Es que sé cómo babeabas por ella, cabrón

— Ya no, eso ya es parte del pasado

— Kari es una buena chica, no irás a dejarla por Josefina, que es una bruja

— Creo que es Kari la que me ha dejado, no yo a ella

— Se nota que te quiere, Rober. Deberías esforzarte por recuperarla, te ves tan enamorado de ella que sólo puedo compararlo a...

Richard se quedó callado. Tal vez no era el momento de tener esos recuerdos.

— Anda, dilo

— Sólo puedo compararlo a lo enamorado que te veías de Josefina, antes de lo que pasó

Roberto suspiró y procedió a contarle a su amigo con lujo de detalles lo acontecido desde la tarde del día anterior hasta su llegada, incluyendo la bofetada de Sophie.

— Esa Sophie debe querer mucho a Kari

— No más que yo

— Pero ella no le mintió sobre su estado civil

— Gracias por tu apoyo

— No, lo digo en serio – protestó Richard – hay algo en lo que Josefina tiene razón y eso es en que nunca te has puesto los pantalones. No te la puedes pasar llorando y lamentándote de lo que no hiciste, tienes que decidir qué es lo harás con Kari de aquí en adelante: dejarla ir como un cobarde o pelear por ella como un hombre. Ya has tomado muchas malas decisiones ¿no crees? Tienes casi cuarenta y tres años, es momento de decidir qué es lo que quieres para tu vida, sin dejar que otros se involucren y decidan por ti. Sabes de lo que hablo

Sí, Roberto sabía muy bien de qué le hablaba su amigo.

Mi pelmazo se puso de pie y caminó por el pasillo.

— Me voy a dormir – dijo – por favor deja cerrado cuando te vayas

Lo único que Richard atinó a hacer fue servirse un trago.